

lujuriosos, los que no se satisfacen con una sola mujer, caigan en el pecado del adulterio. Y se les permite la poligamia sólo si son capaces de cumplir la condición de la imparcialidad.

"Actualmente la gran mayoría de los musulmanes posee una sola mujer, con la excepción de los pocos que por imperio de razones físicas o materiales tienen que casarse con más de una, ya sea para precaverse del adulterio o para mantener mujeres pobres que no tienen a nadie que las cuide."

Antes de retirarme, visité la valiosa biblioteca de El Azar, instalada en salas cuyos techos eran de madera de cedro exquisitamente tallada. Pasaron ante mis ojos millares de piezas; antiguos coranes de pergamino, libros de páginas iluminadas e iniciales doradas, y antiquísimos manuscritos; allí sólo había quince mil manuscritos.

Con eso concluyó mi audiencia. Yo había escuchado con mucha atención la palabra del jeque El Maragui, porque su gran prestigio confería una autoridad inigualable a todas sus declaraciones.

Había comenzado a comprender con más claridad por qué se había extendido la religión mahometana; por qué el islamismo recibió rápidamente y por igual la veneración de los salvajes beduinos del desierto, de las cultas ciudades persas y de las multitudes de tribus y pueblos que habitaban en el cercano y en el medio oriente.

Mahoma, como Moisés, pero no como Buda, se propuso principalmente establecer un cielo visible y tangible en la tierra, organizando una sociedad de seres humanos que proseguirían llevando su vida normal cotidiana pero aplicándole las reglas que él, Mahoma, les había traído como mensajero de Dios. A Buda, y aun a Jesús, les preocupaba expresar temas ascéticos, intuiciones que se relacionaban con los secretos recónditos del espíritu humano; Mahoma, como Jesús, vivió apasionadamente en Dios, pero en tanto que Jesús dedicó su pasión a la búsqueda interior, Mahoma la dedicó a la fundación de un reino exterior. No tenemos competencia para formular juicios, pero sí para advertir simplemente estos hechos. Mahoma, Moisés, Jesús y Buda fueron realmente inspirados embajadores de Dios, pero Mahoma se diferenció señaladamente de la mayoría de los profetas orientales en que rechazó la tendencia a apartarse de las obligaciones públicas y sociales de la vida que acompaña generalmente a la devoción religiosa extrema; dejó claramente establecido que los monjes y los monasterios son

indescables para el islam; y no dió su aprobación a las doctrinas monacales que implican la muerte de los afectos humanos.

Es lamentable que el occidental medio conozca tan poco de la religión islámica; y hasta ese poco suele ser en parte erróneo, cuando no completamente inexacto.

Mahoma enseñó a los hombres a no tener vergüenza de arrodillarse para adorar al rey invisible, a prosternarse en medio de la calle.

Es hora de que nos desprendamos de las nociones deformadas que nos oscurecen la mente, acerca de este gran hombre, Mahoma, y de su gran religión, el islam. Es hora de que comprendamos por qué es tan grande la magia de su nombre que todos los días bendicen millones de seres, casi una séptima parte de la humanidad, desde las riberas occidentales del África hasta las riberas orientales de China. Es hora de que reconozcamos la realidad del fervor de esos hombres, los musulmanes, y de que sepamos por qué el rápido "Alá" de la pronunciación europea es una lastimosa caricatura del fervoroso "A...lá" del oriental, lento, estirado, cordial, piadosamente prolongado en la segunda sílaba.

La noche ya había abierto los ojos, centellando con los millares de joyas astrales que la adornan, cuando volví a encontrarme en la calle, frente a la mezquita y universidad El Azar, mirando distraído todas las cosas y sin prestar atención a ninguna. En el azul índigo del cielo apareció la luna, en cuarto creciente y rodeada de niebla. Y entonces resonó en el aire la fuerte voz de tenor del muecín de la mezquita, proclamando sonoramente, desde su alta torre, la unidad de Dios.

En aquel momento, en toda la ciudad de verjas labradas, arcos geométricos calados y patios embaldosados, custodiada por Alá y sus ángeles, había hombres que se dejaban caer de rodillas, con el rostro vuelto hacia La Meca, para repetir estas sencillas palabras: "¡DIOS ES MUY GRANDE!"

CAPÍTULO X

EN LA PAZ DE LA VIEJA ABIDOS

Mucho más de siete mil años antes de que Mahoma llevara a las tribus nómadas de Arabia al culto de un Dios puramente espiritual, floreció en este país de cielo transparente una religión cuyos adeptos esculpieron esos gigantescos ídolos de piedra que Mahoma detestó. Y, sin embargo, los hombres más inteligentes de esa religión adoraban al mismo Dios desconocido que el profeta del islam; su fe no era una mera idolatría. Los eruditos egipcólogos actuales no pueden decirnos mucho más sobre esa religión porque pertenece a la prehistoria, época de material tan escaso que los estudiosos no logran alzar el velo que la oculta y deben limitarse a exponer cautelosas conjeturas acerca de sus hechos.

Hay lugares en el Egipto moderno donde, como en Luxor, se encuentran juntos, uno al lado del otro, el templo antiguo y la mezquita musulmana, ofreciendo el impresionante contraste característico de esta tierra.

Mientras escribo estas líneas me parece percibir ruido de cascos, y veo con los ojos de la imaginación a los invasores árabes, jinetes en sus caballitos, plantando por todo Egipto el estandarte verde del profeta. Pasa el tiempo, con una paciencia cargada de presagios... y el verde cede su lugar al rojo, blanco y azul; y luego vuelve el verde. ¡Pero en el fondo, el sistro de los templos antiguos deja oír su débil tintineo!

Egipto no puede librarse de los emblemas de su fe primitiva. El pasado renace ante nosotros como el ave fénix, gracias a la maravillosa labor de los arqueólogos. Esas visibles reliquias de piedra

recuerdan a Egipto un pasado al que a veces se aferra pero que más a menudo ignora.

Sin embargo, la frontera entre el pasado y el presente es imprecisa. La atmósfera de aquellos pueblos desaparecidos y de su canoso culto pende pesadamente sobre el país; cualquier persona sensitiva podrá atestiguarlo. Sus templos declinaron tristemente; derruidos muchos de ellos y sin techos, albergan murciélagos de largas alas que revolotean de noche entre las columnas. De aquellos hombres sólo quedaron unos pocos cuerpos enterrados, para dar testimonio de su existencia; cuerpos a los que les fueron extraídas la sangre y las entrañas, y que hábiles embalsamadores transformaron en momias fajadas. No obstante, muchos de sus espíritus siguen frecuentando los antiguos lugares, que conocían tan bien. El poder de los que se ha dado en llamar muertos subsiste en Egipto más que en cualquier otro de los países que conozco.

Volví a descubrir la presencia de ese intangible legado en una sala sostenida por columnas del templo de Seti, en Abidos, en uno de cuyos nichos murales me había sentado con las piernas cruzadas, mientras me miraban fijamente o se exhibían ante mí las extrañas figuras pintadas en sus paredes. Después de dos horas de viaje, por un terraplén que atravesaba plantaciones de caña de azúcar y campos de habas, abandoné el grato, fresco y vivificante aire del amanecer (porque había partido antes del alba), y crucé el umbral enlosado del viejo santuario construido por el primero de los faraones Seti. Rápidamente me invadió la poderosa sensación del pasado que, cuando me instalé en el nicho, proyectó en mi mente las visiones de una época desaparecida.

Involuntariamente vi las viejas procesiones desfilando sobre el piso empedrado, dirigiéndose con paso medido y rítmico a las cámaras del altar. Sentí, inevitablemente, el fuerte influjo de aquellos magos sacerdotes, que hicieron del santuario un centro para impetrar las bendiciones de Osiris, el dios a quien simbolizaban con un tocado alto de triple tiara. Y algunas de sus invocaciones poseían un eco que había repercutido en los cielos durante siglos; porque la gran calma de una alta presencia comenzó a envolverme y a encantarme, y bajo sus benévolas alas vi mi terrenal existencia, llena de deseos, escurrirse como la arena entre los dedos.

Bien dijo Estrabón, el geógrafo clásico, refiriéndose a su propia época cubierta de polvo: "En Abidos se adora a Osiris, pero en el templo no se permite actuar, como es de ritual en el comienzo de

las ceremonias en honor del dios, ni a cantores ni a ejecutantes de caramillo ni de cítara". La paz impregnó las blancas paredes de la sala; una paz de ensueño que el mundo exterior no conoce ni comprende. Marta, la del bullicio y el alboroto, recibió la reprimenda de Jesús; María, la tranquila y contemplativa, recibió su elogio. Nuestras mejores horas no las hallamos en la algazara y la agitación; sólo cuando la serenidad desciende quedamente sobre el alma es cuando entramos en íntima unión con la felicidad, la sabiduría y el poder divino.

Me instalé cómodamente en cuclillas en el pequeño nicho mural, como quizá se habría instalado cien generaciones atrás algún moreno sacerdote del templo, y dejé que su apacible influencia me envolviera como un hechizo. ¡Ah, qué satisfacción la de estar un rato solo y olvidar los muchos ruidos que trajo el progreso como séquito inexorable de sus muchos beneficios! Y qué satisfacción, también, la de olvidar los groseros egoísmos, los inevitables malentendidos, los odios indignos y las acerbas rivalidades que, cuando regresamos al mundo de los hombres no iluminados, alzan la cabeza como cobras para escupir y atacar.

¿Y por qué regresar?

Nosotros consideramos la soledad como una maldición, pero cuando adquirimos sabiduría aprendemos a estimarla como una bendición. Debemos escalar los Everest de nuestros sueños y acostumbrarnos a vivir en los pináculos de la soledad. Porque si buscamos alma en las multitudes, sólo encontraremos desalmamiento; si buscamos verdad, hallaremos más que nada hipocresía.

La soledad es la del alma, no la del cuerpo. Podemos pasar toda una velada en una gran sala con una concurrencia de cuarenta personas, y encontrarnos tan solos como si estuviésemos en el Sahara. Los cuerpos podrán aproximarse, pero si los corazones y las mentes permanecen distanciados, seguiremos solos y aislados. Alguien se cree obligado a cumplir con las reglas formales de la etiqueta invitándonos a visitarlo; llegamos a su casa pero el anfitrión no está presente para darnos la bienvenida. Se ha limitado a dejar el cuerpo con el encargo de recibirnos, sabiendo perfectamente que entre nuestras mentes hay un abismo demasiado grande para que le interese quedarse. Trabar relación con un hombre así no es trabar ninguna relación. ¡A los que Dios separó el hombre no debe unir!

Yo tomé pasaje para el imperio celestial, el gran país en el

que no se infiltran nuestras menudas y triviales noticias. ¿Es decir, entonces, que odio a mis semejantes? ¿Cómo se puede llamar mi-sántropo al que juega con criaturas y comparte sus monedas con los pobres?

¿Por qué no permanecer apartados y aceptar la aventura de una existencia solitaria, retirada, libre de ansiedades innecesarias, en lugares tranquilos como este santuario de Abidos?

Nosotros cubrimos de escarnio al hombre que deserta de la sociedad para buscar una vida más elevada, sin pensar que quizá se retira para poder regresar trayendo buenas noticias a su raza. Porque había vuelto a mi memoria la solemne promesa que me habían arrancado aquellos a quienes respeto, o a quienes venero, mejor dicho; y supe que el regreso era ineludible. Pero no me entristeció saberlo, porque también sabía que cuando el mundo me cansaba podía sumergirme en el profundo pozo de mi ser espiritual y salir luego renovado, sereno, satisfecho y feliz; ¡podía hundirme en aquel gran silencio consagrado dentro del cual oía la clara voz de Dios, como oía en el gran silencio de aquel templo las voces más débiles de los dioses desaparecidos. Cuando salimos al mundo exterior erramos entre sombras e incertidumbres, pero cuando entramos en nuestro interior nos movemos entre sublimes certezas y eternas beatitudes. “Guarda quietud —dijo el salmista—, y entérate de que yo soy Dios.”

Perdimos el viejo arte de estar solos y no sabemos qué hacer en la soledad. No sabemos extraer la felicidad de nuestros recursos interiores, por lo que debemos comprar distracciones o recurrir a otras personas para lograr una dicha momentánea. No sólo no sabemos estar solos; menos aún sabemos estar quietos. Pero si pudiéramos mantener el cuerpo durante un tiempo en la misma postura y usar nuestra mente como es debido, lograríamos conquistar una profunda sabiduría, digna de ser poseída, e infiltrar una profunda paz en nuestros corazones.

Me quedé en esa posición durante casi dos horas, hasta que el latido incesante del tiempo volvió a resonar en mis oídos. Abrí nuevamente los ojos.

Miré las gruesas columnas de junquillos que llenaban la sala y sostenían el pesado techo; parecían gigantescas plantas de papiro sosteniendo sólidas cúpulas. Porciones de columnas aparecían iluminadas, aquí y allá, por los rayos del sol que penetraban por las rendijas del techo y revelaban los bajos relieves, ilustrados y

coloreados. Allí estaba el faraón, en actitud ceremoniosa frente a uno de sus dioses tradicionales, o conducido a presencia del mismo Osiris; había hileras de jeroglíficos, una sobre la otra, de contenido tan misterioso para los no iniciados. Setí en persona contempló esas mismas columnas de bases sobresalientes, cubiertas de inscripciones.

Estiré las piernas entumecidas y me levanté para recorrer el lugar. Atravesando altísimas cámaras y santuarios abovedados, me aproximé a estudiar más de cerca las pinturas murales cuyos colores, azul, verde, rojo y amarillo, se destacaban sobre la blanca, marmórea, piedra caliza, con tanta frescura como cuando salieron de las manos de los artistas, tres mil quinientos años atrás.

La delicada belleza superficial de las mujeres se estraga, tarde o temprano, por el despiadado asalto del tiempo, pero la dura, pétreo belleza de estas pinturas parece desafiar todos los embates. ¿Qué secretos poseían aquellos antiguos preparadores de pinturas, cuyos brillantes bermellones y claros azules siguen conservando su frescura, y por qué no pueden ser imitados actualmente? La vitalidad de los colores corría pareja con el excelente dibujo y el espléndido esculpido de aquellos artifices que en aquellas mismas paredes de piedra blanca frente a las cuales me hallaba meditando, habían registrado en relieves y pinturas la vida misteriosa de ese Egipto desaparecido. En todas partes se veía al rey rindiendo culto a los grandes dioses y recibiendo en retribución sus bendiciones. En ese templo singular, que no estaba dedicado íntegramente, como era de práctica, a una divinidad especial, se honraba a varios dioses del panteón egipcio. Cada cual tenía su santuario y estaba representado en alguna escena religiosa, pintada o esculpida en la pared; pero Osiris conservaba la supremacía. Había siete recintos abovedados, formados de grandes bloques de piedra que iban de un arquitebe a otro, y que estaban dedicados, entre otros, a Horus e Isis, a Ptah y Harakt.

Isis, la gran diosa velada, madre de la sabiduría, prefigurada en toda su ternura maternal, estiraba el brazo para tocar en el hombro al devoto faraón. Cerca de ella flotaba su barca sagrada, que tenía en el centro un elegante templete adornado con hojas de loto, mientras las aguas amistosas y los vientos obedientes se hallaban listos y dispuestos para llevarla a las regiones paradisíacas donde moran los dioses y las diosas, y aquellos seres humanos que ellos descienden a bendecir. Los necios que contemplan ese cua-

dro suelen sorprenderse de que los antiguos egipcios hayan sido tan estúpidos que creyeran en esas cosas, en esas divinidades, actualmente desaparecidas por completo, y en las barcas sagradas que transportaban al cielo a los favorecidos. Es cierto que las barcas no eran más que símbolos, elementos de un lenguaje sagrado que las clases selectas del mundo antiguo entendían perfectamente, y que el mundo moderno logra apenas penetrar; pero las divinidades mismas estaban muy lejos de ser meras ficciones. En el universo infinito hay lugar para otros seres superiores al hombre, y aunque adoptaron diversos nombres y formas, en distintas épocas, esas deidades no cambiaron su carácter innato.

Yo creo, con Plutarco, que:

“No hay dioses diferentes en los distintos pueblos, ya sean bárbaros o griegos; lo mismo que el sol, la luna, el cielo, la tierra y el mar, son propiedad común de todos los hombres, pero los distintos países los llaman con diferentes nombres.”

Aunque ahora hayan desaparecido, aparentemente, de nuestra visión, su actividad no puede concluir. Pueden retirarse únicamente a regiones menos accesibles a nuestros sentidos físicos, pero no por eso estamos menos dentro de su esfera de influencia. Siguen guardando el mundo que ha sido puesto a su cuidado; siguen fiscalizando las tendencias de la evolución humana, aunque ya no descienden adoptando formas terrenas. Yo creo en los dioses como creían en ellos los antiguos egipcios, considerándolos como un grupo de seres sobrehumanos que cuidan de la evolución del universo y del bienestar de la humanidad, que dirigen el destino oculto de los nobles y guían sus más importantes asuntos, y finalmente, que conducen a todos los hombres y a todas las cosas hacia la perfección final.

Esas siete capillas consagradas del templo presenciaron el chisporroteo del fuego y la aspersión del agua, la ofrenda de incienso y las posturas de la oración, ceremonias que fueron idólatras o espirituales según la comprensión y la intención de los que participaban en ellas. El hombre que veía en esos actos físicos sustitutos satisfactorios de sus virtudes íntimas, era un idólatra: el hombre que lo consideraba como recuerdos simbólicos de la devoción y los sacrificios que quería darle diariamente a su creador, se vigorizaba en la verdadera religión. Y el sacerdote, por su parte, que empleaba todo aquello en un sistema de magia que le había

conferido la tradición, asumía una gran responsabilidad porque podía atraer hacia su congregación fuerzas diabólicas o angélicas.

A las masas les estaba prohibida la entrada en esos siete santuarios interiores en cuyos altares relució en un tiempo el oro; en realidad, en muchos templos egipcios no se atrevían a pasar más allá de los espaciosos patios interiores. Así era el carácter exclusivo de esa religión, cuyo papel central era desempeñado por el exclusivismo sacerdotal. Pensé en la libertad que reina en la mezquita y en la iglesia, y comprendí una vez más por qué los sacerdotes, que se habían excedido en sus esfuerzos por conquistar y conservar el poder, acabaron por perder hasta el menor vestigio de su influencia. "Recibisteis libremente; dad libremente", era una sentencia que no tenía aplicación en aquellos tiempos. Los sacerdotes recibían y daban con gran reserva y mucha cautela.

* * *

Qué extrañas mutaciones trae consigo el tiempo, pensé; porque el sarcófago del hombre que edificó el templo, el sarcófago de alabastro que contuvo en un tiempo la momia del faraón Setí, se encuentra ahora vacío, a casi cinco mil kilómetros de distancia, en un pequeño museo del Lincoln's Inn Field, entre los abogados y agentes de propiedades de Londres. Si se hubiese hecho enterrar treinta metros más hondo, habría quizá podido escapar al accidentado viaje por la bahía de Vizcaya.

Alcé la vista para contemplar los cielos rasos pintados de un color celeste sembrado de multitud de estrellas, y las roturas que el tiempo había abierto aquí y allá en los gruesos techos para agregar a su conjunto rectángulos de cielo. En ninguna parte del mundo, me dije de nuevo, adquiere el cielo un color azul tan intenso como en Egipto. Penetré en un corredor polvoriento y estudié la famosa tabla de Abidos, esa lista jeroglífica de todos los reyes de Egipto, hasta Setí, que ayudó a los arqueólogos a concretar sus conocimientos de la historia del país. Estaban allí el mismo Setí, junto con su hijo el joven Ramsés, reproducidos en el acto de rendir homenaje a sus setenta y seis antepasados. La real cabeza del faraón, de facciones acentuadas y porte altivo y ceremonioso, estaba de perfil. Recorrí el templo, pisando a veces la fina arena que recubría a trechos el piso, y estudié otros relieves murales, cuadros orlados de cartelas reales o de hileras de

hermosas inscripciones jeroglíficas profundamente grabadas en la piedra.

Horus, con su cabeza de halcón y su cuerpo de hombre, aparecía sentado, erguido, en un trono cúbico elevado, y sosteniendo con ambas manos el triple cetro de Egipto: el mangual, el cayado y el báculo de Anubis. Tres signos simbólicos de buen gobierno. El látigo representaba dominio del cuerpo, el cayado gobierno de los sentimientos y el báculo con cabeza de chacal dominio del pensamiento. El sólido trono cúbico indicaba el dominio completo de la naturaleza terrena. Sus ángulos rectos eran el signo de que los iniciados debían comportarse siempre "con rectitud"; de donde deriva la moderna frase francmasónica "por una conducta honorable". La francmasonería tiene un abolengo más antiguo de lo que creen muchos masones. "Hazte recto para ser útil; la piedra que sirve para murar, no se deja tirada en el camino", dice una antiquísima inscripción persa, de influencia masónica. Sobre la base del trono había una fila de cruces de asa, la famosa "llave de los misterios" de los egipcios y otras razas. Para los egipólogos son símbolos de vida; pero, interpretándolas más profundamente, son símbolos de iniciación en la imperecedera vida superior del espíritu.

El gran objetivo que debían alcanzar los iniciados egipcios era el autodominio. Por eso vemos a menudo en los retratos esa expresión de calma imperturbable. Frente a Horus se hallaba su devoto, el rey, que con las manos extendidas cumplía el acto de litar echando agua en unos tiestos con lotos en flor. El loto era la flor sagrada, en Egipto y en otros países de la antigüedad. El rey perpetuaba en ese grabado sus piadosos cuidados por el crecimiento y el desarrollo de su naturaleza espiritual. El monarca llevaba un delantal triangular, sujeto a la cintura, que le cubría los órganos sexuales; prenda que tenía exactamente el mismo simbolismo que el actual delantal de los francmasones. Esa figura del faraón, con delantal, ejecutando un acto ritual en el templo delante de su divino maestro, tiene su reproducción moderna, por lo tanto, en los francmasones que en el siglo XX realizan sus actos rituales en la logia delante del venerable maestro. Abidos, primera sede de la religión de Osiris, fué también la primera gran logia de sus ritos internos secretos; es decir, de los "misterios", progenitores de la primitiva francmasonería.

Seguí andando por entre las gruesas columnas, escuchando el

incesante gorjeo de los gorriones que anidaban en los viejos techos. Salí del templo y, doblando hacia el oeste, entré por una puerta en un pasaje que descendía en declive bajo tierra y cuyas paredes se hallaban cubiertas de textos y figuras tomadas del principal libro sagrado de los egipcios: *El Libro de los Muertos*. El pasaje conducía a unos recintos subterráneos que, según creen los arqueólogos, estaban destinados a ser el cenotafio de Seti.

Los recintos, de apariencia arcaica, fueron excavados en más de doce metros de escombros. La sala central, con techo a dos aguas, tenía la forma de un enorme sarcófago. El cielo raso estaba delicadamente esculpido con tallas que representaban a Shu, dios del aire, levantando de la tierra un faraón muerto, y protegiéndolo con sus brazos. Presentí al instante que en aquella escena había algún simbolismo oculto. La construcción era, en su conjunto, sumamente notable. Estaba hecha de enormes piedras. Un foso lleno de agua rodeaba toda la cripta y aislaba la nave central. Es más que probable que ese foso se comunicase con el Nilo por medio de algún canal subterráneo secreto. Herodoto describió un sitio muy parecido que, según le dijeran los sacerdotes, existiría debajo de la gran pirámide; pero nadie ha podido comprobarlo hasta ahora. La misteriosa cripta de Abidos, prácticamente única en su género, pudo en realidad haber sido reconstruida por Seti para que le sirviera de cenotafio; pero tuve la impresión definida de que originalmente debió de tener otro objeto más importante. ¿Cuál era ese objetivo? Deseché momentáneamente la cuestión.

Volví a la sala de las columnas y me senté a la sombra, en una vieja baldosa. En Abidos, decían las antiguas tradiciones, había sido enterrado secretamente el mismo dios-hombre Osiris, en la necrópolis real de Thinis, la ciudad que en el pasado se levantaba en aquel mismo sitio. El rey Neferhotep dejó constancia de que al recibir el cetro de los faraones, había encontrado a Abidos hecha un revuelto montón de ruinas, y refirió que había buscado en la biblioteca sacerdotal de Heliópolis los archivos relativos al templo de Osiris que se alzaba antiguamente en ese mismo lugar donde yo me encontraba, y que después de estudiarlos, pudo reconstruir los ritos perdidos. Los sucesores de Neferhotep emplearon también esos documentos para reedificar hermosas obras sobre las ruinas y agregarles nuevas construcciones. Esos templos se hallaban entre las casas de la ciudad de Thinis. Pero el tiempo los ha devorado a todos.

En aquellos primeros tiempos del Egipto primitivo los misterios de Osiris constituían una característica destacada de la religión, y Abidos era el primer sitio del país que los celebraba, circunstancia que la había transformado en uno de los lugares más sagrados de la nación. Por eso sabía yo que eran de la fragancia espiritual de aquella antigua atmósfera las vibraciones con que había entrado en contacto, y no de los ritos formalistas que se llevaban a cabo diariamente en este templo hermoso, pero posterior, del rey Setí. Porque la historia inicial de Abidos se enlaza con la historia del mismo Osiris, y el almanaque se remonta hasta la época sin fecha en que los años se esfuman, la época prehistórica de los orígenes egipcios, la era sin anales anterior a los faraones. Eran los tiempos en que los dioses no habían desaparecido de la vista de los hombres; cuando los "semidioses", como los llamaron los historiadores egipcios, gobernaban al pueblo. Es maravilloso, musité, que por un misterioso proceso de vibraciones psíquicamente renovadas siga viviendo aquí la sublime atmósfera de la Abidos prehistórica y pueda ser recogida de nuevo por un receptor humano sensible.

Allí, en Abidos, se había instalado el primero y más importante de los santuarios de Osiris en Egipto. ¿Pero quién era Osiris? La leyenda histórica responde con el mito fantástico e increíble de alguien que fué asesinado y despedazado y cuyos trozos esparcidos fueron luego reunidos nuevamente.

Hundí la sonda de la mente en el interior de este problema y aguardé a que llegara la respuesta. . .

Y del silencio del pasado llegó esta respuesta: Uno de los grandes de Atlántida previó la necesidad de preparar una nueva residencia para sus allegados espirituales menores y los llevó hacia el este, a la tierra que es ahora la de Egipto. Había alcanzado esa etapa de entidad sobrehumana propia de los semidioses, y era por lo tanto para su pueblo no solamente un gobernante mundano sino también un dios. Sacó a esos seres selectos del continente condenado, aunque éste estaba entonces en el cenit de su civilización, porque los dioses acostumbraban preparar nuevos territorios mucho antes de que los viejos desaparecieran.

Antes de la caída de Atlántida emigraron grupos de hombres de los mejor dispuestos. Los que pertenecían a los imperios occidentales partieron hacia Centro y Sudamérica; los que eran de

los imperios del este se dirigieron al África para fundar allí la grandeza de Egipto.

Viajaron en sus embarcaciones con la proa señalando hacia el poco conocido este, y fundaron colonias en distintos puntos y en diversas oportunidades sobre las costas euroafricanas; pero la partida que iba bajo la dirección inmediata de Osiris fué conducida al Egipto prehistórico, en cuyas riberas hizo un alto para proseguir luego remontando el Nilo; dejaron atrás las tres pirámides y la esfinge, productos de las primeras oleadas inmigratorias de atlantes, y navegaron hasta que Osiris les ordenó detenerse, no muy lejos del actual asiento de Abidos. Encontraron el norte de Egipto habitado por aborígenes que los aceptaron pacíficamente y que incluso, debido a la superior cultura de los recién llegados, permitieron que les impusieran gradualmente su influencia y su dominio. Así nació la civilización del bajo Egipto, y Osiris, antes de abandonar a su pueblo, instituyó los misterios religiosos y los dejó como un legado duradero para perpetuar su nombre, su obra y su doctrina. Esos hombres, esos egipcios prehistóricos, tuvieron, por lo tanto, cultura y civilización mucho antes de que Londres surgiera de sus pantanos. Mucho después de haber desaparecido Osiris, y cuando su religión exigió ser revitalizada y codificada, apareció otro gran maestro, un "semidiós" llamado Thoth, que estableció en Sais un nuevo centro, el segundo, de los misterios de Osiris. Todo esto ocurrió en las comunidades aborígenes del Egipto prehistórico.

¿De dónde surgió, entonces, la leyenda del asesinato de Osiris?

No logré hallar al pronto la respuesta, y decidí postergarla para otra meditación.

Me retiré del templo, caminando por las losas desiguales del piso, cuya superficie había sido desgastada hacía mucho tiempo. Antiguamente las recubrían hermosos mosaicos, de los que ahora no quedaba ni un solo fragmento. Eché un vistazo final a las bellas columnas cuyos capiteles ensanchados sostuvieron durante tantos siglos las grandes vigas de piedra tallada del techo, y seguían aún sosteniéndolas airoosamente. Así terminé mi visita a aquel santuario de la antigüedad.

Salí del patio y abandoné las dependencias del templo. Bajo el brillante sol del mediodía fuí sorteando mi camino entre piedras y polvo, trozos de roca y montículos de arena, lajas quebradas y restos informes; anduve buscando, entre manchones de zarzas ver-

des y abrojos espinosos, algún lugar conveniente desde el cual pudiera dedicarle una última mirada al desierto edificio.

Allí estaba, erguido en su blanca sencillez, con doce columnas cuadradas, rotas, custodiando el frente, y una puerta angosta y simple. ¡Qué aspecto diferente, y qué grandioso, debió de tener cuando estaba en su apogeo! La arquitectura era en Egipto un arte hierático. La religión era el hilo en el que sus artistas y artifices enhebraban las cuentas de sus bellas obras.

En un decreto grabado jactábase Setí de este modo de su propia hazaña: "El palacio interior está embellecido con oro fino, puro, traído directamente de las minas. Al verlo, el corazón se llena de júbilo y todo el pueblo le rinde homenaje. Su nobleza es lo que le da esplendor. Sus portones, de gran tamaño, son de pino del bosque; están dorados con oro fino y fileteados con bronce en la parte posterior. Las grandes torres de los pilones son de piedra de Anu; los remates, de granito; su belleza llega hasta Ra, en el horizonte."

Así era Abidos, considerada como el cementerio de Osiris, y en realidad primer centro egipcio de los "entierros" para la iniciación en los misterios.

Mientras descendía al pueblo, llevando conmigo mis sueños íntimos del pasado, seguía oyendo, allá en los techos rotos del edificio, último sucesor del primer santuario de Osiris, el gorjeo encantador de las alondras.

Yo había encontrado un sitio que amaba, y sabía que su hechizo intangible, que sentía sobre mí como si me lo hubiese colocado una mano invisible, volvería a llamarme hasta allí una y otra vez. Esos lugares me esclavizan, mental y materialmente, con una servidumbre que no veía modo de eludir.

Cuando en las horas efímeras de la existencia logro apresar unos pocos instantes inmortales, comprendo sólo entonces que mi vida no ha transcurrido en vano. En Abidos apresé algunos de esos momentos.

CAPÍTULO XI

LOS RITOS SECRETOS DE LOS TEMPLOS EGIPCIOS

La explicación que buscaba el misterio del legendario asesinato de Osiris la encontré por fin cuando, remontando el Nilo, me dediqué a estudiar el mejor conservado de los grandes templos egipcios, el de la diosa Hator, en Dendera; las suaves y tibias arenas lo habían tapado completamente, preservándolo y protegiéndolo durante mucho más de mil años. Trepé por una escalera extraordinariamente angosta y desgastada, en el lado norte del templo. De tanto en tanto me detenía para examinar, a la luz de la linterna, las escenas que aparecían esculpidas en las paredes, a todo lo largo de la escalera. Representaban la procesión ritual más importante de aquel templo, la del año nuevo, encabezada por el mismo faraón. Sacerdotes, hierofantes de los misterios y portaestandartes subían en las paredes talladas como debieron de haber subido los originales vivos por la escalera. Junto con ellos salí de la penumbra al sol radiante, y por un techado de piedras gigantes llegué hasta un pequeño templo que se alzaba, apartado y solitario, en un rincón de la terraza. Lo sostenían columnas con la cabeza de Hator en el capitel.

Entré y vi que se trataba de un santuario en el que se habían cumplido los misterios de Osiris hasta la época de Tolomeo. Las paredes estaban decoradas con relieves esculpidos en los que aparecía Osiris tendido en un sofá y rodeado de varios sirvientes e incensarios. Había jeroglíficos y cuadros que relataban toda la historia de la muerte y resurrección de Osiris, e inscripciones que

indicaban las oraciones determinadas para las doce horas de la noche.

Me senté en el suelo, que era en realidad una parte del techo del templo mismo, y me entregué a una nueva meditación sobre la vieja leyenda. Y cuando hube hundido la sonda durante bastante tiempo a bastante profundidad, brilló en mi mente la verdad, una verdad cuyos fragmentos deformados habían atravesado los siglos bajo la forma de ese fantástico relato sobre el desuartizamiento y la posterior reconstitución de Osiris.

Vi la clave de la verdad al recordar súbitamente mi propia experiencia en la cámara del rey; en la gran pirámide, cuando de las tinieblas de la noche surgió la visión de dos sumos sacerdotes, uno de los cuales puso mi cuerpo en trance y sacó a mi espíritu consciente de su prisión. Mi cuerpo dormido había quedado prácticamente en coma, sólo alentado por una respiración inconsciente y casi imperceptible, en tanto que su verdadero elemento vital había escapado. Yo era un muerto cuya alma había abandonado el cuerpo. Sin embargo, al finalizar la experiencia, regresé a la carne, de la que desapareció el aspecto de la muerte. ¿No había sido aquélla una auténtica resurrección, el retorno a la existencia terrena después de haber vislumbrado el otro estado? ¿No fué aquélla una existencia consciente después de la muerte?

Me levanté y volví a examinar las pinturas de las paredes para confirmar la iluminación que había recibido. Osiris yacía aparentemente muerto, embalsamado y envuelto en tiras, como las momias. Sin embargo, todos los detalles señalaban la preparación de una ceremonia en beneficio de un vivo y no de un muerto. En efecto; allí estaban el cuerpo en trance del candidato, los sacerdotes oficiantes y los incensarios para facilitar el trance.

También estaban las plegarias nocturnas. Porque esas iniciaciones siempre se realizaban a la caída de la tarde. El candidato era puesto en trance por períodos variables, siendo más prolongados y más profundos cuanto más avanzado era su grado; los sacerdotes lo vigilaban durante las horas de la noche que le habían sido asignadas.

Era ésa la escena que se representaba en los rituales de los misterios desde tiempo inmemorial. ¿Y qué significaba? El asesinato de Osiris no era otra cosa que el aparente asesinato de todos los candidatos que querían participar en los misterios de

Osiris; es decir, mancomunarse con el espíritu de Osiris, fundador de los misterios.

En los templos antiguos había siempre una doble disposición arquitectónica; todos los templos tenían dos secciones: una para el culto ordinario y otra para los misterios secretos. Esta última era completamente reservada y estaba ubicada en una parte especial del santuario.

Por medio del hipnotismo (usando poderosos fumíferos y pases mesmerianos por encima de todo el cuerpo), combinado con el empleo de una varilla mágica, se sumía al candidato en un estado de trance semejante al de la muerte, en el que perdía toda apariencia de vida. El alma seguía unida al cuerpo inerte mediante un hilo magnético, visible para el iniciador clarividente; de ese modo se conservaban las funciones vitales pese a la completa suspensión de la actividad. El objetivo de la iniciación era el de enseñar al candidato que "¡no existe la muerte!" Y se lo enseñaban de la manera más clara y práctica, es decir, haciéndole experimentar el proceso de morir y entrar misteriosamente en otro mundo de existencia. Tan profundo era su trance que lo colocaban en un cajón de momia, que tenía sus correspondientes pinturas e inscripciones, y que tapaban y sellaban: ¡En todos conceptos, había sido realmente asesinado!

Pero cuando vencía el tiempo señalado para la duración del estado de trance, abrían el cajón y despertaban al yacente con los procedimientos apropiados. Los trozos simbólicamente esparcidos del cuerpo de Osiris volvían a reunirse y el candidato era revivido. ¡La mítica resurrección de Osiris era simplemente la verdadera resurrección del candidato iniciado en sus misterios!

La capilla en donde yo estaba había sido escenario de muchos de esos "asesinatos" y "resurrecciones". En un tiempo estuvo convenientemente amueblada con un sofá y todos los elementos necesarios para la ceremonia. Cuando el candidato, después de pasar por el período de trance, estaba en condiciones de ser despertado, lo llevaban a un sitio donde le daban de lleno en la cara los primeros rayos del sol naciente.

Se sabe que en los tiempos primitivos muchos de los sacerdotes egipcios de jerarquía y todos los sumos sacerdotes eran muy versados en hipnotismo y mesmerismo, y podían provocar en otras personas un estado cataléptico tan profundo que era como si hubiese sobrevenido el *rigor mortis*. Los sumos sacerdotes po-

dían hacer algo más que eso; su poder era superior al de los modernos hipnotizadores, porque *sabían mantenerle despierta la mente al candidato, estando el cuerpo en trance*, y proporcionarle una serie de experiencias supernormales que recordaba cuando volvía al estado normal de conciencia.

De ese modo le hacían comprender la naturaleza del alma humana y le hacían percibir, al sacarle temporariamente el alma del cuerpo, la existencia de otro mundo de existencia, el llamado mundo de los espíritus, al que le daba su adecuada analogía el símbolo pintado en el féretro. Los egipcios esculpían en las tapas de los sarcófagos, o lo pintaban en los cajones de momias, o lo dibujaban como viñetas en sus libros sagrados, un pequeño y curioso pájaro-hombre que levantaba el vuelo alejándose de la momia o permanecía posado sobre ésta. Era un pájaro con cabeza y brazos de hombre y solía ser representado a menudo extendiendo con una mano, hasta las fosas nasales de la momia, la figura jeroglífica de una vela de lona, hinchada, que era la respiración, y teniendo en la otra mano una cruz ansata, que era la vida. Ya sea allí, o escrito en rollos de papiros, o grabado en piedras de granito, el simbolismo de esos extraños jeroglíficos enseñaba siempre la misma doctrina, la existencia de un mundo espiritual. Cuando el *Libro de los Muertos* habla de los difuntos se refiere en realidad a los muertos vivos, los hombres sumidos en un trance tan profundo como la muerte, inmóviles los cuerpos, y las almas desprendidas e introducidas en otro mundo. Se refiere a la iniciación. De alguna forma misteriosa, ese otro mundo se interpenetra con el nuestro, pudiendo estar los espíritus muy cerca de nosotros los mortales. Que nada se pierde en la naturaleza, lo dice la misma ciencia; cuando un hombre desaparece de este mundo, dejando un cuerpo inerte e insensible, puede muy bien ser que reaparezca en el éter, invisible para nosotros pero visible para los seres etéreos.

Aunque ese proceso de iniciación presente todas las características externas del hipnotismo práctico, era algo que iba mucho más allá de los métodos empleados por los modernos experimentadores, que atraviesan el inconsciente del hombre pero que no pueden hacer conocer al sujeto otros planos más profundos de existencia.

En la imaginación popular Osiris era alguien que había sufrido martirio y muerte, y que luego había vuelto a salir de la tumba.

Su nombre se convirtió de ese modo, para su pueblo, en el sinónimo de la supervivencia después de la muerte, y su conquista de la inmortalidad les dió la esperanza de que también ellos la conquistarían después de la muerte.

El pueblo creía en la inmortalidad del alma y en la vida de ultratumba; y que en la transición de ésta a la otra vida, los dioses juzgarían el alma y avaluarían las buenas y malas acciones del pasado. Los malvados recibirían el castigo merecido y los buenos irían al reino de los bienaventurados y se reunirían con Osiris. Estas nociones fueron bastante útiles a las masas y proporcionaron a los laboriosos campesinos todo lo que su mentalidad era capaz de asimilar. No tenía objeto aturdirlos con profundas filosofías y sutiles explicaciones psicológicas. Todos esos mitos, leyendas y fábulas populares debían ser entendidos como parcialmente simbólicos y parcialmente históricos, como conteniendo un significado racional y una verdad que era la única realidad. Y para conservar viva esta doctrina, los sacerdotes de los templos no sólo empleaban las ceremonias rituales sino que realizaban además, en determinadas fechas, representaciones dramáticas simbólicas, en público, que revivían ante la plebe la historia de Osiris. Muy pocas de esas funciones entraban en la categoría de los misterios, es decir de versiones populares de los mismos, fáciles de entender; correspondían a los misterios teatrales de la Grecia antigua y a las representaciones teatrales de la pasión en la Edad media y en la Europa moderna, como el drama cristiano que se sigue representando actualmente en Oberammergau, Baviera. Pero no deben confundirse, sin embargo, con los verdaderos misterios, que nunca se realizaban en público y eran mucho más que una función teatral. Las representaciones públicas eran simbólicas y sacras, pero no revelaban al público ningún secreto oculto; de ahí que los antiguos espectáculos populares de la muerte y resurrección de Osiris no deben tomarse por los misterios internos del culto.

Las celebraciones populares, personales, y las ceremonias externas se hacían para la gran masa del pueblo, a la que satisfacían admirablemente; pero había otra doctrina más filosófica, con prácticas secretas, para los intelectuales. Este detalle lo conocían los egipcios cultos, de educación espiritual; los nobles y los de alta alcurnia, y cuando sentían la vocación, solicitaban ser admitidos en aquel otro círculo.

Los templos tenían dependencias especiales, aisladas, para la

ejecución de los misterios, que estaba a cargo de un número reducido y selecto de sacerdotes llamados hierofantes. Estos ritos secretos eran celebrados fuera y al margen de las ceremonias diarias del culto a los dioses; los mismos egipcios los denominaron "misterios".

El carácter sobrenatural de los misterios mayores, con los cuales nada tenían que ver los dramas rituales, se conocen por las alusiones de algunos iniciados. Uno de ellos, por ejemplo, declaró: "Gracias a los misterios, la muerte no es un mal para los mortales, sino un bien". Esto sólo podía significar que el hombre se había convertido en cadáver, obteniendo con ello, no obstante, un gran beneficio. En los textos jeroglíficos las personas que han pasado por esa experiencia son llamadas los "nacidos dos veces"; estos últimos podían añadir a sus nombres las palabras "el que renovó su vida". En las inscripciones de las tumbas suelen encontrar los arqueólogos esas frases, descriptivas del estado espiritual del difunto.

¿Qué grandes secretos aprendían en los misterios los candidatos que pasaban satisfactoriamente las pruebas?

Dependía del grado a que habían llegado, pero en líneas generales todas las experiencias se pueden condensar en dos, que formaban el núcleo central de las revelaciones recibidas.

En los primeros grados, los candidatos conocían el alma humana, representada en el sistema jeroglífico por un pequeño hombre-pájaro, y resolvían el problema de la muerte; aprendían que era en realidad la desaparición de un estado de existencia, pero sólo para reaparecer en otro, que afectaba el cuerpo carnal pero no destruía la mente ni el yo. Aprendían, también, que el alma no sólo sobrevive a la destrucción de su envoltura mortal sino que progresa hacia esferas más elevadas.

En los grados más avanzados conocían el alma divina; eran llevados a la comunión personal con el creador; se encontraban cara a cara con la divinidad. Primero eran instruidos en la verdadera explicación de la caída del hombre de su estado espiritual original. Se les relataba la historia interna de la Atlántida, historia tan íntimamente asociada con la historia de la caída. Luego eran levantados y conducidos hacia arriba, esfera tras esfera, hasta que se encontraban en la misma elevada conciencia espiritual que gozó el hombre en los comienzos. De ese modo, mien-

tras se hallaban aún en el peregrinaje temporal, recogían la recompensa de la eternidad.

* * *

No estaría de más que intercalara aquí, en mi crónica de viajes e impresiones, algunas líneas descriptivas de varias antiguas instituciones de los misterios, redactadas por una pluma distinta de la mía, la pluma de un hombre que vivió en una época clásica y que fué él mismo un iniciado, al menos en los grados inferiores de la iniciación. Obligado por juramento a no revelar los detalles de sus experiencias, sólo pudo darnos explicaciones generales y alusiones evasivas. El relato, que es la más amplia declaración de un iniciado que se conoce, pertenece a Apuleyo, iniciado de primer grado en los misterios de Isis; su obra es una autobiografía titulada "Lucio", en la que vemos a este último golpeando a la puerta del templo, ansioso por adquirir el conocimiento secreto.

Durante mucho tiempo los misterios egipcios estuvieron cerrados para los extranjeros, pero en las últimas épocas fueron admitidos e iniciados varios de ellos, muy pocos. Casi todos cumplieron sus votos de guardar secreto. Las disposiciones que reglamentaban el ingreso eran estrictas y severas.

"Día tras día crecía mi deseo de ser admitido en los misterios, y una y otra vez volvía a visitar al sumo sacerdote con mi súplica apremiante de que resolviera por fin iniciarme en los secretos de la noche que son sagrados para la diosa. Pero él, que era un hombre de carácter firme y famoso por observar cuidadosamente las leyes estrictas de la fe, con palabras amables y atentas, como las que emplea un padre para moderar los deseos precoces de los niños, desechaba mi insistente pedido y sosegaba la gran inquietud de mi espíritu presentándome la consoladora esperanza de una felicidad mayor. Porque decía que cada hombre tenía fijado el día de su iniciación en las disposiciones de la diosa, y que el sacerdote destinado a officiar en su servicio era también elegido por su divina providencia.

"Me pidió que, como los demás, aguardara sus designios con reverente paciencia, previniéndome que era mi deber guardarme con toda mi alma del ansia excesiva y la petulancia, evitando caer en ambas faltas, y que no debía retrasarme al ser llamado ni abalanzarme antes de serlo.

"—Porque las puertas del infierno y el poder de la vida están

ambos en las manos de la diosa, y el mismo acto de consagrarse es considerado como una muerte voluntaria y un riesgo de la vida, puesto que la diosa acostumbra elegir a aquellos que se aproximan al término de su vida y que están en el umbral de la noche, y que son además hombres a quienes pueden ser confiados los poderosos misterios de la diosa. A esos hombres la providencia de la diosa les otorga un nuevo nacimiento y los vuelve a poner en el comienzo de una nueva trayectoria de vida. Debes, por lo tanto, aguardar la orden del cielo.

"La gracia salvadora de la grandiosa no me defraudó, ni me torturó con largas dilaciones; en las sombras de la noche, con órdenes en las que no había sombras, me advirtió claramente que el día largamente deseado por mí había llegado, día en que me otorgaría la satisfacción de mis más fervientes plegarias.

"Con esas y otras graciosas admoniciones la diosa suprema alegró mi espíritu, de tal modo que aun antes de que clarease el día aparté de mí el sueño y fui de prisa al alojamiento del sacerdote. Lo encontré cuando salía de su alcoba y lo saludé. Había resuelto reclamarle con mayor insistencia que de costumbre mi asignación al servicio de los misterios, que ahora era mi deber. Pero él, en cuanto me vió, se anticipó a mis palabras y me dijo:

"—Lucio, dichoso y bendito eres, tú a quien la augusta deidad se digna favorecer con su benevolencia. Ha llegado el día por el que durante tanto tiempo rogaste en tus infatigables oraciones, día en el que, por la divina orden de la diosa de muchos nombres, serás admitido por mi mano en los más sagrados de los misterios.

"Poniendo su mano derecha en la mía, el amable anciano me condujo hasta la misma entrada del gran santuario, y después de celebrar solemnemente los servicios de la apertura de las puertas y de cumplir el sacrificio matinal, sacó de los lugares secretos del santuario ciertos libros cuyos títulos estaban escritos con letras indescifrables.

"Luego me llevó de vuelta al templo y, habiendo pasado más de medio día, me sentó a los pies de la misma diosa, y después de confiarme ciertos secretos, demasiado sagrados para decirlos, me ordenó frente a todos los presentes que durante diez días consecutivos me abstuviera de todos los placeres de la mésa, que no comiera cosas vivas ni bebiera vino.

"Cumplí todos los preceptos con reverente abstinencia, y llegó

por fin el día de mi consagración a la diosa. El sol descendía hacia el poniente, seguido de la llegada de la noche, cuando vi que por todos lados me rodeaban multitudes de santos iniciados, honrándome cada cual con diversos obsequios, de acuerdo con los antiguos ritos. Finalmente fueron excluidos todos los no iniciados, me pusieron una túnica de hilo que no había sido usada por ningún hombre, y el sacerdote me llevó de la mano al mismo corazón del sacro lugar.

"Probablemente, ávido lector, arderás en deseos de saber lo que pasó luego. Yo te lo diría, si me fuera permitido hacerlo, y tú lo sabrías todo, si te fuera permitido enterarte. Pero lengua y oído se corromperían con una misma culpa si yo satisficiera tu arrebatada curiosidad. Sin embargo, como es probablemente un anhelo piadoso el que te agita, no te atormentaré prolongando tu angustia. Escucha, pues, y cree, porque lo que digo es verdadero. Llegué hasta los confines de la muerte, pisé los umbrales de Proserpina, fui conducido a través de todos los elementos y traído de vuelta a la tierra. Vi refulgir esplendorosamente el sol en medio de la noche, me acerqué a los dioses de arriba y a los dioses de abajo, y los adoré cara a cara. Advierte que te he dicho cosas de las que, aunque las conocías, no debes saber nada aún."

Un año más tarde Lucio fué iniciado en los misterios de Osiris, que eran superiores.

Entre los pocos extranjeros a quienes se les permitió recibir la iniciación figuraban también Platón, Pitágoras, Tales, Licurgo, Solón, Jámblico, Plutarco y Heródoto. Este último alude a los misterios, en sus obras, con suma reserva, describiendo detalladamente los dramas simbólicos y los festivales públicos que la imaginación popular asociaba siempre con los misterios, y que eran de carácter simplemente ritual, pero negándose a divulgar los ritos secretos internos, de los cuales dice: "Sobre estos misterios, los que conozco realmente todos, sin excepción, mis labios deben guardar religioso silencio".

Volvámonos ahora a las páginas de Plutarco, el biógrafo.

"Estas fábulas que cuentan los egipcios acerca de los dioses, de sus divagaciones, sus descuartizamientos y otros incidentes, no debemos suponer que hayan sucedido o se hayan hecho tal como las relatan. Los países emplean símbolos establecidos, algunos obscuros, otros más inteligibles, para guiar el entendimiento hacia las cosas de la divinidad. De la misma forma debemos tomar esas

historias acerca de los dioses y recibirlas de quienes interpretan mitos, con espíritu reverente y filosófico.

("En el instante de la muerte el alma experimenta las mismas impresiones que los iniciados en los grandes misterios.

"Esas historias comunes y triviales de los que identifican las leyendas sobre las deidades con los cambios atmosféricos de las estaciones, o con la producción, siembra y labranza de los granos, y dicen que Osiris es sepultado cuando se entierra el grano en la siembra, y que resucita cuando comienza a brotar la semilla; que se guarden bien los hombres de degradar sin saberlo a los seres divinos y reducirlos a vientos y corrientes, a siembras y labranzas, a propiedades de la tierra y a cambios de estación.

"Los misterios se proponían también preservar el significado de valiosos pasajes de la historia."

Esta no es más que una insinuación, todo lo que Plutarco se creyó autorizado a divulgar, pero significa que a los iniciados se les contaba la historia interna de la Atlántida y su caída.

En su tratado *De Iside et Osiride* señala el propósito psicológico de los misterios. Dice así:

"Mientras estamos aquí abajo, entorpecidos por trabas corporales, no podemos mantener contacto con Dios, exceptuando la meditación filosófica, en la que podemos rozarlo levemente, como en un sueño. Pero cuando nuestras almas son desenlazadas (por los misterios) y pasan a la región de lo puro, lo invisible y lo inmutable, ese Dios es su guía y su rey; confían en él y contemplan con ansia insaciable la belleza de la que no pueden hablar labios humanos."

Se refiere al objeto de los misterios de Isis en los siguientes términos:

"Por estos medios pueden estar mejor preparados para lograr el conocimiento de la mente primera y superior, a cuya búsqueda exhorta la Diosa. Por eso se llama su templo Iseion, por alusión a ese conocimiento del ser eterno y autoexistente que puede ser obtenido si se aborda adecuadamente."

Eso fué lo que dijo el griego Plutarco. ¿Cuál fué, a su vez, la opinión del sirio Jámblico acerca de los misterios egipcios en que fué iniciado?

"Los dioses compendian la esencia y la perfección de todo bien, residiendo en nosotros los sacerdotes su primero y antiguo poder. El conocimiento de los dioses va acompañado de una con-

versión hacia nosotros mismos y de nuestro propio conocimiento. Digo, por lo tanto, que la parte más divina del hombre, que estaba anteriormente unida con los dioses mediante el conocimiento de su existencia, pasó luego a otro estado y quedó atada con los lazos de la necesidad y el destino. De ahí que sea indispensable considerar de qué manera pueda ser librado de sus ataduras. No hay, por lo tanto, otra manera de desatarlo más que con el conocimiento de los dioses. Este es el objetivo que persiguen los egipcios con la elevación sacerdotal del alma hacia la divinidad.”

Otro iniciado fué Proclo. Escuchémoslo también a él:

“En todas las iniciaciones y misterios los dioses exhiben numerosas formas de sí mismos, y a veces, por cierto, es una luz sin forma la que se ofrece a la vista; a veces esa luz configura una silueta humana, y otras veces se reviste con otras formas. Algunas de esas figuras no son dioses, y provocan alarma.”

¿Cuál fué el testimonio del noble filósofo Platón?

“Como consecuencia de esa divina iniciación nos convertimos en espectadores de benditas visiones singulares, asentadas en una luz pura, y nosotros mismos nos purificamos y nos libramos de esa vestimenta que llamamos cuerpo y a la que ahora estamos atados como una ostra a su concha.”

Afirmó, también, que el objetivo final de los misterios era el de llevar de vuelta al hombre a los principios de los que la raza humana se apartó originalmente.

Aprisa, volemos con la vela extendida
A la amada patria, tanto tiempo perdida.

Así fué como expresó el poeta el pensamiento de Platón.

Otro iniciado que se considera de linaje extranjero fué Moisés: en realidad era sólo medio hebreo, porque uno de sus padres era egipcio. “Moisés fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios”, dice el Nuevo Testamento. Estas palabras significan (si es que deben ser tomadas literalmente) que le había sido revelada la sabiduría *más profunda* de los egipcios. Lo cual no suele ser otra cosa que el conocimiento impartido por los misterios.

Más adelante dice la misma escritura que “Moisés se puso un

velo sobre la cara". Podemos encontrar cierta noción sobre la naturaleza del velo allí donde dice que "hasta el día de hoy, al leer el Antiguo Testamento, permanece puesto el mismo velo". (Segunda epístola a los corintios.) Esto indica que no se trataba de un velo material sino de un velo puesto sobre aquello que se comunica por medio de palabras, es decir, el conocimiento. Por lo tanto, el velo que llevaba Moisés era en realidad el voto de silencio y secreto que había hecho durante su iniciación en los misterios.

La mencionada sabiduría que poseía Moisés la había adquirido en la famosa escuela del templo de la ciudad de On, la que los griegos denominaron Heliópolis cuando conquistaron a Egipto (y que la Biblia llama On); es una ciudad desaparecida que había estado situada a pocos kilómetros al norte de El Cairo. Entre la meseta donde se levantan las pirámides y la sagrada ciudad de Heliópolis se extendía un camino sagrado que atravesaba la llanura. Tanto Heliópolis como Menfis —otra ciudad desaparecida que también estaba a la vista de las pirámides— consideraban a la gran pirámide como el supremo santuario de los misterios. Heliópolis desapareció, y con ella el templo; las derruidas paredes de ladrillos de la ciudad y las despedazadas columnas de los templos yacen ahora sepultadas bajo tres metros de tierra y arena. Todo menos el obelisco de granito rojo que se hallaba en el pórtico. El obelisco sigue en su sitio; es el mismo obelisco que vió Moisés y delante del cual pasó muchas veces y es ahora el más antiguo de los que continúan en pie en el país. Otros estudiantes que, atraídos como las polillas por la lámpara de la sabiduría, golpearon a la puerta del templo, fueron Platón, el filósofo, y Heródoto, el historiador. También ellos vieron aquel elevado monolito que hoy, aturdido, patéticamente solo, se alza en un campo cultivado por los labradores hasta su misma base.

Este obelisco es hermano de aquel otro obelisco tosco que fué erigido por Tutmés III frente al templo del sol, en Heliópolis, y que ahora se encuentra en Londres, contemplando desde el malecón las aguas del Támesis; obelisco que, con el nombre de La aguja de Cleopatra, subsiste para recordar a la afanosa población de la metrópoli inglesa una poderosa civilización del pasado.

El imponente obelisco se erguía como un centinela custodiando la entrada del templo, mientras sus inscripciones jeroglíficas, grabadas profundamente en los costados, proclamaban la historia

del edificio. Los obeliscos eran algo más que simples pilares de piedra instalados para exhibir inscripciones; eran además símbolos sagrados, y terminaban siempre en una pequeña pirámide.

Heliópolis fué un gran centro de estudios, sagrados y profanos; tenía trece mil religiosos, entre estudiantes del sacerdocio y maestros; una vasta población civil y una importantísima biblioteca que luego debía contribuir a formar la famosa biblioteca de Alejandría.

El joven Moisés recorría los templos en sus paseos ceremoniales, o estudiaba empeñosamente los papiros; pasó allí muchas horas sumido en profundos pensamientos y meditaciones solitarias.

Excepcionalmente serio, aun de niño, Moisés progresó tanto en sus estudios y en su carácter que pasó con honores todos los grados de la iniciación, llegando hasta el grado máximo, pocas veces alcanzado, de adepto. Estaba entonces en condiciones de ser a su vez hierofante. Y recibió esa distinción allí mismo, en la misma escuela de los misterios donde había estudiado, la escuela anexa al gran templo de Heliópolis, la ciudad del sol. Una vez hierofante, recibió candidatos y los inició en los ritos secretos de Osiris, los ritos supremos de los misterios.

En aquella época llevaba otro nombre, un nombre egipcio, como correspondía a su condición de medio egipcio. Su nombre original era Osarsiph. (Esto no es producto de la imaginación del autor. He tomado el nombre, así como el nombre del templo de Moisés y otros dos o tres detalles, de los antiguos archivos egipcios del sacerdote Manetho; el resto lo descubrí en investigaciones privadas).

Cuando llegó el gran cambio de su vida, cuando aceptó la misión que el destino y los dioses le habían confiado, marcó el acontecimiento cambiándose el nombre por otro israelita. Todos los egipcios cultos creían en el poder de los nombres. Los nombres poseían para ellos virtudes mágicas. Osarsiph cambió, pues, su nombre por el de Moisés.

El faraón de aquel entonces era un hombre de carácter duro y no espiritual. Era testarudo y cruel. Las persecuciones a los israelitas despertaron hacia éstos las simpatías de Moisés y conmovieron la sangre hebrea que corría por sus venas. Logró libertar a las tribus hebreas de su servidumbre y cautiverio, y las condujo al valle de Goschen por el histórico camino que, desde tiempo inmemorial, fué la ruta que unía África con Asia, la misma carre-

tera que Napoleón recorrería algún día a caballo para sufrir el riesgo de morir ahogado al llegar a su término en Suez.

La historia posterior de Moisés, a partir de entonces, puede encontrarse en la Biblia, lastimosamente mezclada con simples rumores.

En el Antiguo Testamento figura una serie de libros llamada el Pentateuco, que es atribuída a Moisés. Contiene la esencia de la sabiduría que Moisés quería visiblemente comunicar a su pueblo, junto con detalles más o menos históricos sobre la creación del mundo y las primitivas razas humanas.

Ahora bien; Moisés, como adepto, conocía y usaba la sagrada escritura de los iniciados, es decir los jeroglíficos, en el *tercer significado* o significado secreto espiritual. Cuando completó el Pentateuco redactó el texto en jeroglíficos egipcios. Esos textos estaban al alcance de los sacerdotes iniciados de Moisés, que entendían los jeroglíficos. Pero cuando se establecieron en Palestina y fueron pasando los siglos, el conocimiento de los jeroglíficos se fué haciendo cada vez más vago. Los sacerdotes fueron entendiendo cada vez menos los caracteres, descifrándolos cada vez con mayor dificultad. Este hecho no debe sorprendernos si recordamos que en Egipto mismo, al llegar el siglo IV d. J., el arte de interpretar los jeroglíficos se había perdido completamente. Cuando, casi mil años después del gran éxodo isralita de Egipto, los dignatarios de Israel reunieron la colección de libros que ahora llamamos el Antiguo Testamento, las dificultades que encontraron para traducir al hebreo los escritos de Moisés fueron inmensas. Porque Moisés había escrito como adepto, y esos dignatarios, por instruídos que fueran, no eran adeptos. Se cayó en frecuentes errores de interpretación; expresiones simbólicas fueron tomadas literalmente como hechos reales; escenas jeroglíficas fueron tomadas por escenas reales; y figuras metafóricas fueron deplorablemente interpretadas. Bastará con dar un solo ejemplo: los seis días de la creación significaban, para Moisés, seis vastos períodos llamados simbólicamente días por razones que conocían todos los iniciados. Pero los eruditos, que los tradujeron literalmente, creyeron que significaban realmente días de veinticuatro horas.

Por consiguiente, esos primeros libros de la Biblia entregan conceptos peculiares cuando se leen literalmente, peculiares por-

que la ciencia diaria los rectifica justificadamente con los hechos; pero entregan conocimientos en suma fructíferos cuando se leen iluminados por la comprensión de las enseñanzas que se impartían en los templos egipcios de los misterios.

Luego, Moisés debe ser proclamado como una de las figuras más notables que hayan surgido del trance mortuorio de la iniciación.

Mod: todo el capítulo

CAPÍTULO XII

LOS ANTIGUOS MISTERIOS

Los que eran iniciados en los *misterios antiguos* hacían el solemne juramento de no revelar jamás lo que había sucedido dentro de las sagradas paredes. Debe recordarse, de todas maneras, que todos los años eran muy pocos, relativamente, los iniciados en los misterios; por lo tanto, nunca hubo un número grande de personas que conocieran los secretos. Luego, y como los juramentos se cumplían con toda fidelidad, ningún escritor de la antigüedad publicó una exposición completa y con ilación de lo que eran realmente los misterios. Sin embargo, las alusiones, los comentarios de autores clásicos, las frases ocasionales y las inscripciones esculpidas que fueron descubiertas son suficientes para permitirnos echar unos rápidos vistazos a la naturaleza de esas obscuras instituciones de la antigüedad. Y esos vistazos nos aseguran que los misterios, en su etapa prístina e incorrupta, tenían indudablemente un propósito elevado; eran una mezcla de objetivos religiosos, filosóficos y morales. "Salve; tú que experimentaste lo que nunca habías experimentado, te convertiste de hombre en dios", era una frase de despedida que recibían los iniciados órficos de los grados más altos.

Todo el mundo podía llamar a la puerta de los templos de los misterios pidiendo ser iniciado, pero que fuera admitido ya era otra cosa. Como dijera Pitágoras, al rechazar aspirantes sin condiciones en su Academia de Crotona: "No todas las maderas sirven para hacer a Mercurio."

La primera etapa de la iniciación, la que demostraba la super-

vivencia, traía apareada una experiencia terrible y pavorosa como preludio al más placentero despertar en el cuerpo del alma.

En algunas de las iniciaciones elementales, pero no en todas, hubo un tiempo en que se usaban medios mecánicos para hacer creer al candidato que caía en un pozo peligroso, o que lo acometía una ola impetuosa, o que lo atacaban animales feroces. Con eso se probaba su valor y su ingenio. Pero la prueba más espantosa era aquella en que, en los grados adelantados, le daban una lucidez momentánea para que enfrentara aterradoras criaturas del infierno.

“La mente se conmueve y se agita en la muerte exactamente como en la iniciación en los grandes misterios; en la primera etapa no hay más que errores e incertidumbres, esfuerzos, divagaciones y tinieblas. Al llegar al borde de la muerte y de la iniciación todas las cosas tienen un aspecto terrible; son todos horrores, temblores, terrores. Pero en cuanto concluye esta escena, se difunde una luz maravillosa y divina . . . , perfectos e iniciados, están libres, coronados, triunfantes, transitan por la región de los bienaventurados.” Este pasaje procede de una crónica antigua y fué conservado por Stobæus; confirma las experiencias de todos los demás iniciados.

Los antiguos papiros pintan al candidato conducido para la realización de esta etapa por Anubis, dios con cabeza de chacal, maestro de los misterios. Anubis lo hace atravesar el umbral del mundo desconocido, para ponerlo en presencia de apariciones aterradoras.

Los conocimientos que impartían esas escuelas de iniciación habían pasado directamente de la primitiva revelación de la verdad a las primeras civilizaciones, y tuvieron que ser protegidos para que conservaran su pureza. Se comprende, por lo tanto, que los secretos hayan sido cuidadosamente ocultados y celosamente alejados de los profanos.

El estado en que era sumido el candidato a la iniciación no debe ser confundido con el sueño común. Era un estado de trance que ponía en libertad su yo consciente; era un sueño mágico en el que permanecía paradójicamente despierto, pero para otro mundo.

Además, sería un grave error confundir esa sublime experiencia con la maniobra mental de los modernos hipnotizadores. Estos últimos sumen al sujeto en una condición extraña que nadie comprende completamente, en tanto que los hierofantes de los miste-

rios poseían una sabiduría tradicional secreta que les permitía ejercer sus poderes con pleno conocimiento de causa. Los hipnotizadores perforaban la mentalidad inconsciente del sujeto en trance hasta cierto nivel, sin participar en el cambio de condición, mientras que el hierofante vigilaba y fiscalizaba todos los cambios con sus propios poderes de percepción. Sobre todo el hipnotizador sólo puede elucidar las cuestiones del sujeto relativas a la vida material, y al mundo material, o realizar hazañas anormales con el cuerpo material. El hierofante penetraba más profundamente y sabía conducir la mente del candidato, paso a paso, por una experiencia que abarca los mundos espirituales, hazaña que no logra el poder de ningún hipnotizador moderno.

Yo he observado todas las clases de fenómenos hipnóticos que se realizaron en los países orientales y occidentales; aunque varios de ellos eran indudablemente maravillosos, todos pertenecían a un orden inferior. No eran procesos sagrados. Tenían interés científico pero carecían de valor espiritual profundo. Aunque extraían al hombre de las crasas simas del materialismo probando la existencia de misteriosas fuerzas inconscientes en el ser humano, no podían elevarlo hasta el descubrimiento consciente del alma como algo vivo, inmortal e independiente.

Yo he podido reconstruir, basado en la experiencia personal que obtuve en el interior de la gran pirámide y en las evidencias de las esculturas murales de los templos, el misterioso drama del rito más secreto de Osiris. El augusto rito no era ni más ni menos que un proceso que combinaba fuerzas hipnóticas, mágicas y *espirituales* en la tentativa de desprender por unas horas, y a veces por unos días, el alma del candidato de la servidumbre de su cuerpo carnal, para que pudiera vivir después con el recuerdo permanente de su trascendental experiencia y ajustar a ella su conducta. Y para que en lo sucesivo pudiera aceptar como creencia la supervivencia del alma después de la muerte, que mucha gente acepta por la fe religiosa, robustecida en su convicción por la evidencia de su conocimiento personal.

Lo que esto significaba para él sólo pueden apreciarlo aquellos que han pasado por una experiencia similar. Hasta en los tiempos modernos suelen pasar algunos, involuntaria e inesperadamente, por una *parte* de esa experiencia. Conozco un caso acaecido durante la guerra. Un ex oficial de la fuerza aérea fué anestesiado para practicarle una intervención quirúrgica. La droga produjo

un efecto curioso. Lo hizo completamente insensible a todo dolor corporal, pero no lo durmió. El paciente se encontró, en cambio, flotando en el aire por encima de la mesa de operaciones, y observó toda la operación tan tranquilo como si hubiese estado mirando operar un cuerpo ajeno. Ese episodio ocasionó un cambio extraordinario en su carácter; de materialista que era, se convirtió en un creyente en la existencia del alma, y a partir de ese momento vivió con un nuevo objetivo y una nueva esperanza.

¿Quiénes eran esos hierofantes, cuyo poder podía provocar en los hombres esa asombrosa transformación?

Venerables custodios de una enseñanza más elevada, debían ser siempre pocos, forzosamente. En un tiempo lo eran todos los sumos sacerdotes de Egipto y ciertos miembros superiores del clero. Conservaban sus conocimientos en el mayor secreto y con tanto hermetismo que en las épocas clásicas la palabra Egipto llegó a ser sinónimo de misterio.

En las galerías egipcias del museo del Louvre, en París, hay una tumba de un sumo sacerdote de Menfis, Ptah-Mer, en cuyo epitafio se leen las siguientes palabras: "Penetró en los misterios de todos los santuarios; para él no había nada oculto. *Cubrió con un velo todo lo que había visto.*" Los hierofantes estaban obligados a mantener esa extraordinaria reserva por razones que ellos tendrían, pero la necesidad de excluir a escépticos y a burlones de experimentos tan peligrosos para la vida del candidato es evidente, como es evidente el despropósito de echarles perlas a los puercos. Sin embargo, es más que probable que no todos estuvieran suficientemente preparados o dispuestos para afrontar una experiencia de esa índole, que podía fácilmente provocarles la locura o la muerte, y por eso tuvo que convertirse en el privilegio de unos pocos. Muchos llamaron en vano a las puertas de los templos de los misterios; otros aspirantes fueron sometidos a una serie gradual de pruebas que abatió su valor o disminuyó sus deseos de ser iniciados. En esta forma, mediante un proceso de eliminación y de selección, la de los misterios llegó a ser la institución más exclusiva de la antigüedad, y los secretos que existían detrás de sus bien custodiadas puertas eran siempre revelados bajo el solemne juramento de que jamás serían divulgados. Todos los hombres que pasaban por aquellas puertas pertenecían en lo sucesivo y para siempre a una sociedad secreta que se movía y trabajaba entre las masas profanas con un objetivo más elevado

y un conocimiento más profundo. "Dicen que los que han participado en los misterios se vuelven más espirituales, más justos y mejores en todo sentido", escribió Diodoro, un visitante de Sicilia.

Pero las iniciaciones no estaban limitadas a Egipto. Las antiguas civilizaciones heredaron los misterios de una antigüedad más remota aún, siendo parte de una revelación primitiva hecha por los dioses a la raza humana. Casi todos los pueblos de las eras precristianas poseían sus instituciones y sus tradiciones de misterios. Los romanos, los celtas, los druidas de Britania, los griegos, los cretenses, los sirios, los hindúes, los persas, lo mayas y los indios americanos, entre otros, tenían sus correspondientes templos y ritos con un sistema de iluminaciones graduales para los iniciados. Aristóteles no vaciló en declarar que consideraba el bienestar de Grecia asegurado por los misterios eleusinos. Sócrates observó que "los que conocen los misterios se aseguran agradabilísimas esperanzas para la hora de la muerte". Entre los antiguos que confesaron o sugirieron que habían sido iniciados en los misterios podemos anotar los nombres de Aristides, el orador, Menipo de Babilonia, Sófocles el dramaturgo, Esquilo el poeta, Solón el legislador, Cicerón, Heráclito de Efeso, Píndaro y Pitágoras.

Aun hoy mismo, en los grados superiores del jiu-jitsu, en Japón, grados que sólo conocen muy pocos, porque comprenden secretos, adecuados para pocos solamente, el discípulo tiene que seguir un curso de los misterios espirituales. Está obligado a pasar por una ceremonia de iniciación en la que debe ser estrangulado por un maestro. El acto de la estrangulación se realiza en un minuto, y luego el candidato queda tendido en un sofá, muerto en substancia. Mientras se encuentra en ese estado el espíritu se desprende del cuerpo y recibe la experiencia del más allá. Luego, cuando vence el lapso señalado para la muerte, el maestro lo revive mediante una práctica misteriosa cuyo nombre intraducible es el de "kwappo". El que sale de esa maravillosa experiencia es un iniciado. Aun hoy mismo los francmasones conservan unos restos de esas instituciones, cuyas raíces están en Egipto. Los miembros de la masonería mencionan a Pitágoras como ejemplo de antigua iniciación. ¿Sabrán que fué iniciado en Egipto? Los que formaron los grados de la masonería adoptaron varios de los símbolos significativos de los misterios egipcios.

Que la inevitable degeneración de la humanidad produjo la desaparición o el retiro de hierofantes auténticos, y su sustitución por

hombres no iluminados, causando con eso la degeneración de los misterios y su reemplazo por perniciosas caricaturas de lo que fueron; que hombres perversos, deseosos de conquistar los poderes de la magia negra, lograron finalmente adueñarse de esas instituciones, en Egipto y otras partes; que lo que había sido originalmente una institución pura, sagrada, exclusiva y dedicada a conservar viva la llama del conocimiento espiritual, se convirtió en un instrumento ofensivo y degradado de las fuerzas corrompidas, son hechos históricos que condujeron a la merecida desaparición de las joyas más brillantes de la antigüedad.

Pero si sus secretos perecieron con ellos, la sabiduría que en sus días más luminosos otorgaron a los hombres queda evidenciada con la ilustre lista de nombres de los que buscaron y hallaron, o les fué ofrecida y aceptaron, la sublime experiencia de la iniciación.

Muchos papiros e inscripciones murales demuestran la intensidad con que los primitivos egipcios reverenciaron el rito de Osiris, y revelan el temor con que las masas miraban a aquellos a quienes se les permitía penetrar en los santuarios reservados y en las criptas consagradas donde se realizaban las fases más sagradas y secretas del rito. Porque existía un grado exaltado y final de iniciación en el que las almas de los hombres no eran simplemente desprendidas temporalmente de los cuerpos sumidos en una muerte simulada, para probar la verdad de la supervivencia después del gran cambio, sino que eran llevadas hasta las esferas elevadas del ser, hasta el reino mismo del creador. En esa maravillosa experiencia la mente finita del hombre se ponía en contacto con la mente infinita de su divinidad superior. Al hombre le era dado entrar, por un breve instante, en silenciosa y embelesada comunión con el padre de todo, y ese fugaz contacto de éxtasis incomparable era suficiente para cambiar toda su actitud ante la vida. Había compartido el alimento más santo que existe en la vida. Había descubierto el inefable rayo de la deidad que era su verdadero y recóndito yo, y del que el cuerpo del alma, que sobrevive a la muerte, no era más que la intangible vestidura. Verdaderamente y de hecho había nacido de nuevo en el más alto sentido. El que así era iniciado se convertía en un perfecto adepto, y de él dicen los jeroglíficos que podía esperar los favores de los dioses durante la vida y el estado del paraíso después de la muerte.

Esa experiencia se obtenía con un trance que, aunque exterior-

mente similar, anteriormente era distinto en absoluto del trance hipnótico empleado en los primeros grados de la iniciación. Ningún poder hipnótico podría nunca conferirla, ni ceremonia mágica evocarla. Sólo los hierofantes supremos, aunados con sus divinidades, sus voluntades mezcladas con la de él, podían con su asombrosa fuerza divina hacer consciente al candidato de su naturaleza superior. Esta fué la revelación más noble y la más impresionante que se podía hacer al hombre en Egipto, y que todavía se puede hacer, pero por otros medios, al hombre moderno.

* * *

La experiencia de la iniciación era una reproducción en miniatura de la que estaba destinada a ser la experiencia de todo el género humano, mediante los procesos de la evolución; con la única diferencia de que, siendo la primera un producto forzoso, apresurado, se empleó un proceso artificial, como es el de la sumisión en trance, en tanto que en la segunda el desarrollo psíquico y espiritual seguirían su proceso natural.

Así la experiencia reflejaba dentro del alma todo el drama de la evolución humana, el destino ineludible de los seres humanos.

El principio en el cual reposaba era el de que la naturaleza normal, terrenal, del hombre podía ser paralizada temporalmente por un profundo sueño letárgico, y su naturaleza psíquica o espiritual, habitualmente inadvertida, podía ser despertada con un proceso que conocían solamente los hierofantes. Visto por cualquier observador, el hombre que hubiese sido sumido artificialmente en ese estado de coma parecería en realidad muerto, físicamente; en verdad, en el lenguaje simbólico de los misterios, se diría que había "descendido a la tumba", o que había sido "sepultado en la tumba". Privado de ese modo de su vitalidad corporal, y adormecidas temporariamente las fuerzas de sus pasiones y deseos personales, el candidato quedaría realmente muerto para todas las cosas terrenales, en tanto que su conciencia, su ser anímico, se separaría temporariamente de la carne. Sólo en ese estado era posible que un hombre percibiera el mundo espiritual tal como fué percibido por los mismos espíritus, que tuviera visiones de los dioses y los ángeles, que fuera transportado por los espacios infinitos, que conociera su yo recóndito y que, por último, conociera al verdadero Dios.

Ese hombre podría decir con razón que había estado muerto y que resucitó; que, simbólicamente y literalmente, había dormido en la tumba y pasado por el milagro de la resurrección, despertando para descubrir una nueva comprensión en el significado de la muerte y para cobijar en su pecho una vida más divina. Llevaba encima la impronta del hierofante, que había producido todo aquello, y en lo sucesivo ambos hombres quedarían unidos con lazos invisibles, íntimos y profundos. La doctrina de la inmortalidad del alma ya no era una simple doctrina; era un hecho comprobado, que le habían demostrado ampliamente al iniciado. Al despertar y volver a la luz del día, podía decir legítimamente que había regresado al mundo completamente transformado y que había vuelto a nacer espiritualmente. Había pasado por el cielo y el infierno y conocía algunos de sus secretos. Se había comprometido a guardar esos secretos inviolados, pero también se había comprometido a ajustar en adelante su vida y su conducta al conocimiento de que esos dos mundos existían realmente. Transitaba por la vida con la certeza absoluta de la inmortalidad, y aunque se reservaba las fuentes en que la había bebido, no podía menos que comunicar a sus semejantes cierta fe en ella, aun inconscientemente. Les renovaba las esperanzas y les confirmaba la fe mediante esa misteriosa telepatía inconsciente que siempre circula entre los hombres. Ya no creía en la muerte; creía en la vida: la vida eterna, autoexistente, siempre consciente. Creía en lo que le había descubierto el hierofante en los resguardados retiros del templo; que existía el alma, y que era para él un rayo de Dios, el sol central. La historia de Osiris había adquirido un sentido personal. Al descubrir su renacimiento había descubierto al mismo tiempo a Osiris, que era dentro de él su propio yo imperecedero.

Esa era la verdadera doctrina del libro sagrado más antiguo de Egipto, *El Libro de los Muertos*, el cual, sin embargo, en la forma actualmente conocida, es una mezcolanza de papiros en los que se habla de los muertos y de los muertos aparentes, los iniciados, y es por lo tanto un poco confuso. Que primitivamente, en su forma original e intacta, perteneció a los misterios, lo prueba parcialmente este pasaje: "Este es un libro de un misterio superlativo. Que no lo vean los ojos de ningún hombre (profano); sería una abominación. Ocultad su existencia. Se llama «El Libro del Maestro del Templo Secreto»".

De ahí que en *El Libro de los Muertos*, los difuntos (en realidad

los iniciados) anteponían repetidamente a sus nombres el de Osiris. En las primeras versiones de la vieja obra, los difuntos decían de sí mismos: "Yo soy Osiris. Llegué como tú, vivo como los dioses", justificando en esa forma la interpretación actual de que el muerto Osiris era en realidad el iniciado sumido en trance y aparentemente muerto.

Y es así como en el papiro de Nu, ilustrado con pintorescas viñetas, exclama el triunfante iniciado:

"Sí, yo, también yo soy Osiris. Me he hecho glorioso. Estuve en la cámara natal de Osiris, nací con él y renové con él mi juventud. Abrí la boca a los dioses. Me senté en el mismo sitio donde se sienta él."

Y en otros papiros del viejo *Libro*:

"Me encumbré a Dios venerado, amo de la gran casa."

Esa era la instrucción recibida en los misterios, institución tan celebrada en la antigüedad, tan despreciada en los tiempos modernos.

* * *

Se puede comprender, por lo tanto, el verdadero significado de las antiguas religiones si se comprende que sus héroes representan al mismo tiempo al alma humana, y que sus aventuras representan las experiencias del alma en su búsqueda del reino de los cielos. Osiris se convierte entonces en la imagen del elemento divino del hombre y en una historia simbólica de este elemento: su descenso a los mundos materiales y su ascensión a la conciencia espiritual.

Su fabulosa desmembración en catorce o cuarenta y dos trozos simbolizaba la actual desmembración espiritual del ser humano, cuya armonía de otrora ha sido quebrada. Le separaron violentamente la razón de los sentimientos, la carne del espíritu, y fué zamarreado por la confusión y la discordancia del propósito. Del mismo modo la historia de Isis recogiendo los fragmentos del cuerpo de Osiris, y restaurándoles la vida, simbolizaba la restauración —primero con los misterios y luego con la evolución— de la perfecta armonía en la naturaleza belicosa del hombre, una armonía en la que el espíritu y el cuerpo marchan de acuerdo y la razón corre paralela a los sentimientos. Era el retorno a la unidad definitiva.

La doctrina suprema de los egipcios, la que era el fundamento teórico de los grados más altos de la iniciación, decía que el alma

del hombre debe volver finalmente al ser divino que lo irradió, y a ese regreso le decían "volverse Osiris". Consideraban que el hombre, aun en la tierra, era potencialmente un Osiris. En el manual secreto de la iniciación, *El libro de los Muertos*, se instruye al alma desprendida del candidato a que se proteja, en sus largos y peligrosos viajes por el inframundo, no sólo con el uso de amuletos sino proclamando con osadía: "¡Yo soy Osiris!"

"¡Oh, alma ciega! —dice la misma escritura sagrada—. Empuña la antorcha de los misterios y en la noche terrena descubrirás tu luminoso doble, tu yo celestial. Sigue esta guía divina, que será tu genio: porque tiene la llave de tu existencia, pasada y futura."

La iniciación, por lo tanto, equivalía a penetrar en una nueva visión de la vida, una visión espiritual que el género humano perdió en el pasado remoto, cuando cayó del "paraíso" a la materia. Los misterios eran un medio de reascensión interior, que llevaba gradualmente a un perfecto estado de esclarecimiento. Descubrían, primero, aquellos mundos misteriosos que se encuentran más allá del umbral de la materia física, y luego el más grande de todos los misterios: la propia divinidad del hombre. Mostraban al candidato los mundos infernales para probar su carácter y su resolución, al mismo tiempo que para instruirlo; y luego le exhibían los mundos celestiales para animarlo y alborozarlo. Y si hacían uso del trance no era porque no existieran, o no existan, otros medios. Ellos empleaban ese proceso: pero el reino puede ser hallado por otros medios, aun sin el uso del trance.

Quién de nosotros puede hacer eco a las nobles palabras del filósofo romano iniciado, que dijo: "Donde estamos nosotros, no existe la muerte; donde existe la muerte, no estamos nosotros. Es la última y la mejor merced de la naturaleza, porque libra al hombre de todas sus preocupaciones. Es, en el peor de los casos, el fin de un banquete que hemos gozado".

Nuestra actitud hacia la muerte suministra una noción significativa de nuestra actitud hacia la vida. Los misterios cambiaban la actitud del hombre hacia la muerte y, por consiguiente, alteraban su conducta en la vida. Demostraban que la muerte no es más que el anverso de la moneda de la vida.

Las investigaciones científicas, psíquicas y psicológicas están cambiando la actitud del mundo occidental hacia ciertos asuntos que eran antes desechados como fantásticas tonterías. Esas investigaciones están sacando las ideas de los antiguos del inmerecido

desdén en que yacían mientras otros conceptos más jóvenes surgían y desarrollaban su pujante virilidad. Estamos comenzando a advertir cordura en la aparente insania de los antiguos. Estamos comenzando a descubrir que sus conocimientos de los poderes y las propiedades de la mente humana eran en ciertos sentidos superiores a los nuestros. La aparición de fuerzas inmateriales sobresaltaron nuestra era agnóstica. Nuestros mejores hombres de ciencia y nuestros más distinguidos pensadores se están uniendo a las filas de los que creen que la vida tiene una base psíquica. Lo que ellos piensen hoy, lo pensarán mañana las masas. Hemos comenzado siendo, y quizá con razón, completamente escépticos; terminaremos por ser completamente creyentes: ésta es mi predicción positiva. Rescataremos la creencia en el alma del frío de la duda moderna. El primer gran mensaje de los antiguos misterios —*No existe la muerte*—, aunque es siempre susceptible de la prueba experimental personal por unos pocos, está destinado a ser difundido por todo el mundo.

La idea de la supervivencia no implica necesariamente que en cierto momento indeterminado del futuro todos saldremos arrastrándonos de las tumbas. No sería muy digno de nuestra inteligencia que nos confundamos con las residencias carnales que habitamos. La palabra resurrección ha despertado muy a menudo, en la mente de los europeos medievales y en la de los egipcios no iniciados, la idea falsa, puramente material, de que debemos volver a descubrir las leyes que gobiernan la secreta constitución del hombre. Los mejores cerebros de la antigüedad —los iniciados en los misterios—, eran muy versados en esas leyes, pero en tanto que sus labios estaban sellados y sus verdades se conservaban en las penumbras de las criptas, ninguna inhibición de esa índole pesa expresamente sobre nosotros en la hora actual.

Esos fueron los misterios, la más gloriosa de las desaparecidas instituciones de la antigüedad. Porque llegó un día, en la degradación y caída de Egipto —lo mismo que en la degradación y caída de todas las demás naciones antiguas—, en que se cumplió al pie de la letra la predicción de Hermes, su primitivo profeta:

“¡Ah, Egipto, Egipto! La tierra que fué asiento de la divinidad será privada de la presencia de los dioses. De tu religión no quedarán más que cuentos, palabras grabadas en piedra relatando tu piedad perdida. Llegará un día, ¡ay!, en que los sagrados jero-

glíficos no serán más que ídolos. El mundo tomará por dioses los símbolos de la sabiduría y acusará al gran Egipto de haber adorado monstruos infernales."

Y llegó en efecto el día en que el gobierno de los misterios cayó en malas manos; en las manos de hombres perversos y egoístas, ávidos de aprovechar en su propio beneficio la influencia de la poderosa institución, ante la cual inclinaban a veces la cabeza altivos faraones. Muchos sacerdotes se convirtieron en focos de virulenta maldad, practicando los espantosos ritos y los tenebrosos encantamientos de la magia negra; y hasta algunos sumos sacerdotes, los presuntos ministros de los dioses ante el hombre, se transformaron en diablos de forma humana, y evocaban las más pavorosas figuras del infierno con los peores motivos. La hechicería sustituyó a la espiritualidad en los altos recintos. En el caos y las tinieblas espirituales en que cayó el país los misterios no tardaron en perder su verdadero carácter y su elevado propósito. Era difícil hallar candidatos dignos; a medida que pasaba el tiempo eran cada vez menos numerosos. Llegó un momento en que los hierofantes calificados, como heridos por alguna Némesis extraña, comenzaron a morir rápidamente, dejando casi de existir como organismo. Fallecieron sin haber preparado un número suficiente de sucesores que continuaran su línea. Hombres indignos ocuparon las vacantes. Incapacitados para cumplir adecuadamente su función en el mundo, los pocos que habían quedado sufrieron su destino señalado. Preparándose para el fin, triste pero serenamente cerraron los libros secretos, abandonaron las criptas subterráneas y las cámaras de los templos, echaron una última y peserosa mirada a sus viejas moradas, y partieron.

Se fueron serenamente, dije. Porque allá en el horizonte del destino egipcio habían divisado los preparativos de la reacción inevitable de la naturaleza. Habían visto un jirón de luz que estaba destinado a atravesar el cielo de su patria y expandirse por un tiempo. Habían visto la estrella de Cristo, de Aquel que lanzaría la verdad básica de la doctrina de los misterios abiertamente sobre todo el mundo, sin reservas ni exclusiones.

"El misterio que había sido ocultado a los tiempos y a las generaciones", como dijera uno de los apóstoles de Cristo, sería revelado a las masas indigentes y al pueblo común. Pero lo que las antiguas instituciones comunicaban a una minoría selecta mediante

un proceso dificultoso, sería comunicado a todo el pueblo mediante el simple poder de la fe. Jesús tenía demasiado amor en su corazón para ocuparse de unos pocos solamente; él quería salvar a los más. Les indicó un procedimiento que sólo requería suficiente fe en sus palabras; no les ofreció misteriosos procesos ocultos de iniciación. Pero era un procedimiento que podía darles, si lo aceptaban, una certidumbre de inmortalidad tan grande como la de los misterios.

Porque el sendero abierto por Jesús enseñaba humildad e invocaba la ayuda de un poder superior, un poder siempre dispuesto a conferir la certeza absoluta con sólo hacerse presente en el corazón de los que le permitieran entrar en él. Confianza en sus doctrinas, unida con la suficiente humildad para ceder la usurpación del intelecto, era todo lo que pedía Jesús. Ofrecía en cambio la más amplia de las recompensas: la presencia consciente del Padre. El sabía que en su presencia se disiparían todas las dudas y el hombre asimilaría por sí mismo la verdad de la inmortalidad sin tener que sufrir la experiencia del trance. El hombre lo sabría porque la mente del Padre le habría impregnado el intelecto, y en esa inefable impregnación la simple fe se transformaría en intuición divina.

* * *

Luego las pesadas puertas de los misterios egipcios cerráronse por última vez, y nunca más los pies de los esperanzados candidatos pisaron la escalera sagrada que conducía a la entrada del templo ni el túnel que descendía a la cripta. Pero la historia tiene un desarrollo cíclico, lo que ha sido volverá a ser; el caos y las tinieblas nos recubren de nuevo y al hombre lo perturba otra vez la necesidad innata de restablecer la comunicación con los mundos superiores. Por eso espera el autor que se presenten las condiciones necesarias, las circunstancias propicias y las personas indicadas para establecer una vez más en los cinco continentes del mundo una versión *moderna* de los misterios, totalmente modificada para que se adapte a nuestra época mudable.

CAPÍTULO XIII

EN EL TEMPLO DE DENDERA

Antes de abandonar la pequeña capilla de los misterios que se encuentra en la terraza del templo de Dendera, dediqué mi atención a un notable zodiaco astronómico esculpido en el cielo raso. Yo sabía que no era más que una copia, y que el original había sido extraído y transportado a París, hacia más de un siglo; pero era una copia completamente fiel.

La gran figura circular estaba atestada de imágenes, animales, humanas y divinas, instaladas en un globo y rodeadas de los doce conocidos signos del zodiaco. Y para completar el maravilloso simbolismo, las efigies de doce dioses diferentes, algunos de pie, otros de rodillas, aparecían distribuidas alrededor del globo, al que ayudaban a girar incesantemente con los brazos levantados y las palmas de las manos apoyadas en la esfera. De ese modo quedaba representado en aquel gráfico grabado, fiel aunque emblemáticamente, todo el universo con su interminable movimiento, como recordación de los mundos circulares que se mueven rítmicamente en nuestro cielo y que deben tocar a la más escéptica de las mentalidades sensitivas con un sentimiento de admiración hacia la sublime inteligencia que modeló el universo.

Para interpretar correctamente el zodiaco de Dendera, hay que ver en él una descripción de los cielos de determinada época pasada; cuál fué esa época ya es otra cuestión. No vamos a entrar aquí en explicaciones astronómicas abstrusas y extrañas. Basta decir que la disposición de las constelaciones que presenta no coincide con la que vemos actualmente en el cielo.

La posición del equinoccio de primavera indicada en el zodiaco

de Dendera difiere de su posición actual, implicando la entrada del sol en una constelación de otro nombre.

¿Cómo se produjo ese gran cambio? La respuesta es que debido al movimiento de la tierra los ejes de nuestro globo señalan sucesivamente distintas estrellas polares. Este movimiento casi imperceptible de retroceso del equinoccio, tan vasto en número de años y tan lento en desplazamiento, cambia también las posiciones de salida y de puesta de ciertas estrellas en relación con ciertas constelaciones. Nosotros sabemos, por la medición del movimiento medio de esas estrellas, cuántas decenas de miles de años han pasado desde su primera posición. Este intervalo de tiempo se llama la gran precesión, o "precesión de los equinoccios". Porque la intersección del ecuador con la eclíptica, que marca el equinoccio de primavera, es desplazada lentamente en el cielo debido a la precesión.

Dicho de otra forma, significa que las estrellas vuelven en dirección contraria al orden de los doce signos del zodiaco, una mínima fracción de espacio por año. Este gran movimiento de los cielos, este lento desplazamiento del universo, forma un reloj cósmico cuya esfera es todo el firmamento, y en el que podemos leer hacia adelante y hacia atrás, y conocer las revoluciones de los globos durante miles de años.

Examinando un mapa antiguo de los cielos un astrónomo puede deducir el período en que fué trazado. Los que escrutan el remoto pasado pueden hallar a veces en esos mapas rastros de inmensa importancia. Cuando los sabios que Napoleón llevó consigo a Egipto descubrieron el zodiaco de Dendera, se entusiasmaron creyendo que podría darles la clave para determinar la edad de la civilización egipcia. Porque el zodiaco de Dendera situaba el equinoccio de primavera muy lejos de su actual posición. Cuando, mucho más tarde, se descubrió que el templo había sido levantado en la época grecorromana y que en el zodiaco se había intercalado otro zodiaco griego, el asunto fué abandonado y nadie se ocupó más de él.

La sugestión de que el zodiaco es enteramente griego es errónea. ¿Se creará, entonces, que los egipcios no tenían zodiaco? ¿Habría estudiado el clero astrología y astronomía durante innumerables años sin zodiaco, antes de que el primer barco griego tocara la extensa costa, baja y arenosa, de Egipto, guiado por un mapa de las doce constelaciones celestes? ¿Cómo habrá practicado su sis-

tema sin zodiaco aquel clero que veneraba tanto a la astrología como para incluirla en su religión? No; si había alguna rama del conocimiento de la que se enorgullecían esos sacerdotes, era precisamente la astronomía.

La explicación es que los egipcios copiaron una parte del zodiaco de otro que había existido anteriormente en Dendera, cuyo templo fué construído y reconstruído más de dos veces. Es natural que se haya copiado y vuelto a copiar una representación astronómica extraordinaria como ésa, para asegurar su conservación. Lo mismo se hizo con otros documentos antiguos, que fueron luego olvidados poco a poco hasta desaparecer completamente junto con la desaparición de sus cuidadores, es decir, del clero antiguo.

Los arqueólogos desenterraron en Mesopotamia antiguas tablas caldeas hechas de ladrillos, en las que los astrónomos caldeos habían anotado que la primavera comenzaba cuando el sol entraba en la constelación de Tauro. Como, al menos durante la era cristiana, la primavera comienza cuando el sol entra en la constelación de Aries, es decir alrededor del 21 de marzo, se infiere de ahí que ese tremendo cambio de clima señala una remota antigüedad a la civilización caldea, antigüedad que sostenían los mismos caldeos. De la misma forma, con la posición que señala al equinoccio el zodiaco de Dendera hace referencia a una época de la antigüedad que se remonta no por espacio de siglos, sino de centenares de siglos. Fija de ese modo la fecha de la primitiva civilización egipcia. Porque la posición indica que por el dial cósmico han pasado más de tres y medio "grandes años"; que el sol ha hecho alrededor del sol principal no menos de tres revoluciones y media.

Las estadísticas astronómicas, cuidadosamente estudiadas, han determinado que la variación media de la precesión de los equinoccios es de unos 50,2 segundos por año; haciendo un cálculo retrospectivo podemos recorrer todo el círculo de los cielos hasta llegar al punto indicado por la posición del zodiaco de Dendera. El gran círculo del zodiaco tiene 360 grados; con la variación de la precesión un "gran año" tendría 25.800 años solares.

Luego, cada revolución completa dura no menos de 25.800 años, y un cálculo rápido revela que han pasado por lo menos 90.000 años desde la fecha señalada en el zodiaco del templo de Dendera.

¡Noventa mil años! ¿Esta cifra es realmente increíble, realmente imposible? No lo creían así los sacerdotes-astrónomos egipcios;

porque, según nos informa el historiador griego Heródoto, esos sacerdotes le dijeron que el pueblo egipcio consideraba su raza como la más antigua de la humanidad, y que los archivos conservados en sus templos y colegios sagrados llegaban hasta doce mil años atrás, a partir de la fecha de la visita de Heródoto. Es sabido que Heródoto era extraordinariamente cuidadoso con respecto a los datos que recogía, y que se ganó justicieramente el título de "padre de la historia". También le dijeron los sacerdotes egipcios que "el sol había salido dos veces por donde entonces se ponía, y se había puesto dos veces por donde entonces salía". Lo que se deduce de esta extraordinaria declaración es que los polos de la tierra variaron completamente sus posiciones anteriores, provocando inmensas alteraciones de tierras y aguas. Por las investigaciones geológicas, sabemos que dichas alteraciones realmente ocurrieron; pero las fechas de esos acontecimientos nos llevan a períodos tremendamente distantes.

Una de las consecuencias de esos cambios sería el reemplazo del clima anteriormente tropical de los polos por el clima ártico actual. Hoy no se discute, por ejemplo, que todo el norte de Europa, incluyendo las islas Británicas, estuvo en un tiempo cubierto de un inmenso mar de hielo, de muchas decenas de metros de espesor, que llenaba todos los valles y del que sólo sobresalían los picos de las montañas y de las colinas elevadas. Ese estado del planeta sólo pudo haber sido ocasionado por gigantescos cambios geológicos. La declaración de los sacerdotes egipcios era, por lo tanto, justificada.

Ahora bien; ellos no poseían la ciencia moderna de la geología; no poseían más que sus viejas crónicas, talladas en obeliscos de piedra, grabadas en tablas de arcilla, esculpidas en planchas de metal o escritas con caña en papiros. Había también una doctrina y una historia secretas, tradicionales, que eran comunicadas sólo en los misterios y por lo tanto verbalmente, y que se transmitieron de boca a oído, durante un número incontable de siglos.

¿Cómo pudieron conocer los convulsivos cambios planetarios esos sacerdotes que ignoraban la geología, si no los conocieron por las crónicas que poseían? El hecho de que los conocieran acredita su aseveración de que esas crónicas existían y explica igualmente la existencia de zódiacos originales de los cuales fué copiado parcialmente el del templo de Dendera.

A la luz de estos hechos ya no es tan imposible la cantidad de

noventa mil años. Lo cual no significa que la cultura egipcia haya existido necesariamente en el territorio de Egipto desde un comienzo; el pueblo egipcio y su cultura pueden haber existido en algún otro continente, emigrando posteriormente al África, detalle que no corresponde al tema en cuestión, pero ¿qué recelo podemos tener en aceptar el hecho positivo de su existencia?

La historia de Egipto comienza para nosotros con la primera dinastía, pero no debemos olvidar que el país estuvo poblado mucho tiempo antes de la época a que corresponden los primeros documentos que poseemos. La historia de las primitivas razas de egipcios y los nombres de sus reyes son desconocidos... para los egiptólogos. La primitiva historia de Egipto está relacionada con la perdida historia de Atlántida. Los sacerdotes egipcios, que eran también astrónomos, tomaron el zodiaco de Atlántida. Por eso el zodiaco de Dendera puede exhibir revoluciones siderales más vastas que las que pueden exhibir por ahora los zodiacos de nuestra era histórica.

Nosotros acogemos con exclamaciones de sorpresa cada nuevo vestigio que se descubre de aquella primitiva civilización. Por que descubrimos que esos pueblos eran cultos, refinados y religiosos en una época en que, de acuerdo con nuestras modernas ideas de "progreso", debían ser lógicamente rústicos, atrasados y bárbaros.

Damos generalmente por sentado que cuanto más retrocedemos en nuestras investigaciones del pasado humano, tanto más nos acercamos al estado de salvajismo. Lo cierto es que aun en algunos períodos remotos de la prehistoria encontramos en el planeta hombres salvajes y hombres cultos, civilizados, coexistiendo simultáneamente; y que la ciencia, que ya esbozó la edad del mundo en cifras que dejan atónita a la limitada imaginación del hombre, todavía no ha reunido el material suficiente para esbozar un cuadro exacto de las eras prehistóricas y de su vida humana. Pero la ciencia avanza y algún día logrará trazar ese cuadro. Por consiguiente, no nos apresuremos demasiado, como hacen muchos, a negar los noventa mil años registrados en los templos de los sacerdotes egipcios, ni a concederles, de mala gana, un máximo de cinco o seis mil años. Porque la edad de nuestro planeta ofrece un constante y silencioso reproche a los que tienen una opinión tan pobre de nuestro linaje, mientras que la edad del universo debiera inducirlos, avergonzados, a aceptarla en lugar de negarla. Porque allí, en

las infinitas profundidades del firmamento, existen extraños cementerios de los cielos donde actualmente enfrentan la torva hora de su disolución final estrellas muertas y globos fríos que en un tiempo ostentaban todo el fasto y la pompa de las civilizaciones desaparecidas.

* * *

Salí de nuevo a la terraza y me detuve junto al bajo parapeto que coronaba las paredes. Rodeaba el templo un panorama ininterrumpido de campos cultivados que se alejaba y desaparecía en las onduladas y relucientes dunas del desierto. Encorvados labriegos realizaban en las parcelas su trabajo inmemorial, a la manera y con las herramientas de sus antepasados de los tiempos bíblicos. Los bueyes hacían girar, afanosa y pacientemente, la misma chiriante noria que movieron los bueyes de sus antepasados. Los camellos portaban gruñendo los mismos bultos que llenaban el lomo de las bestias de carga en los tiempos de los faraones. Innumerables veces escarbaron y revolvieron el rico suelo de esa estrecha franja de tierra que es Egipto, y sin embargo no agotaron ni podrán agotar su asombrosa, prolifera fertilidad. Las cosechas crecían y se recogían en esas apacibles llanuras de esmeralda, esas opulentas planicies empapadas por el Nilo, con una facilidad que casi no tiene igual en ningún otro país del mundo. Todos los años llegaba infaliblemente la bendita crecida del Nilo, cuando las aguas viajeras cambiaban como por arte de magia el color azul por el castaño e iban cubriendo los campos para depositar el inapreciable don del limo fresco en la reseca tierra. Sí, el viejo Nilo era como una madre para sus afortunados hijos que vivían junto a sus riberas, confiando, un tanto patéticamente, en que su vieja progenitora los nutriría con su leche.

Miré hacia el lado del río. ¡El Nilo! ¿Qué magia hay en su nombre? Dos veces por día tenían que bañarse en sus aguas los sacerdotes de Egipto, para preservar la pureza, y dos veces por noche. Los sacerdotes brammanes de la India hacen lo mismo actualmente, y con el mismo objeto; sólo que ellos se echan encima las aguas del Ganges o del Godaveri; y no se perturban las noches. Egipcios e indios tenían la misma teoría; el hombre recoge un invisible magnetismo personal en sus relaciones y contactos con otras personas, siendo necesarios frecuentes lavados para librarse de esas influencias adquiridas, que a menudo son indeseables, cuando no algo peor.

Pero el Nilo es algo más que una gran cinta de agua; es más que un río que atraviesa medio continente; es un ente vivo, una criatura inteligente, que asumió la carga de alimentar a millones de hombres, mujeres y niños, bestias y pájaros, a todos por igual. Durante innumerables siglos fué depositando sobre los campos fajas de lodo, haciendo de Egipto la paradoja del planeta. Egipto es el único país que conozco cuyos campos son tan fértiles, aunque en ninguna otra tierra he visto tan pocas lluvias. Esa es la mágica obra del río amigo, que convirtió una franja desierta, situada entre dos líneas paralelas de colinas calcinadas, en tierra productiva y fecunda. Allí abajo, en los campos que veía desde el techo del templo, los labradores hacían entrar el agua barrosa de la irrigación en los angostos surcos que atravesaban el terreno en todas direcciones. El agua era traída de la ribera del río por una serie de elevadores y distribuída por centenares de canales. Un campesino, con delantal en la cintura, inclinado sobre un elevador como se inclinaban los campesinos de los faraones, con sus delantales en la cintura, sobre la misma clase de aparatos, acompañaba cantando rítmicamente los monótonos movimientos de la chirriante máquina de madera que extraía y lanzaba el agua con un balde. El aparato no era más que una larga pértiga flexible apoyada en un soporte horizontal y provista de un contrapeso en una punta. El balde iba atado con una cuerda en la otra punta. Tirando la cuerda hacia abajo se hundía el balde en el agua; soltando la cuerda subía el balde lleno de agua, que se vaciaba en el surco. Este antiguo invento demostró lo que valía a los campesinos de hace cinco mil años; hoy sigue demostrando lo que vale a los campesinos del siglo xx.

Me trasladé hasta el otro lado de la terraza y observé otra parte de aquel paisaje, que contemplaron los ojos de sacerdotes desaparecidos y faraones muertos.

Hacia el oeste surgieron de pronto las rosadas murallas de las colinas de Libia, verdadera fortaleza que, por detrás del templo, le daba resguardo y protección. En todas partes donde la extensa línea de las lomas presentaba una depresión o una concavidad, se había acumulado la arena formando montículos. Las rojizas elevaciones parecían llamas vivas que, levantando de la tierra enormes lenguas de fuego, se hubiesen convertido en piedra por arte de magia. Y tal vez ardían aún, porque me lanzaban a la cara boca-

nadas de terrible calor al reflejar el fuerte sol del día que avanzaba.

Esas largas cadenas de montañas atravesaban el Egipto y llegaban hasta la lejana Nubia, corriendo en línea paralela al gran río que de manera misteriosa la naturaleza les dió el encargo de custodiar, instalándolas a pocos kilómetros de sus costas para impedir que desborde hacia el desolado desierto africano y se extinga absorbido por la arena. ¿Habría sido hecho a propósito?, me pregunté. Si no fuera por esta disposición impresionante del río, las colinas y la fuente, no habría habido Egipto, ni habría existido el país cuya historia penetra tan profundamente en las dormidas sombras de la antigüedad. Y acepté la respuesta que subió hasta mi cerebro meditabundo desde los sitios más hondos del ser: que los dioses, de quienes la naturaleza no era más que el instrumento, habían creado sin duda esa disposición cuando preparaban el camino a la poderosa civilización que debía surgir en cumplimiento de su gran objetivo. Porque así como todas las grandes construcciones del hombre, tal el templo blanco de Dendera en cuyo techo me encontraba, nacían en cumplimiento de los planes que existían en la mente de los arquitectos, del mismo modo todas las grandes reuniones de individuos congregados para formar una nación eran dispuestas previamente en la mente de los dioses, esos arquitectos divinos a cuyo cargo y cuidado ha existido toda la humanidad.

Descendí la vieja escalera y volví a la entrada del templo principal para proceder a examinar el interior; antes lo había atravesado apresuradamente para llegar hasta la capilla de los misterios que atraía mi interés por encima de todo. En el vasto vestibulo abierto servían de soporte a la pesada cornisa del majestuoso pórtico veinticuatro enormes columnas blancas, cuyos capiteles rectangulares sostenían unas esculturas, mutiladas, que representaban el rostro de la diosa Hator, y cuyos lados estaban cubiertos de jeroglíficos. El rostro de la diosa aparecía en las cuatro caras de los capiteles, y debajo del ábaco había un pequeño pilón insertado que formaba parte de su tocado. Daba pena pensar que aquel templo, dedicado a la diosa egipcia del amor y la belleza, a la misma Hator del tocado de cuernos, hubiese sido dañado tan poco por obra de la naturaleza (es quizás el mejor conservado de los templos antiguos que pueden verse actualmente y uno de los pocos que han quedado tan perfectos), y tanto por la mano del hombre.

Casi todas aquellas gigantescas caras femeninas fueron despedazadas por el fanatismo enfurecido, si bien han quedado las largas orejas y los macizos adornos de la cabeza. Porque el de Dendera fué uno de los templos más esplendorosos de todos los que seguían en uso en Egipto en la época en que el edicto de Teodosio, del año 379 d. J., abolió el culto antiguo y dió el golpe de gracia a la moribunda religión.

Cynegius, el enviado del emperador romano, cumplió sus órdenes fielmente. Cerró todos los templos y lugares de iniciación, y prohibió la celebración de los misterios y de los ritos antiguos. El cristianismo, o más bien la iglesia, había triunfado al fin. Luego las turbas intolerantes irrumpieron en Dendera; echaron a los sacerdotes y pisotearon los ornamentos del rito. Derribaron las estatuas de Hator, saquearon los suntuosos altares y mutilaron los rasgos más destacados de su cara en todas las esculturas a que pudieron echar mano.

En otros lugares hicieron estragos mayores aún, porque echaron abajo las paredes, demolieron las columnas, despedazaron las gigantescas estatuas y destruyeron lo que se había hecho en miles de años. Esa es la suerte variable de las religiones, cuyos adeptos comienzan a sufrir los horrores del martirio y la persecución y terminan por infligirlos a su vez a otros, y tienen que asolar el arte de sus predecesores para crear un arte propio.

Altivos Tolomeos coronados, me dije cuando iba a entrar en el templo, solían llegar hasta aquí en carros dorados, contemplados por el populacho mudo de respetuoso temor. Y grandes multitudes solían congregarse en el patio, ahora abandonado.

Me detuve entre las inmensas columnas del pórtico, en un punto desde el cual podía inspeccionar el hermoso cielo raso azul, sembrado de estrellas y adornado con el círculo del zodiaco. Atravesé luego la segunda antesala, donde el glorioso azul africano ya no iluminaba sus seis colosales columnas como había iluminado a las más numerosas del vestíbulo. Me interné más en el vasto templo sombrío, lanzando hacia uno y otro lado el haz de mi linterna. La luz iluminó unas columnas con unas figuras mitradas talladas profundamente en sus caras, dentro de marcos rectangulares o de recuadros con profusas inscripciones jeroglíficas; estaban separadas unas de otras por anchas bandas horizontales. El rayo luminoso reveló luego en las paredes imágenes de faraones con sus dioses, algunos sentados en los tronos, otros marchando en pro-

cesión. En un profundo relieve aparecía Tolomeo acercándose a Isis y al joven Horus, llevando ofrendas en ambas manos; una bella orla de realce coronaba la escena. En todas partes las caras habían sido raspadas, un tanto borradas o completamente mutiladas. Y en todas partes se veía a Hator, la cabeza en las sólidas columnas de piedra o la figura entera en las paredes.

Avancé lentamente recorriendo la sala principal (mucho más de sesenta metros de largo), en medio de una atmósfera poco propicia al estudio y la reflexión. Porque el aire estaba cargado de tierra acumulada por los siglos y había un olor pesado que asaltaba las fosas nasales. Arriba, en el alto techo ennegrecido y entre los capiteles de las columnas aleteaban y chillaban una legión de repugnantes monstruos alados, furiosos por mi inesperada presencia en una época del año en que nunca invadían los turistas sus dominios. Eran murciélagos. “¡Intruso!”, gritaban a coro. “¡Intruso! No es éste el momento de visitar a Egipto. Llévate esa lámpara ofensiva y su potente y horrible resplandor; y vete tú también. Déjanos gozar de nuestros antiquísimos rincones de reposo y lugares tradicionales de cita, en las oscuras cabezas de Hator y en las negras cornisas. ¡Fuera de aquí!” Pero yo me mantuve firme; no cedí en mi empeño y proseguí pausadamente la tarea, examinando con detención las complicadas pinturas de enormes escarabajos sagrados y soles alados que apenas se distinguían a través de la capa de suciedad acumulada en el vasto cielo raso. Los murciélagos parecían haber enloquecido de pronto y volaban precipitadamente de un lado para otro produciendo una baráunda de manicomio y patentizando con agudos chillidos el disgusto que les causaba mi insistencia. Cuando, por último, me volví y descendí por un estrecho corredor al subsuelo del edificio, se tranquilizaron y los oí portarse con más cordura y más silencio.

La gran sala era un lugar triste, aunque interesante, pero las criptas subterráneas eran más tristes aún. Las oscuras cámaras estaban construidas en las paredes enormemente gruesas de los cimientos y aparecían también decoradas con profusión de semi-relieves que ilustraban los graves ritos celebrados en la antigüedad.

Abandoné las lúgubres cámaras y volví al magnífico pórtico. Antiguamente llenaban aquellos vanos, puertas macizas revestidas de reluciente oro. Eché a andar por los alrededores del templo.

Costaba creer que cuando fué redescubierto por Abas bajá, a mediados del siglo pasado, la mayor parte del templo estaba se-

pultada, como en una tumba, bajo una montaña de arena y escombros; allí aguardaban sus glorias a que las rescataran los picos y las palas de los excavadores. ¡Cuántos campesinos habrán pasado por allí, encima del templo, ignorando e importándoles muy poco que el pasado yaciese debajo de sus pies!

Me detuve a estudiar, en la pared posterior, el famoso relieve que representaba a Cleopatra y que fuera esculpido en su honor como premio por haber restaurado generosamente con su dinero las partes del templo que amenazaban convertirse en ruinas. Junto a Cleopatra aparece su hijito, el pequeño Cesario, cuyo rostro tenía un curioso parecido con el de su ilustre padre, Julio César. El rostro de la madre, sin embargo, no me pareció muy fiel; es más parecido el de las antiguas monedas egipcias. La famosa hija de Tolomeo fué la última de la larga línea de reinas egipcias, y cuando Julio César llevó sus huestes invasoras a través del Mediterráneo, Cleopatra fué su amante casi desde el primer día. Qué curioso, pensé, que esa mujer haya enlazado a Egipto, por medio de Julio César, con la pequeña isla lejana que iba a desempeñar un papel tan importante en la historia de Egipto más de dieciocho siglos después. Y qué curioso también que esos soldados romanos hayan llevado a Inglaterra, entre sus cultos, la religión de Serapis, de origen egipcio, estableciendo de ese modo, hace tanto tiempo, un nuevo contacto, aunque indirecto, entre los dos países.

En la escultura mural llevaba la reina en la cabeza el disco cornífero de Hator, por debajo del cual caía una masa de cabello trenzado. El rostro, mofletudo, era el de una mujer dominadora, acostumbra a imponer su voluntad y dispuesta a lograr sus deseos por todos los medios. Fué su influencia la que hizo concebir a Julio César la idea de convertir a Alejandría en capital del imperio y centro del mundo. Su rostro era decididamente semita, del tipo que puede hallarse en cualquier grupo judío, árabe o asirio; pero difícilmente greco-egipcio. Con ella se extinguió la dominación nativa en Egipto, reflexioné, sentándome en una viga quebrada de piedra, como asimismo una de las más renombradas bellezas del mundo antiguo. Fué una mujer que tuvo un papel muy destacado en la historia. Estremece pensar que el destino de un gran hombre, y de toda una nación, depende a veces de una sonrisa de mujer.

Los frontispicios del templo estaban llenos hasta la cornisa de semi-relieves y cubiertos de abundantes inscripciones jeroglifi-

cas grabadas en la superficie. Las hermosas y equilibradas líneas de caracteres entremezclados, alfabéticos y pictóricos, eran adornos por sí mismas. Destacaban el hecho de que el Egipto antiguo, como en la China antigua y en la Babilonia antigua, los que querían aprender a escribir tenían que aprender a dibujar al mismo tiempo; por eso todos los escribas y sacerdotes cultos del país eran, hasta cierto punto, también artistas. Representar la idea de un objeto dibujándolo fué el resultado de los primeros ensayos de escritura del hombre. Pero los egipcios no comenzaron como salviajes puros, elevándose gradualmente hasta una cultura elemental. La leyenda atribuye la invención de la escritura jeroglífica completa al dios Thoth, con lo que exalta en forma popular una verdad histórica. Porque fué un hombre-dios, un adepto llamado Thoth (en realidad Tehuti), el que otorgó ese sistema de escritura como revelación completa a los emigrantes de ascendencia atlántica de la colonia radicada en las orillas del Nilo, antes de que la última inundación borrara las últimas islas de Atlántida. Thoth fué el autor del *Libro de los Muertos*. Figura parcialmente representado en su propio sistema con el jeroglífico de Ibis, ese raro pájaro zancudo de pico largo.

Los estudios de filología comparada revelan que los distintos idiomas derivan de ciertas lenguas radicales básicas, las que a su vez proceden de una lengua común, primigenia, universal. Cuando sea investigado, algún día, el origen de esas lenguas, me atrevo a predecir que la fuente primitiva será hallada en la época atlántica.

Dijeron los antiguos que los jeroglíficos "hablan, expresan y ocultan". Lo cual quiere decir que poseían un triple significado. Tenían ante todo el valor fonético simple, común, necesario para la emisión oral del idioma; el hombre corriente no pasaba de ahí. En segundo lugar, el significado que transmitían a los escribas; el significado escrito, o sea la expresión simbólica de las palabras que pronunciaba el analfabeto, registrada gramaticalmente en papiros y piedras. Finalmente el significado esotérico, el que sólo conocían los sacerdotes iniciados y que conservaban en secreto.

"Las palabras de Dios", era la descripción o el nombre que daban los egipcios al sistema de jeroglíficos; no solamente porque creían que les había sido revelado por uno de los dioses, sino también porque a las masas se les ocultaba el significado secreto de aquellos extraños caracteres. Sólo se les revelaba a los iniciados en los misterios. Los egiptólogos no han hecho más que traducir el

significado popular de los jeroglíficos, aunque lo han hecho magníficamente; lo demás está fuera de su alcance. Porque "las palabras de Dios" exigen que se les dé una consideración espiritual y reverente antes de entregar su recóndito secreto. Lo mismo se aplica a la comprensión de los secretos que eran revelados en la cámara de iniciación de los misterios egipcios.

Pontino, un iniciado que vivió en la antigua Alejandría, hace referencia a la naturaleza simbólica de los jeroglíficos cuando dice:

"En la búsqueda rigurosa de la verdad o en las exposiciones que hacían libremente para sus discípulos, los sabios egipcios no usaban en los templos signos escritos (que no son más que imitaciones de la voz y la palabra); dibujaban figuras y revelaban la idea contenida en la forma de esas imágenes, de tal modo que cada imagen encerraba una porción de conocimiento y sabiduría. Es la cristalización de una verdad. Después el maestro o el alumno extraían el contenido de la imagen, la analizaban en palabras y descubrían la razón de que fuera de ese y no de otro modo."

El hecho es que los egipcios, como otras naciones orientales primitivas, nunca soñaron en separar la religión y la vida secular en compartimientos estancos, y por consiguiente nunca soñaron en usar el lenguaje, escrito y hablado, como simple medio de comunicación. Así como creían que los nombres tenían poderes mágicos, del mismo modo simbolizaban en el alfabeto jeroglífico los principios de ese misterioso conocimiento que era impartido detrás de las puertas cerradas de los misterios.

Únicamente el que había sido conducido a la presencia del divino Osiris, el conquistador de la "muerte", el que hacía "nacer de nuevo a hombres y mujeres (que era como expresaba *El Libro de los Muertos* el objetivo de los grados superiores de la iniciación), podía explicar y exponer el significado final de los jeroglíficos, el sistema de simbolismo literario más perfecto del mundo.

También Heródoto, que era iniciado, confirma en mi opinión que los jeroglíficos, en el significado oculto, eran completamente sagrados y simbólicos, y que ese significado sólo lo conocían los grados más altos de la orden del sacerdocio. En cambio Jámblico, otro antiguo iniciado, dijo que el lenguaje jeroglífico secreto era usado por los mismos dioses.

Voy a hacer una sugestión, en forma de pregunta, relativa al principio involucrado en el significado secreto de los jeroglíficos.

En la escritura jeroglífica una figura sentada indica que el personaje representado se clasifica entre los dioses; por consi-

guiente, aparece habitualmente formando parte del nombre escrito de las divinidades egipcias, y figura entre los jeroglíficos escritos sobre los retratos dibujados. Ahora bien, ¿por qué adoptaron los egipcios una figura *sentada* y no una figura de pie?

Para no incurrir en el desdén de los profesores académicos de egiptología, que estarían perfectamente justificados en despreciar la intrusión de un francotirador en su sagrada potestad, después de formular esa pregunta, dejaré que el mismo lector la conteste.

La obra de los grandes egiptólogos, dentro de su campo, merece los mayores elogios. Si no fuera por ellos —y por el destino—, jamás habrían sido traducidos los tesoros inscriptos en las paredes de los templos y en los papiros.

La parte que desempeñó el destino en ese descubrimiento es impresionante. Si Napoleón no hubiese invadido a Egipto, esos textos quizá no habrían sido leídos aún. Napoleón mismo fué, de la manera más extraordinaria, un hombre predestinado que afectó la suerte de todos los reinos, de todos los hombres y de todas las cosas con las que estuvo en contacto. Fué realmente un instrumento de la providencia, pero también un instrumento de la justicia.

Su invasión abrió la puerta a la comprensión de la vida y el pensamiento de los antiguos egipcios. Según el testimonio indiscutible de la historia, el soldado suele preparar inconscientemente el camino a la obra del sabio, al mensaje del maestro espiritual o a la mercancía del comerciante; y suele también preparar su destrucción.

Al iniciarse la dominación griega en Egipto, comenzó a dejarse de lado la vieja lengua. Los nuevos gobernantes trataron, como es natural, de imponer la lengua y la educación griegas en las clases cultas. Los puestos oficiales importantes, por ejemplo, eran adjudicados a los que dominaban el griego. El antiguo colegio sagrado de Heliópolis, donde habían sido instruídos muchos sacerdotes y donde se cultivaba la lengua egipcia, fué clausurado y suprimido. Fuera de unos pocos sacerdotes que se aferraban obstinadamente y en secreto a su idioma tradicional, en todo el resto del país fué prácticamente adoptado el alfabeto griego como alfabeto nacional de Egipto.

Al finalizar el tercer siglo de la era cristiana, en todo Egipto no se hubiera podido encontrar una sola persona que fuera capaz de explicar el significado corriente de una inscripción jeroglífica; cuanto menos escribir uno nuevo.

Pasaron quince siglos. El arte de interpretar jeroglíficos seguía siendo un arte totalmente perdido. Y entonces la fragata de Napoleón, empujada por la tempestad, entró en Alejandría furtivamente, pasando por debajo de las narices del almirante Nelson.

El ejército de Napoleón se dedicó sin tardanza a levantar fortificaciones y a atrincherarse en la estratégica posición de la desembocadura del Nilo, cerca del puerto de Rosetta. Allí fué donde un joven oficial de artillería, el teniente Boussard, hizo el importantísimo descubrimiento que suministró por fin la clave para interpretar los jeroglíficos. Sus hombres, que cavaban los cimientos del fuerte St. Julien, extrajeron una losa, rota, de basalto negro, que el teniente había puesto en evidencia. Boussard vió al instante la importancia de aquella piedra, que es la ahora famosa "piedra Rosetta", porque tenía una inscripción trilingüe, un decreto de los sacerdotes de Menfis confiriendo honores a Tolomeo V. Había cincuenta y cuatro líneas griegas grabadas en la losa, con dos traducciones paralelas en otras dos escrituras: la jeroglífica y la demótica.

La piedra Rosetta fué enviada a Europa, donde fué estudiada por los sabios hasta que finalmente lograron establecer el equivalente jeroglífico del alfabeto griego. Con esa clave se pudieron interpretar los papiros e inscripciones que durante tantos siglos habían desconcertado al mundo.

CAPÍTULO XIV

KARNAK DE DÍA

Por fin había entrado en el verdadero Egipto, el viejo y fascinante Egipto, el país donde el Nilo, el templo, el campo, la aldea y el cielo se combinan para dar una impresión vívida y seductora de la tierra que gobernaron pomposamente los faraones y en la que las losas hacían eco a diario a los salmos de numerosos sacerdotes. Allí, en Luxor, a setecientos veinte kilómetros al sur de El Cairo, el visitante retrocede insensiblemente y se sitúa en el pasado, contemplando un paisaje que presenta muchas de las antiguas características. Es el sur, o el Alto Egipto, como lo han llamado los geógrafos desde tiempo inmemorial, el que ha conservado para el observador el mayor número de esas características.

Su famosa capital, Tebas, la "ciudad de las cien puertas" de Homero, desapareció; pero nos dejó a Karnak, antigua sede central del clero egipcio.

Actualmente Karnak es la perla de la zona. La fama de su extenso conjunto de templos, hoy en ruinas pero todavía majestuosos, se difundió por todo el mundo. Karnak tiene el templo más grande que puede verse en Egipto, la gran sala de Amón-Ra, del que antiguamente eran tributarios todos los demás templos egipcios. Hice, por lo tanto, de Karnak mi lugar de peregrinación permanente, recorriendo sus decadentes ruinas y sus columnas rotas a la brillante luz del sol y a la pálida claridad de la luna.

Karnak, que emerge al norte de un bosque de palmeras verdes, está situada a unos cuatro o cinco kilómetros al sur de Luxor, y un poco más hacia el interior. Se llega hasta la aldea por un

camino polvoriento que atraviesa una ancha planicie bajo un cielo del más puro azul; después de pasar por la tumba de un jeque, cubierta con una cúpula blanca, y por un bosquerillo de tamariscos, aparece de pronto un enorme pilón de piedra arenisca. En los campos se veían por todas partes abubillas penachudas, que picoteaban los rastros en busca de alimento. De tanto en tanto y conforme avanzaba, asomaban, surgiendo del suelo a ambos lados del camino, los extraños restos, decapitados, medio rotos o invertidos, de una doble fila de pequeñas esfinges con cabeza de carnero que en un tiempo cubrían todo el trayecto entre Luxor y Karnak. Debía de haber originalmente centenares de esfinges bordeando los cuatro kilómetros del camino; hoy están en su mayoría sepultadas en la tierra.

El magnífico pilón de entrada, de dieciocho metros de largo, ofrece un atrayente espectáculo.

En el alto pilón, de costados inclinados y arquitrabe curvo y en alero, la arquitectura halló una forma de expresión bella e imponente. En el frente estaba el retrato esculpido en relieve de Tolomeo, que erigió el templo; aparece haciendo un sacrificio a los dioses tebaicos. Cuatro ranuras verticales, que recorren de arriba abajo todo el enorme portal y terminan al pie en unos receptáculos, indicaban el sitio donde los días de los festivales del templo, y para alejar las malas influencias, se colocaban astas con banderas de alegres colores.

Pasando al interior, me encontré en el patio abierto del templo de Konsu, el dios de cabeza de halcón que en las pláticas populares de los no iniciados era hijo de Amón. El centro estaba ocupado por los tocones rotos de una doble columnata. En las paredes se veía representada una procesión sagrada de botes que se dirigía a Luxor remontando el Nilo y llevando la imagen de Amón-Ra. Penetré en el santuario en ruinas donde en un tiempo se guardaba el bote sagrado de Konsu. Las mojigangas que se practicaban dentro de aquellas paredes tenían mucha importancia para el pueblo, como también para los sacerdotes que buscaban poder y sobre todo para los reyes. Pero significaban muy poco para la minoría de iniciados que veían en los ritos y ceremonias meros símbolos y no manifestaciones de la realidad.

A continuación descubrí una serie de interesantes bajorrelieves, cada cual dentro de su correspondiente orla, en la pared este de una cámara interior contigua al santuario. Lo primero que me llamó la atención fué una talla de mi amiga, la que me había acom-

pañado en la prolongada meditación de aquella noche invernal: ¡la esfinge!

Comprendí en seguida que había dado con algo importante, porque no era fácil hallar en muros y columnas esculturas de la esfinge.

En el primer panel se veía al faraón Ramsés IV en presencia de la diosa Ament, a la que ofrecía una estatuilla que tenía una base chata con dos figuras. La de delante era un niño en cuclillas, que no era otro más que Horus, el hijo de Osiris; tenía un gran rizo en un costado de la cabeza y estaba coronado con el sol y la serpiente simbólicos; la mano izquierda descansaba en la rodilla, pero la derecha la tenía alzada frente a la cara y se señalaba con el índice los labios cerrados, imponiéndose silencio.

La figura de atrás era la esfinge.

Ament tenía el brazo derecho extendido hacia Ramsés; sostenía con la mano una cruz de asa con cuyo extremo apuntaba al entrecejo del rey.

¿Qué significaba esa escena?

Los egiptólogos harían sin duda alguna una interpretación perfectamente coordinada y clara que, dentro de su orientación, sería bastante correcta. Nos dirían que el rey ofrecía simplemente sacrificios a los dioses; nada más. A menudo las escenas murales no representan más que episodios históricos o narraciones de triunfos guerreros. Pero en aquella escena evidentemente no había nada de eso, sino la caracterización de un rito sacrosanto en extremo; sobre todo porque estaba en una pared próxima al santuario, el *sanctasanctórum* de ese templo.

Y lo mismo que el sistema de los jeroglíficos egipcios se empleaba para expresar un significado esotérico conocido solamente por los sacerdotes iniciados, aunque se usaban los mismos caracteres simbólicos, así también las figuras con que se representaba a los dioses tenían para los antiguos iniciados un significado mucho más profundo que el corriente. Luego, el mensaje íntimo de nuestro cuadro sólo podía ser percibido por los versados en la doctrina y los métodos de los misterios.

El significado del panel residía especialmente en la acción de la diosa Ament. La cruz de asa, una cruz con un círculo en la parte superior, con que la diosa apuntaba al entrecejo de Ramsés, era llamada por los sacerdotes "la llave de los misterios", y representaba su admisión en los mismos. Sin embargo, para los egiptólogos

representa solamente la vida. Como llave simbolizaba la apertura de la puerta de la augusta institución, pero como figura geométrica simbolizaba el espíritu eterno del iniciado emergiendo triunfante de su cuerpo material "crucificado". El círculo, que no tiene principio ni fin visibles, configuraba la naturaleza eterna del espíritu divino, en tanto que la cruz simbolizaba el estado mortal del trance en que era sumido el iniciado, y por lo tanto su muerte, su crucifixión. En algunos templos el candidato era atado a un sofá de madera que tenía la forma de una cruz.

El entrecejo es el punto aproximado del cerebro donde se encuentra la glándula pineal, cuyas complicadas funciones siguen desconcertando a los médicos. En las primeras etapas de la iniciación esa glándula era estimulada por los hierofantes, excitando cierta actividad que daba al candidato la posibilidad temporaria de presenciar visiones psíquicas de entes espirituales que se congregaban cerca de él. El método que se empleaba para lograr ese propósito era en parte mesmérico, y en parte dependía de ciertos inciensos poderosos.

Luego, al señalar Ament con la cruz el entrecejo del faraón le indicaba con eso que sería admitido en los misterios y que su visión clarividente sería transitoriamente develada. Pero le estaba prohibido revelar lo que viera y experimentara durante la iniciación. Esto lo indicaba la primera figura de la estatuilla, la del niño Horus ("Horus el del horizonte", en realidad el dios Hormakhu, tradicionalmente asociado con la esfinge), que señalándose con el dedo los labios cerrados, imponía severamente el secreto. En todos los templos había, junto a los santuarios y a las cámaras de los misterios, imágenes similares, todas ellas con un dedo sobre los labios ordenando simbólicamente guardar silencio acerca de los divinos misterios.

Ament era una Amón femenina, "la oculta".

Con el acto del rey de tender la estatuilla en actitud de ofrenda, se destacaba que estaba dispuesto a hacer el sacrificio de su palabra y a guardar permanente silencio.

En la lisa base de la estatuilla y detrás de la figura de Hormakhu aparecía la figura acostada de la esfinge. ¿Por qué?

Lo mismo que el iniciado que, puesto en trance, ha perdido completamente el poder de la palabra mientras dura la iniciación, la esfinge calla siempre. En toda su larga vida nunca ha dicho una sola palabra audible por oídos humanos. La esfinge supo

siempre guardar sus secretos. ¿Cuáles eran esos antiguos secretos?

Eran los secretos de la iniciación.

La esfinge custodiaba el más grande templo de iniciación del mundo antiguo: la gran pirámide.

Porque la ruta ceremonial hacia la esfinge comenzaba siempre en la ribera del Nilo, y todo aquel que llegase del río para entrar en el templo debía pasar primeramente por la esfinge.

La esfinge, con su silencio, simbolizaba el silencio y el secreto de la iniciación.

Así, pues, al faraón se le había advertido que recibiría la revelación mística más grande que se le podía hacer a un hombre.

Otros tres paneles completaban esa interesante serie de cuadros de los misterios, que hoy puede contemplar cualquier visitante pero que antiguamente sólo eran accesibles para unos pocos privilegiados. Describían los resultados del contacto del rey con los misterios.

El segundo panel representaba a Ramsés de pie entre el adulto Horus, el de la cabeza de halcón, y Thoth, el de la cara de ibis. Cada dios mantenía inclinado un vaso sobre la cabeza del rey, pero en lugar de agua echaban cruces de asa encima y alrededor de él.

Ahora bien; Thoth era el dios de la sabiduría y de la doctrina secreta. En esa escena otorgaba a Ramsés, mediante la iniciación, ese conocimiento mixto formado de una misteriosa mescolanza de fuerzas psíquicas y sabiduría espiritual que hizo famoso a Egipto en los tiempos primitivos. Thoth era también señor de la luna. De ahí que todas las ceremonias mágicas y religiosas de importancia secreta, y especialmente todas las iniciaciones en los misterios, se llevaban a cabo de noche y durante aquellas fases de la luna que señalaba su mayor influencia, es decir, la luna nueva y la luna llena.

Horus adulto, el de la cabeza de halcón, era el dios sol. Su participación en la escena simbolizaba el hecho de que la iniciación, aunque comenzaba de noche, terminaba de día, con la llegada del alba. Cuando los rayos del sol matinal iluminaban la cabeza del candidato, el hierofante le dirigía ciertas "palabras de poder", y el iniciado despertaba.

El tercer panel presentaba a Ramsés, sabio iniciado ya, conducido por otros dos dioses, que le tomaban las manos en señal de bienvenida y le ponían ante la cara la cruz de asa para indicar que

era camarada de ellos en virtud de su adquisición. En la última escena figuraba el rey ofreciendo una estatuilla al dios Amón-Ra. La estatuilla representaba a un dios sentado, con una pluma clavada en la cabeza: el dios de la verdad. El faraón había conquistado la sabiduría y sería en lo sucesivo "de palabra veraz". Haría el sacrificio de su vida en el altar de la verdad; es decir, que conformaría obedientemente sus pensamientos y sus actos a las leyes espirituales que gobiernan la vida humana, y que le acababan de ser reveladas en la iniciación.

Y de esa forma aquellas escenas esculpidas me permitieron vislumbrar la vida íntima, secreta, de un faraón adoctrinado, y el significado parcial de los famosos aunque reservados misterios de Egipto.

Luego me sentí atraído hacia el oeste por un pequeño y hermoso templo en el que varios de los pocos iniciados habían aprendido su sabiduría. Era una capilla de los misterios de Osiris, y para mí quizá uno de los sitios más importantes de Karnak, a pesar de sus reducidas dimensiones. Allí, en las jambas de la entrada, las tallas mostraban al Tolomeo que había erigido el templo, cuando era conducido ante el divino Osiris en persona. Crucé el umbral y me encontré en un pórtico rectangular cuyo cielo raso coloreado y lleno de inscripciones era sostenido por dos hermosas columnas con bocelos y flores, coronadas del llamativo rostro de Hator. En la pared del este había dos pequeñas ventanas con verjas de piedra, pero la escasa luz que se infiltraba por ellas ya no era necesaria, porque del techo de piedra habían desaparecido tres grandes bloques y por el agujero resultante penetraba la luz a raudales.

A continuación del pórtico había un pequeño vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas de vigorosos bajorrelieves y líneas verticales de jeroglíficos. Y —cosa rara en la mayoría de los templos ruinosos que aun permanecen en pie— había tres puertas, perfectamente conservadas, en las paredes del fondo y de los costados. Los dinteles estaban coronados de un arquitrabe formado de una fila de veinte cobras majestuosas. Las serpientes no eran simples semirrelieves tallados en la superficie de la pared, sino macizas esculturas; tenían la cabeza erguida y el capelo dilatado. Debajo de cada línea se veía, en un anaquel, el conocido emblema del sol alado, formando todo el conjunto un adorno macizo de casi un metro de alto.

Los adornos de las cobras reales indicaban, a mi entender, que las tres cámaras a las que daban acceso las tres puertas tenían una importancia considerable en el plan del templo. Pasé por la puerta del fondo (las hojas de las puertas ya no existían, quedaban sólo los vanos, aunque se podían ver claramente las muescas superiores e inferiores donde iban ajustadas), y llegué hasta un templete en cuyos costados estaban representados el rey rindiendo culto y la insignia de la diosa Hator. Al pie del templete bostezaba un gran boquete abierto en el piso de piedra, que la luz de la linterna identificó como la entrada, rota, de una cripta subterránea. Volví a examinar las dos cámaras laterales y encontré agujeros en los rincones, que conducían a la misma cripta y además a un pasaje subterráneo. Todo el edificio, en realidad, estaba perforado, como un panal, por bóvedas y corredores subterráneos. A la derecha del pórtico descubrí otras dos brechas en el suelo que se abrían sobre unos estrechos pasajes; la capa de polvo que los cubría estaba completamente intacta, sin una sola pisada.

La exploración reveló que uno de esos pasajes atravesaba todo el subsuelo y llegaba hasta el mismo templo de Konsu.

Todo el piso del templo estaba cubierto de una capa de polvo tan espesa que debió de haberse acumulado en el transcurso de muchos siglos. Examiné el antiguo piso de piedra buscando rastros humanos, pero fuera de unas huellas de pies desnudos, impresas evidentemente por el guardián árabe del vecino templo de Konsu, no descubrí ninguna pisada de pies calzados. Por toda la superficie del piso la tierra formaba densas pilas, lisas, sin otras señales que los numerosos y elegantes arabescos marcados entre agujero y agujero por una o dos minúsculas serpientes, cuyo paso se veía claramente. Me pregunté cuánto tiempo haría que los turistas o viajeros no perturbaban el solitario silencio de aquel templo. Yo sabía que una de las guías de turismo lo descartaba afirmando que no valía la pena de ser visitado. Sabía también que no eran deseadas ni esperadas las visitas, porque el ministerio de antigüedades del gobierno egipcio había hecho colocar en la entrada una verja de madera con llave. Yo no pude entrar sin antes ir a buscar al guardián árabe del templo mayor para que me acompañase a la pequeña capilla de Osiris y abriera la verja con una llave que separó de su manojó. ¿A qué se debían esas medidas? ¿Sería por los peligrosos boquetes del piso?

¿Y qué objeto tendrían esas criptas misteriosas y esos melan-

cólicos corredores? Recordé la curiosa cripta rodeada de fosos que había sido descubierta bajo doce metros de escombros y que me había desconcertado en Abidos.

* * *

Mientras meditaba sobre aquella interrogación, el sepulcral ambiente pareció iluminarse de pronto ante mis ojos, y volví a ver la celebración del antiguo rito que dramatizaba la muerte y resurrección de Osiris; ese rito que había visto tallado en piedra en las paredes del pequeño templo de los misterios instalados en la terraza de Dendera; ese rito del que tuve la visión y que experimenté en persona durante la noche que pasé en la sombría cámara del rey, en la gran pirámide; ese rito que el Osiris atlántico había dejado como herencia a los sumos sacerdotes del antiguo Egipto.

¿Por qué eran preferidos los sitios lúgubres y tenebrosos como aquél para esas misteriosas iniciaciones?

La respuesta es triple. Para rodear de la mayor seguridad y del mayor secreto a un experimento que era, después de todo, peligroso y privilegiado al mismo tiempo; para conseguir la fácil sumersión en trance del candidato impidiéndole ver las cosas que le rodeaban y evitando que su atención se distrajera del estado interior en que iba a entrar; y finalmente para suministrarle un simbolismo perfecto (tan caro al corazón de los antiguos), de la condición de tinieblas e ignorancia espirituales en que se encontraba el candidato cuando los hierofantes comenzaban el proceso de su iniciación; porque en el momento del despertar, abriría los ojos ante los rayos del sol en otro sitio, al que sería llevado en la etapa final de sus experiencias de iluminación espiritual. Después de una prolongada iniciación, comenzada de noche y concluída al amanecer, el flamante iniciado habría salido de la ignorancia materialista (tinieblas) para entrar en la percepción espiritual (luz).

Los ritos secretos de los misterios eran practicados en criptas subterráneas, o en cámaras reservadas próximas a la capilla sagrada, o en pequeños templos edificados en las terrazas; nunca en otra parte. Todos esos lugares eran territorio prohibido para el pueblo, que no debía acercarse a ellos so pena de sufrir los más horrendos castigos. Los hierofantes que tenían la misión de iniciar a los candidatos asumían una grave responsabilidad. La vida del candidato estaba en sus manos. Porque la irrupción inesperada

de un intruso podía provocarle la muerte, lo mismo que la irrupción inesperada de un intruso, actualmente, en una sala de operaciones donde se está practicando una delicada intervención quirúrgica, puede significar el fallecimiento del infortunado paciente. ¿Y qué era, después de todo, la iniciación, sino una especie de operación quirúrgica psíquica, la acción de separar la parte psíquica del hombre de su parte física? De ahí que las cámaras de iniciación fueran siempre lugares apartados y estuviesen siempre bien custodiadas. A las que estaban junto a la capilla de un gran templo se llegaba en completa oscuridad, porque al pasar por la puerta la luz decrecía para desaparecer totalmente cuando se llegaba al umbral de la santa capilla. Completamente sumido el candidato en trance absoluto, se dejaba el cuerpo en esa oscuridad protectora hasta el final de la iniciación, momento en que era transportado a la luz.

Las cámaras subterráneas se usaban de la misma manera, apagándose todas las luces después de la entrada en trance, para que las criptas se convirtieran en tumbas, simbólica y literalmente.

* * *

Me dejé caer por un agujero y exploré una oscura bóveda donde los sacerdotes practicaban en un tiempo sus ritos más secretos, y volví luego a salir, con una sensación de alivio, a respirar aire fresco y contemplar la luz del sol.

Prosiguiendo mi expedición por las empañadas glorias de Karnak, pasé por entre los enormes portales del hermoso templo de Amón-Ra. Portales que estaban hechos para gigantes más que para diminutos mortales. Sobresalían por encima de mi cabeza como las paredes de un precipicio. El gusto de los egipcios por las dimensiones exageradas llegaba a veces a extremos pasmosos, como en el caso de la gran pirámide próxima a El Cairo y las paredes de aquel pilón piramidal. Tenían más de quince metros de espesor; eran más gruesas que las paredes de cualquier fortaleza. Bien protegidos estaban, por cierto, de la contaminación con el mundo profano, los sagrados recintos de aquel templo, que los antiguos llamaban con orgullo "el trono del mundo". Pero, ¡ay!, ya no era más que un trono resquebrajado, y cuando salí al gran patio anterior encontré una amplia mesa de mampostería despedazada, confortada en su desolación por las pocas columnas que seguían en pie. Lo crucé lentamente, caminando sobre la tierra fragosa y

las malezas que reemplazaban al hermoso pavimento de mosaicos que otrora se desplegaba en una extensión de decenas de metros.

Atravesando aquel espacio, llegué hasta una alta puerta cubierta de semirrelieves coloreados y situada entre los restos derruidos de otro pilón, masa revuelta de piedras desplomadas que recordaba muy poco su contorno original. Sin embargo, aquella puerta debió de tener más de treinta metros de altura. Habían desaparecido los siete escalones que los constructores colocaron delante de la entrada, siete grados simbólicos del progreso del hombre desde el mundo inferior de la existencia diaria hasta la esfera superior de la conquista espiritual. Porque los egipcios como muchos otros hombres de la antigüedad, entendían muy bien la misteriosa numeración que sirve de fundamento a la construcción del universo; sabían que el séptimo día, o el séptimo grado, trajo el reposo, la paz suprema para el hombre, como también para otros seres y cosas creados. Encontré esta séptupla numeración en todos los templos del país, así como en la gran galería de la gran pirámide, donde apareció en una expresión clara e impresionante. Era muy adecuada, por lo tanto, la ubicación de esos escalones, que el tiempo y la mano del hombre habían poco menos que arrancado de su sitio; los instalaron en la entrada al vestíbulo del lugar más grandioso y más solemne de Karnak: la gran sala hipóstila del templo de Amón-Ra.

Entré; ante mí se abrió la asombrosa perspectiva de dieciséis apretadas filas de columnas. Los rayos del sol iluminaban una escena sin paralelo en mi memoria. Casi todas las columnas —ciento treinta en total— proyectaban una fuerte sombra horizontal sobre el piso sin pavimentar. Los blancos pilares de piedra se erguían como un ejército de gigantes soldados. También era increíble su circunferencia, que tenía un término medio de nueve metros. Aquella grandiosa escala arquitectónica, aquel bosque de colosales árboles de piedra que media noventa metros de ancho, era algo monstruoso: ¡era egipcio!

El faraón que había hecho levantar la mayor parte de la sala era Setí, el mismo que había erigido aquel templo de Abidos donde experimenté una paz tan indecible. Lo que no podía menos que sentir en esta sala era la impresión de fuerza, de poder, que venía desde la desaparecida época de sus constructores. Setí no vivió, no pudo vivir, para terminar su colosal creación, por lo que Ramsés se hizo cargo de la inconclusa tarea transformando las rocas

de Asuán en enormes pilares cincelados y colocando sobre ellos arquivadros decorados de treinta toneladas, sin usar ligaduras de cemento ni de metal para fijarlos. Todo este monumental conjunto inducía a la mente a buscar perspectivas más amplias, elevaba a los hombres por encima de la minúscula rutina de actividades lastimosamente llanas, les inspiraba grandes ambiciones y anhelos superiores y les provocaba el deseo de invertir las energías en acciones de mayor alcance. Incitaba, en fin, a ser como el mismo Ramsés, a planear y edificar poderosos templos como aquél, de prodigiosa altura, y luego instalar alrededor amplias ciudades modelo donde los hombres pudieran vivir iluminados por nobles ideas y más nobles ideales.

En un tiempo esa sala de numerosas plegarias estuvo techada y pavimentada; ahora estaba abierta a las azules profundidades del cielo y su piso era una mescolanza de tierra, arena, piedras y malezas. Cuando el vasto techo estaba en su lugar, el interior de la sala era sin duda bastante oscuro, porque la única luz que recibía debía de ser la que entraba de mala gana por unas claraboyas con enrejado de piedra abiertas sobre la avenida central. Pero el enorme techo había caído, roto en cien pedazos de los que pocos quedaban.

No quisiera criticar a los arquitectos de la antigüedad que hicieron la obra, pero salta a la vista que los voluminosos y robustos pilares fueron puestos demasiado cerca unos de otros. Con una disposición mejor se habrían obtenido mejores perspectivas, más extensas y menos entrecortadas. Pero quizás aquellos hombres se interesaban más por el simbolismo que por la perspectiva.

Todas las columnas estaban profusamente talladas y coronadas de un grueso capullo o de un cáliz acampanado. Las superficies magníficamente redondeadas de los fustes estaban cubiertas de cuadros de colores e inscripciones jeroglíficas, lo mismo que los arquivadros y las paredes. Eran las historias de los dioses y los reyes de Egipto, talladas o pintadas con colores que han permanecido inalterados. Examiné las figuras pintadas y las cartelas rectangulares. Vi al rey Setí rindiendo culto a Thoth, en presencia de dios, bajo el árbol sagrado de Heliópolis; persiguiendo a los hititas con su carro victorioso; recogiendo en el lejano Líbano altos cedros para hacer las astas de las banderas de sus templos, y volviendo triunfante a su patria amada. Había muchas otras figuras: algunas medio desnudas, otras completamente vestidas, pero todas

con la expresión extrañamente intensa y remota que era característica del pueblo egipcio. En la pared del sur, grabada en un monolito introducido en los ladrillos, una inscripción jeroglífica registraba el primer tratado oficial de la historia, el que se concertó entre Ramsés el grande, "el valiente, el hijo de Setí I, el gran gobernante de Egipto", y el rey hitita Ketesar, "hijo de Mersar, el gran jefe de Keta", como dice el texto, que concluye con las siguientes amables palabras: "el buen tratado de paz y fraternidad, que sella la paz entre ellos para siempre".

Me alejé pasando a un angosto patio descubierto donde un macizo obelisco apuntaba al cielo su dedo piramidal y proyectaba una sombra purpúrea sobre el piso. Tenía la cartela real de Tutmés I, que lo había erigido, y tres líneas verticales de inscripciones. "Horus, el bien amado de la verdad, rey del Alto y Bajo Egipto, Amón. Fué el monumento que hizo a su padre Amón-Ra, el conductor de las dos tierras, erigiéndole dos obeliscos, muy grandes, en la doble fachada", decía una de ellas, entre otras cosas. Siempre esa gran adoración a los dioses.

Más adelante, entre los destrozados restos de una columnata, surgió otro obelisco, más alto y más imponente aún, como una lengua de fuego que se desprendiera de la tierra. Porque se lanzaba hacia el cielo en un salto de más de treinta metros; era el segundo, en altura, de los obeliscos que se mantenían en pie en todo el mundo. El erecto monolito de reluciente granito rosado tenía grabada en la base la jactanciosa y altiva información de que el ápice había sido revestido con una mezcla de oro y plata, para que pudiera verse a mucha distancia, y de que para el picado y transporte de granito desde Syene, para ese obelisco y su desaparecido compañero, se habían empleado nada más que siete meses de trabajo. Lo erigió una mujer que en cierto modo fué en Egipto lo que la reina Isabel en Inglaterra, y algo más; era la enérgica reina Hatasu, una mujer de nariz larga y mandíbula prominente que a veces se vestía de hombre y exhibía siempre una fuerte masculinidad en sus actos de gobierno. Levantó altos obeliscos y templos macizos, envió expediciones exploradoras y empuñó el cetro de los faraones con una fuerza que no se debilitó a causa de su sexo; después de la muerte de su esposo dejó de lado el velo y todo lo que representaba.

Esta es la arrogante dedicatoria del obelisco, que aparece talla-

da en caracteres jeroglíficos en la parte inferior, en las cuatro caras del monumento:

"Yo estaba sentada en mi palacio, pensando en mi creador, cuando mi corazón me incitó a levantarle dos obeliscos, cuyas puntas llegaran hasta el cielo, en la noble sala de las columnas que se encuentra entre los dos grandes pilones de Tutmés I.

"Cuando vean mis monumentos años después, que exclamen: «Esto es lo que yo hice.» Esto fué hecho por mi orden, esta montaña adornada de oro. Yo gobierno este país como hija de Isis; también soy poderosa como hija de Nu cuando el sol se tiende en la barca matutina y se queda en la barca vespertina. Existirá eternamente como la estrella del norte. En realidad, éstos son dos grandes obeliscos iluminados con oro por mi majestad, para mi padre Amón, y por amor, para perpetuar su nombre; pueden permanecer para siempre en el recinto del templo. Están hechos de un solo bloque sólido de granito, sin juntas ni divisiones."

* * *

Fuí hasta la gran puerta que en un tiempo conducía al templo de Mut, construido por el segundo de los Tolomeos, pero que ahora sólo comunicaba con campos orlados de palmeras. Sus hermosas líneas y bellos adornos retenían mi vista embelesada. Esculpido en el dintel, el sol alado cumplía, según las ideas antiguas, la protectora misión de impedir la entrada a las malas influencias.

Me detuve en un cuarto rojo rectangular, en cuya pared aparecía el nombre de Filipo de Macedonia; hacía pocos días, a unos quince kilómetros de allí, había encontrado una moneda de él, perfectamente conservada por la amable tierra.

Fuí luego recorriendo los patios ruinosos y los derruidos santuarios de Karnak; pasé por paredes grises, sin techos, cubiertas de relieves esculpidos; por capillas de granito rosado desprovistas de sus estatuas de dioses y diosas, y por pilas de mampostería rota. Crucé meditabundo un solar ondulado, vacío, que había sido el asiento de un edificio, arrasado luego y removido, y llegué hasta un montón de esfinges mutiladas e ídolos de cabeza de leona. Caminé con cuidado por entre las verdes zarzas espinosas que crecían abundantemente en la ruinoso sala de Tutmés III, y me detuve pensativo en el otro extremo, frente al bajo arquitrabe de la semidesaparecida capilla. Grandes reyes recorrieron a menudo aquel trayecto, con paso altivo, e inscribieron sus victorias en columnas y paredes. Sin embargo ¿dónde estaban ahora? Tutmés, Amenotep, Setí, Ramsés, Tutankamón, Tolomeo; ante mi

vista pasaron en procesión, y se esfumaron en el aire, los rostros barbados de esos hombres que gobernaron a Egipto e influyeron en sus destinos, miles de años atrás. ¿Valía la pena que se llenaran de orgullo, me pregunté, si todas sus realizaciones y todas sus conquistas estaban destinadas a ser aventadas como el polvo? ¿No es mejor que uno siga su camino en este mundo silenciosamente, humildemente, recordando que posee todas las cosas sólo por la gracia de un orden superior?

El día casi había terminado y comenzaba a rendirse a las sombras como la serpiente al encantador, cuando yo concluí mi excursión por aquella derruida ciudad de los templos.

Hubo una vez un rey de la dinastía XXII que hizo construir una pared de ladrillos alrededor de todos los templos de Karnak; cuando la concluyeron alcanzó a tener casi dos kilómetros y medio de circunferencia. ¡Karnak era un leyenda de piedra, una epopeya de majestuoso empeño e inevitable destrucción, una gloria en ruinas, pero inmortal!

Me quedé todavía un rato, antes de dar por terminada mi visita, contemplando la maravillosa pero acelerada puesta del sol que cubría el paisaje como un ángel deslumbrante cuyo trémulo nimbo se teñía de todos los colores, desde el dorado al rojo. El vasto cuadro de ruinas, campo y desierto, bañado en tantos colores me arrebatava y me sumía en extática absorción.

Volví a Karnak una y otra vez, dejando pasar los días en una mezcla de gozo y de estudio, y aumentando mi acopio de recuerdos inolvidables y de datos extraordinarios. El encanto de Karnak nos envuelve casi imperceptiblemente, como una neblina creciente de río, hasta que en un momento dado nos encontramos de pronto con que nos ha rodeado completamente. Los hombres que carezcan de inteligencia sutil y de sentimientos delicados no verán en aquellos templos medio destruidos más que montones de piedras, ladrillos, polvo y argamasa. ¡Compadezcámoslos! Salgamos de la contemplación de estas ruinas majestuosas con el alma impresionada y sobrecogida, conscientes de la belleza y la dignidad que conservan aún en su presente estado de patética devastación.

Me cupo la suerte de tener el campo libre para mí solo; pude recorrerlo todo sin ser molestado por nadie, en un silencio que reinaba supremo y absoluto, quebrado solamente, de tanto en tanto, por el somnoliento zumbido de las abejas o el agradable gorjeo de los gorriónes. Porque estábamos a mediados del verano y las

muchedumbres de sudorosos turistas habían abandonado a Luxor hacía rato, huyendo de la ola de terrible calor que avanzaba y de la resurrección de la vida animal que se produce a esa altura del año en el sur de Egipto. Enjambres de moscas, mosquitos, escorpiones y serpientes, para no mencionar otras formas de vida, reaparecen cuando la temperatura sube hasta un grado que debilita a los seres humanos pero que parece vivificar a los animales detestables y a los insectos. Pero las ventajas de la soledad eran suficientes para compensarme de esas molestias, y en cuanto al calor, nunca pudo mellar mi interés intelectual. En realidad, yo creo que se puede hacer amistad con el sol; es cuestión de actitud mental. En cuanto pensamos que el sol nos va a dañar o debilitar, se abren las puertas para recibir ese daño. La fe activa en los recursos interiores siempre los pone en funciones.

Para mí, la ventaja de mi solitaria posesión en Karnak era enorme. Podía rendirme a su quietud con renovado provecho.

La aptitud para el aislamiento no es alentada por la actual época de jazz. La presente era de la máquina no fomenta el gusto al silencio. Pero yo creo que es necesario un pequeño retraimiento diario, un breve período de meditación solitaria y silenciosa. Así se refresca el corazón cansado y se inspira la mente fatigada. La vida actual parece una rugiente caldera en la que son precipitados los hombres. A medida que pasan los días disminuye la intimidad de éstos consigo mismos y aumenta la intimidad con la caldera.

Recurrir a la meditación regular rinde abundantes frutos con la evidente profundización espiritual. Da firmeza en la hora de la decisión, valor para vivir como se quiere, sin depender de la opinión de la masa, y estabilidad en la turbulencia de la época.

La peor consecuencia de la vida moderna es que debilita los poderes del pensamiento profundo: en el apresuramiento vesánico de una ciudad como Nueva York el hombre no tiene tiempo para considerar que la vida interior se va paralizando; lo único que considera es que tiene prisa. Pero la naturaleza no tiene prisa; demoró muchos millones de años para hacer esa exigua figurita que avanza presurosa por Broadway; bien puede aguardar la llegada de otros tiempos en los cuales, viviendo una existencia más tranquila y realizando actividades más serenas, aquel hombrecito emerja del desastre y la agonía que se infligió a sí mismo y fije

su mirada en la fuente del pensamiento divino que estaba enterrada bajo la ruidosa superficie de su medio ambiente.

Nuestros sentidos físicos son nuestros dueños; es hora de que seamos nosotros los dueños de nuestros sentidos. En el sagrado barco del alma navegamos por mares en los que no pueden seguirnos los sentidos corporales.

A menudo podemos entender las doctrinas de los profetas y asimilar las verdades enunciadas en sus libros y sentencias, refiriéndolas a la vida de la meditación y no solamente a la vida activa de todos los días.

CAPÍTULO XV

KARNAK DE NOCHE

Más fascinantes fueron mis visitas de medianoche, y especialmente aquella que hice a la luz de la luna llena. Las noches de Egipto iluminan sus antiguos templos con una luz misteriosa que revela adecuadamente lo que debe ser revelado y oculta el resto en una penumbra muy en consonancia con los templos.

Yo había empleado diversos medios de transporte para trasladarme de noche a Karnak, todos ellos igualmente atrayentes. Me deslicé velozmente por el Nilo en un bote con una gran vela impulsada por una fuerte brisa; llegué lentamente montando una pesada bestia de carga; y viajé por la vieja carretera conduciendo un coche de caballo, más o menos cómodo. Pero aquella noche de luna llena no encontré nada mejor que recorrer a pie los pocos kilómetros de distancia que me separaban de Karnak, como hacían los antiguos sacerdotes, aun en los días fastuosos del viejo Egipto. Una plateada claridad resplandecía sobre la blanca y espesa capa de polvo del camino, por cuyo borde encaminaba mis pasos. De tanto en tanto bajaba volando un murciélago y volvía a alejarse velozmente, lanzando agudos chillidos. Fuera de eso y hasta llegar a la aldea de Karnak, ningún otro ruido quebró el gran silencio que cubría la tierra. En el pueblo me crucé con sombrías figuras de largas túnicas, algunas de ellas llevando en las manos danzantes linternas; en las ventanas sin vidrios se veía brillar el amarillento fulgor de las lámparas. Yo avanzaba pisando silenciosamente la tierra arenosa del camino; pero aquellos campesinos de oído agudo parecían saber, como si tuvieran una especie de sexto sentido, que un extranjero atravesaba de noche su aldea, porque

salieron de a uno y de a dos a las puertas de las casas para verme pasar, o atisbaron con expresión burlona por las ventanas. Aquello era inexplicable y, en el ambiente de irrealidad que forjaba la luna llena, sumamente fantasmagórico. Dos o tres perros se echaron a ladrar, con poco entusiasmo. Tranquilité a los aldeanos y a mí mismo murmurando unos saludos, aunque sin detenerme. Yo comprendía muy bien a esos hombres sencillos y amables, que tomaban los menores incidentes de la vida con una alegre filosofía de "*malisch!*" (¡no tiene importancia!) realmente cautivante.

Ya estaba allí, al final de mi ruta, el enorme pilón plateado de Tolomeo, como un centinela espectral del gran templo, recortando su cima cuadrada sobre el azul índigo del cielo.

Pero no estaba dispuesto a recibirme, sin embargo, porque tenía delante una verja cerrada. Desperté al guardián, quien, sobresaltado, salió de su estrecha garita; se quedó luego frotándose los ojos somnolientos ante la brillante luz de mi linterna eléctrica. Cuando me abrió la pequeña verja moderna le pagué generosamente por haberle perturbado el reposo y me dejó entrar solo. Crucé el patio anterior y me senté entre los revueltos trozos de piedra arenisca que en un tiempo formaban el alto pilón de separación del patio anterior y la gran sala hipóstila; me quedé unos minutos meditando sobre la desaparecida grandeza de aquel monumento a Amón-Ra. Pronto me encontré caminando por entre las majestuosas columnas y las solemnes ruinas de la gran sala. La luna salpicaba los pilares que se alzaban a mi lado y lanzaba sus profundas sombras negras sobre el piso, de modo que los jeroglíficos cincelados aparecían de pronto en refulgente relieve y en seguida desaparecían con igual prontitud en las sombras de la noche. Avancé con la linterna apagada, encendiéndola solamente cuando no veía bien el camino, para no rivalizar con la luz más suave de la luna que transformaba todo el templo en un lugar de ensueño. De pronto apareció delante de mí el obelisco de la reina Hatasu; parecía una espléndida aguja de plata.

Y a medida que me iba acercando, a través de las sombras débilmente mitigadas, a los santuarios cubiertos que se encontraban a continuación de la sala hipóstila con sus impresionantes columnatas, tuve la confusa impresión de que mi soledad había dejado de ser soledad. Sin embargo, aquellas salas estupendas y las capillas menores hacía quince siglos, por lo menos, que no se

poblaban con muchedumbres de adoradores; por igual lapso habían sufrido silenciosamente su deserción los mutilados dioses de piedra; y yo no sabía de nadie que pudiese ser acusado en el Egipto moderno de haber vuelto a la antigua religión. ¿Por qué, entonces, tenía la *sensación* de estar acompañado de gente viva que me rodeaba en aquel sitio deteriorado por el tiempo y tan silencioso como una tumba? Proyecté en rededor la luz de la linterna; sólo iluminó ruinas de piedra y pisos quebrados, y reavivó fugazmente escenas esculpidas y jeroglíficos, pero no reveló ni la menor señal de formas humanas.

Seguí avanzando, solitario visitante nocturno, sin poder librarme de aquella sofocante sensación. La noche trae siempre sus terrores consigo, y acentúa nuestros más ligeros temores; pero yo había aprendido a amar y ceptar las suaves noches de Egipto, que me obsesionaban con su belleza celestial. Sin embargo, aquellos decadentes templos de Karnak habían asumido, a la extraña claridad lunar, un aspecto casi siniestro, y yo percibía en mí una reacción de inquietud a la hora y al ambiente. ¿Por qué me sentía afectado de ese modo?

Seguí el antiguo camino pavimentado que llevaba a las ruinas del norte y llegué hasta el pequeño y exquisito templo de Ptah. Crucé el angosto patio de columnas y, después de pasar por otra verja, atravesé el umbral del santuario mismo. Un vívido rayo de luz lunar iluminó una de las estatuas más extrañas de aquel sitio, el de la diosa Sekmet. Desamparada figura de mujer con cabeza de leona, era la única moradora de aquel tétrico cuarto. Su rostro sombrío y cruel concordaba muy bien con el papel que tenía asignado en la mitología egipcia, el de una temible aniquiladora de la humanidad. ¡Qué terror habrá inspirado a sus víctimas, que no podían esperar misericordia de su parte!

Me senté en un plinto de granito y observé los rayos plateados que bailaban sobre las ruinosas paredes. A lo lejos se oyó el apagado aullido de un chacal merodeador. Mientras estaba allí sentado, quieto y pasivo, volvió a insinuarse en mi corazón, estremeciéndolo con el temor que siempre trae consigo la incertidumbre, la espeluznante impresión de que me rodeaban seres invisibles.

¿Seguirían los fantasmas de aquellos sacerdotes altivos y sus catervas de adoradores devotos rondando por aquellos lugares y murmurando sus plegarias a Ptah, el que tenía el cetro que era símbolo del poder y la estabilidad? ¿Andarían los espíritus de

los sacerdotes y reyes desaparecidos revoloteando por sus antiguas guaridas, como sombras vivientes sin sustancia?

Recordé involuntariamente el curioso cuento que me relató un amigo en El Cairo, un oficial inglés al servicio del gobierno egipcio. Mi amigo había conocido a un joven, relacionado con la aristocracia, que había partido de Inglaterra hacia Egipto con el fin de pasar unas semanas como simple turista. Se trataba de un muchacho despreocupado, que no se interesaba más que en las cosas materiales. Estando en Luxor, visitó una tarde a Karnak y en el templo de Amón-Ra tomó una instantánea fotográfica de la gran sala. Cuando el negativo fué revelado y copiado, vió estupefacto en la fotografía la alta figura de un sacerdote egipcio, de pie, apoyado contra una de las columnas y con los brazos cruzados sobre el pecho. Aquel incidente hizo al joven una impresión tan profunda que su carácter cambió por completo y se dedicó a estudiar piadosamente las cosas psíquicas y espirituales.

Incapaz de abandonar mi asiento, me quedé sumido en perplejas meditaciones y en reflexiva inquietud, en la silenciosa compañía de las divinidades de piedra.

Así pasó una media hora, después de la cual debo de haber caído en una especie de ensueño.

Me pareció que delante de mis ojos se descorría un velo, y mi atención se concentró en un punto situado entre mis dos cejas; luego me envolvió una luz sobrenatural.

Dentro de la luz vi una figura masculina de tez morena que, con los hombros alzados, estaba de pie, de costado, junto a mí. Cuando lo miré se volvió de frente.

Me estremecí sorprendido al reconocerlo.

Porque aquella persona era yo mismo.

Tenía exactamente el mismo rostro que yo, pero vestía ropas del antiguo Egipto. No era príncipe ni plebeyo, sino un sacerdote de cierto rango. Lo supe en seguida por su túnica y su tocado.

La luz lo rodeó rápidamente y continuó extendiéndose más lejos, hasta que abarcó una vívida escena junto a un altar. Luego la figura de mi visión se movió y se acercó lentamente al altar, donde se puso a rezar, y rezó, y rezó mucho...

Y cuando él echó a andar, yo caminé con él; cuando se puso a rezar, yo recé con él, no como acompañante, *sino como él mismo*. Yo era en aquella visión paradójica al mismo tiempo actor y espectador. Advertí que el sacerdote estaba acongojado, apenado por

el estado en que se hallaba su país, contristado por la decadencia que afligía a su vieja patria. Más que todo sentíase desdichado porque su religión había caído en malas manos. Una y otra vez rogó en sus plegarias a los viejos dioses que salvaran la verdad para su pueblo. Pero cuando concluyó sus peticiones la angustia le pesaba como una carga de plomo en el corazón. Porque no obtuvo ninguna respuesta y supo que Egipto estaba irrevocablemente condenado. Se volvió y se alejó con la cabeza gacha, triste, muy triste. . .

La luz volvió a trastocarse en tinieblas; desapareció el sacerdote y el altar con él; me encontré de nuevo sumido en solitaria meditación junto al templo de Ptah. Mi corazón también estaba triste, muy triste. . .

¿Había sido aquello un simple sueño sugerido por el ambiente? ¿La desenfadada divagación de una mente pensativa? ¿La irrupción de una idea latente derivada de mi interés en el pasado?

¿Había sido la visión clarividente de un sacerdote cuyo espíritu se encontraba realmente en mi presencia?

¿O era la reminiscencia atávica de una anterior existencia mía en Egipto?

Para mí, que conocía la intensa conmoción de mis sentimientos durante y después de la visión, no había más que una sola respuesta posible.

Los hombres prudentes no extraen conclusiones precipitadas, porque la verdad es una dama esquiva que, según un antiguo aforismo, vive en el fondo de un pozo muy profundo.

No obstante acepté, tuve que aceptar, la respuesta afirmativa de mi última pregunta.

Einstein trastornó los puntos de vista conservadores sobre el tiempo que prevalecían anteriormente. Demostró matemáticamente que el que pudiera divisar las cosas en sus cuatro dimensiones tendría del pasado y del presente una sensación muy distinta de la que goza comúnmente el hombre. Esto podría ayudarnos a entender la posibilidad de que la naturaleza conserve una perfecta memoria del pasado, en la que se perpetúan escenas de siglos desaparecidos. Yo comprendo perfectamente que en los sensibles momentos de la meditación se puede rozar involuntaria y misteriosamente esa memoria.

Otra noche, a las once, me dirigí a una reunión que tendría lugar en la pequeña aldea de Naga Tatani, un poco más allá de Karnak. Dejé atrás a Luxor y Karnak, y tomé el camino que corre junto a la ribera del Nilo, por el que seguí durante un buen trecho para doblar luego en ángulo recto y continuar avanzando por espacio de unos veinte minutos más.

En un espacio abierto que constituía el centro del pueblo (correspondiente a la plaza central de las aldeas inglesas, sólo que allí no era más que un espacio cuadrado, arenoso y sin pavimentar), encontré más de doscientos hombres sentados en cuclillas en el suelo polvoriento. No había ni una sola mujer. Estaban vestidos con largas túnicas árabes y turbantes blancos, y parecían personas de tipo sencillo y primitivo.

En una galería elevada, de tierra revocada y blanqueada, habían tomado asiento cuatro notables, cuatro hombres venerables de jerarquía y mentalidad superiores; eran jeques, a juzgar por sus rostros y sus ropas, y representaban un aspecto pintoresco con sus flotantes túnicas de seda. Eran todos hombres de edad, de cabello gris. Ese gastado héroe de novela, el joven y apuesto jeque del desierto que secuestraba hermosas damiselas inglesas, se podrá encontrar quizá en Inglaterra, pero en Egipto con toda seguridad que no.

El jeque Abu Shrump, el único a quien conocía de toda la concurrencia, estaba entre ellos. Me saludó cordialmente y me presentó al jefe de Karnak y a otro jeque, que se tocaron la frente y el pecho en cortés respuesta, y luego al jefe de la aldea y distritos circunvecinos, el jeque Meki Gaba, frente a cuya casa se había levantado la galería. Este último insistió inmediatamente en convidarme a beber el inevitable café, ofrecimiento que yo tuve la suerte de poder cambiar por el de té sin leche.

Me instalé en uno de los almohadones de la plataforma, junto a mi amigo el jeque Abu Shrump, que vivía en el pueblo de Kurna, al otro lado del Nilo, y que era el santo varón más famoso y respetado en treinta kilómetros a la redonda de la región de Luxor.

Era un devoto prosélito del profeta, pese a su reputación de que dominaba a los genios y fabricaba poderosos talismanes, y tenía la gloria de haber cumplido la peregrinación a La Meca. Llevaba puesto un sencillo turbante verde. Usaba un espeso bigote, patillas y una barbita corta, todos canosos. El rostro, de tez oscura, era afable pero serio, grato pero digno. Los ojos eran

notablemente grandes, y cuando estaban fijos daban una impresión de profundidad. Llevaba una túnica larga, holgada, de grueso género de color pardo, que le llegaba hasta los tobillos. En el cuarto dedo de la mano derecha lucía un enorme anillo de plata, con una inscripción arábiga.

El omdeh, o intendente, de Luxor era el que me había llevado la invitación para asistir a la asamblea, insistiendo en que la aceptara. Nos habíamos encontrado en la calle, una tarde de calor sofocante; el jeque me había saludado con la frase árabe "que tenga usted un día feliz", cuando el jeque Abu Shrump llegó en su asno magníficamente enjaezado para hacerme una prometida visita y tomar el té conmigo. Pocos días más tarde fué a verme el intendente, llevando una invitación conjunta de parte de él y del jeque para concurrir a una reunión de medianoche de los derviches del distrito Karnak-Luxor.


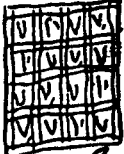


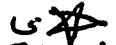
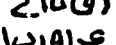
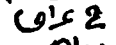




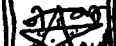



Fuí, por lo tanto, a la extraña reunión, en la que era el único europeo, y traté de olvidar la llamativa forma de mi ropa londinense.

El intendente me explicó que aquella asamblea era la primera que se celebraba en la región después de muchos años, y el jeque Abu Shrump añadió que las fechas de esas reuniones de los derviches se determinaban por las fases de la luna; que siempre se realizaban durante las noches de la luna nueva o de luna llena, porque esas noches eran consideradas particularmente sagradas.

—Esta no va a ser una asamblea ruidosa y vociferante —dijo el jeque—. Nosotros somos todas personas tranquilas que nos hemos reunido por amor a Alá.

Miré en rededor. En el centro del espacio abierto habían plantado un mástil en cuyo tope flameaba un gallardete rosado con una inscripción árabe bordada en oro. Beduinos y aldeanos se habían sentado en cuclillas alrededor del asta, formando un círculo perfecto. En un campo vecino había visto al pasar un variado surtido de animales atados que pertenecían a los más ricos de aquellos hombres, algunos de los cuales habían llegado, según me dijeron, desde localidades situadas a más de treinta kilómetros de distancia. No podían asistir más que los invitados.

La escena que se desarrollaba bajo el estrellado cielo africano era encantadora. Más de doscientas cabezas cubiertas de turbantes blancos formaban un gran círculo y se balanceaban delante de mí. Algunas de las cabezas eran de ancianos, canosas; otras de

بسم الله	بسم الله	
الاولى	والاولى	
ويسمى	بسم الله	هذا صفة
مراجله	بسم الله	حاجم اسمه
الاولى	هالاولى	المعزى الفخر
بسم الله	بسم الله	والله اعلم
بسم الله	بسم الله	كريمه
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	
بسم الله	بسم الله	

EL TALISMÁN ARÁBICO DEL JEQUE ARU SHRUMP

simples muchachos. Los lados de la plaza estaban bordeados de frondosas palmeras, cuyas hojas removía la brisa nocturna y cuyas negras sombras cruzaban el suelo; los otros dos lados estaban limitados por unas pocas casas cuadradas, rodeadas de abundantes enredaderas tropicales. Más allá estaban las tinieblas, los campos, las lomas, el Nilo y el desierto. Colaboraba con la luz de la luna y las estrellas una sola lámpara poderosa, suspendida en la galería, por encima de nuestras cabezas.

Al llegar la medianoche, uno de los derviches se puso en pie y cantó un versículo del santo *Corán* con voz clara y melodiosa. No bien hubo terminado de pronunciar la última palabra cuando le respondió un prolongado "No hay más Dios que Alá" cantado por doscientas gargantas.

Un niño, que no tendría más de seis años, aunque esta edad representa una madurez mucho mayor en el oriente que en el occidente, avanzó hasta el centro de la concurrencia, se instaló junto al asta y con toda su voz argentina cantó de memoria otros versículos del *Corán*. Luego le tocó el turno a un viejo barbudo que recorría lentamente las filas de asistentes, llevando un brasero de bronce con carbones encendidos en los cuales había echado unos puñados de incienso. Las fragantes nubes de humo llegaban flotando hasta la galería.

Luego se colocaron tres hombres frente a frente, rodeando el mástil, y comenzaron a canturrear una extensa salmodia religiosa que duró unos quince o veinte minutos. Se advertía el intenso fervor piadoso de sus corazones en el solemne acento de sus voces. Por último se dejaron caer al suelo, y otro hombre se levantó para proseguir el salmo. El nuevo oficiante eligió una canción favorita de los derviches que salió de sus labios con melancólica pasión. Los poéticos versos árabes expresaban el ardiente y anheloso amor a Alá que todo fiel derviche debe sentir. Al final las palabras eran gemidos quejumbrosos arrancados al corazón; gritos que reclamaban la presencia consciente de Alá, su creador.

"Mi unión parece muy lejana —cantó—.
¿Podré ver a mi amado algún día?
¡Ay! si tu distancia no arrancara
Mis lágrimas, no me quejaría.

En noches de congoja me quebranto,
La ausencia mi esperanza arrasa,

Como perlas corre mi llanto
 Y en llamas mi corazón se abrasa.
 ¿Habr  alguien más que sufra tanto?
 ¿Tendr  remedio mi agonía?
 ¡Ay! si tu distancia no arrancara
 Mis lágrimas, no me quejaría.

¡Eterno y primero te alabo!
 Concédeme tu favor.
 Para Amed El-Bacr  tu esclavo
 Sólo eres t  su señor.
 Por Mahoma y su gloria preclara
 No le niegues su alegría.
 ¡Ay! si tu distancia no arrancara
 Mis lágrimas, no me quejaría."

Cuando volvió a sentarse vi que muchos de los presentes estaban visiblemente perturbados por el ardiente anhelo que vibraba en la canción; pero el grave jeque que estaba a mi lado permaneció imperturbable e impasible.

A continuación toda la concurrencia se puso en pie y los tres primeros cantores, junto con el niño, iniciaron una lentísima marcha dentro del apretado círculo. A cada paso que daban movían la cabeza al unísono, primero de arriba abajo, luego a la derecha y luego a la izquierda, repitiendo la palabra Al , y estirándola lentamente: "¡A... l ...  ...  !"; la repitieron tantas veces que no pude contarlas. Extra an de una sola palabra toda una dulce y melancólica melodía. Los cuerpos se balanceaban hacia uno y otro lado con un ritmo monótono y exacto. Los doscientos hombres permanecieron completamente inmóviles, mirando y escuchando, durante más de media hora, mientras los derviches recorrían el círculo con un ritmo perfecto que ni una sola vez se alteró. Cuando finalmente los cantores se detuvieron, el paciente auditorio reocup  su lugar en el suelo polvoriento. Que los asistentes al acto gozaban con su desarrollo era completamente indudable.

Hubo a continuación un intervalo en el que les fueron servidas tacitas de café a todos los presentes; a mí el atento intendente orden  que me sirvieran el aromático *kerkadi*, una bebida caliente que se hace con las flores de una planta del Sudán. Es una infusión como la del t  pero tiene un sabor más acre.

El jeque Abu Shrum p no trató de explicarme el acto que se realizaba. Nos limitamos a mirarnos de tanto en tanto; él sabía que podía contar con mi simpatía, y yo, por mi parte, conocía

la dicha que experimentaba el hombre ante aquella invocación nocturna a la presencia de Alá. Se me ocurrió que en Europa y en América, en los salones de fiesta de las grandes ciudades, había otras reuniones en las que millares de personas escuchaban canciones, música, jazz. Pero escuchaban canciones en las que estaba ausente Dios; se divertían, es cierto, gozaban de la vida, ¿pero...?

Comuniqué mi pensamiento al anciano jeque, y por toda respuesta me recitó un versículo del *Corán*:

“Dentro de vosotros mismos hay signos para los hombres de fe firme; ¿no los miraréis? Piensa en Dios dentro de ti mismo, con humildad, veneración y silencio, de tarde y de mañana; y no seas de los negligentes. Dios dará respuesta solamente a los que le presten oídos”.

En aquel claro de luz amarillenta rodeado de un círculo de tinieblas, tratábamos de impulsar nuestros corazones hacia la adoración al poder supremo. Nombrábamos al que no tiene nombre, Alá; ¿pero quién, fundiéndose en esa tierna adoración, podría honestamente circunscribirlo con un nombre determinado, cualquiera que fuera?

Alcé la vista en silencio. Los titilantes planetas que pendían en el espacio atraían la mirada hacia arriba. Todos ellos poseían esa belleza sutil, intangible, de los grandes poemas; todos ellos evocaban en mí el turbador indicio de que yo no era más que un transeúnte en la superficie de la tierra, planeta que estaba a su vez envuelto en misterio, como la misma noche.

Bajé de nuevo la vista. El hambre de Dios se pintaba en todos aquellos rostros sinceros que tenía delante de mí.

Los derviches comenzaron una vez más su lento cantar: “No hay más divinidad que Alá”, inclinando dos veces la cabeza y el cuerpo a cada repetición de la frase. Cantaron al principio suavemente; después de un cuarto de hora aceleraron el ritmo del canto y de los movimientos, intensificando al mismo tiempo el tono de voz. Lo que había comenzado por ser un canto moderado se transformó finalmente en una serie de exclamaciones agudas y violentas. A medida que pasaba el tiempo se fueron excitando cada vez más; sus palabras parecían roncocos clamores, mientras que al mismo ritmo que sus voces hacían girar la cabeza y balanceaban el cuerpo manteniendo las manos cruzadas sobre el pecho. Sin embargo en ningún momento y de ninguna manera merecieron el título de “derviches aullantes”. El alto grado de

extático fervor que alcanzaron no fué nunca, de ningún modo, ofensivo, y se detuvo de pronto después de haberse agrandado y acelerado hasta llegar a un arrebatado crescendo.

Hubo un silencio absoluto, divino, muy impresionante por su contraste con el volumen del sonido que le había precedido. Luego hicieron otro descanso.

Volvieron a servir café y té, y el resto de la velada se desarrolló con características más apacibles. Los derviches cantaron en voz baja, reforzados a veces por el auditorio, cuyas doscientas gargantas repetían en cierto momento el nombre de Alá, elevando a los cielos una melodiosa y palpitante ofrenda cantada.

Cuando finalmente cayeron sobre la reunión los primeros rayos de la naciente aurora, los derviches callaron. Hubo una meditación final que llamaban "Por Alá y en Alá", y en la cual tomaron parte todos los presentes, y después la asamblea se dió por terminada. La luz del alba pintaba en el cielo delgados gallardetes rosados.

Un par de días más tarde el jeque Abu Shrump fué a tomar el té conmigo. Llevó una hoja rectangular de papel, que había sido doblada muchas veces formando un paquete. Me dijo que era un talismán, constituido de versículos del *Corán* y ciertos símbolos y hechizos mágicos. Me dijo, además, que el papel había sido preparado, junto con otras hojas, en aquella reunión nocturna de los derviches, oportunidad en la que había recibido la impresión, o influencia magnética, de las fuerzas superiores que fueron evocadas. Tenía escrito mi nombre, en árabe. Yo debía llevar el "papel mágico", como lo llamó el viejo jeque, en el bolsillo, cuando quisiese que alguna determinada actividad se viera coronada por el buen éxito, o cuando tuviese que ir a lugares donde previese la amenaza de fuerzas hostiles.

Me advertió, sin embargo, con toda franqueza y con cierta ingenuidad, que no debía usar el talismán cuando tuviese que entrar en relaciones íntimas con una mujer, porque en tal caso perdería temporalmente parte de su poder.

Aunque yo no le había pedido ese curioso obsequio, lo acepté con naturalidad esperando que todo fuera para bien.

Abu Shrump vivía en la aldea de Kurna, la más próxima al tético y desolado "valle de las tumbas de los reyes", y, como personaje distinguido del lugar, había recibido muchas veces la visita de Howard Carter, durante los numerosos años que este último

pasó excavando en la vecindad; ambos hombres se habían hecho grandes amigos.

Para ilustrarme sobre la eficacia del segundo poder de su "papel mágico", el jeque me contó que las tumbas excavadas solían ser la sede de terribles genios del más perverso carácter, que habían estado encerrados durante siglos en las tumbas; y que él, Abu Shrump, había extendido deliberadamente su poder protector a su amigo Howard Carter, para ampararlo de los genios hostiles. Destacó con relieve especial el hecho de que se hubiese librado Carter de la serie de muertes y desastres que persiguió a los demás miembros de la expedición arqueológica relacionada con la apertura de la tumba del rey Tutankamón.

Entre las restantes actividades del jeque Abu Shrump figuraba la práctica del curanderismo. Un día presencié una demostración. Fué a verlo un hombre con dolores reumáticos en el muslo izquierdo. El jeque le hizo unos suaves masajes durante un minuto, invirtió otro par de minutos en recitar una plegaria del *Coran*, y le dijo al paciente que pronto se le irían los dolores. Me tomé el trabajo de seguir la historia de este caso y descubrí que hubo realmente una disminución del dolor, aunque me resultó difícil averiguar si fué un alivio permanente o temporario.

El jeque me dijo que los secretos del arte derviche, tal como eran, se los había enseñado su abuelo, y que esos secretos venían por transmisión tradicional desde los mismos tiempos de Mahoma. "¡Bendito sea su nombre!", añadió el viejo con devoción.

CAPÍTULO XVI

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES MÁS FAMOSO DE EGIPTO

“Ex oriente lux!” (¡Del oriente, la luz!) dice el viejo proverbio, y las entusiastas investigaciones de los sabios talentosos y los fascinantes descubrimientos de los viajeros escudriñadores se han combinado para darle ampliamente la razón. Los occidentales nos enorgullecemos con justicia de nuestras conquistas, que “levantaron la tapa del mundo”, pero a veces nos alteramos un tanto cuando nos cuentan que un faquir medio desnudo ha realizado una proeza que nosotros no podemos ni igualar ni entender. Este hecho ocurre con suficiente frecuencia como para recordarnos que en los países situados al este y al oeste de Suez existen ciertos secretos antiguos y una añeja sabiduría, y que los habitantes de esos pintorescos países no son los paganos estúpidos y atrasados que algunos creen.

Me ha sugerido estas reflexiones el recuerdo de mis aventuras con el jeque Musa, el hombre que, en el imperio de las serpientes, gobernaba como un rey. He conocido encantadores de serpientes a montones en distintas partes del oriente, donde todavía están para los que quieran verlos, pero varios miembros de su cofradía me habían iniciado en las astutas artimañas y en los desilusionantes secretos de su arte, haciéndome perder el respeto a todos ellos, excepto a unos pocos. Conociendo los recursos de que echan mano para hacer impresionantes demostraciones con reptiles inofensivos, sin colmillos, se pierde el placer de compartir el asombro del público embobado, ya sea de nativos o de europeos.

Pero el jeque Musa no pertenecía a ese gremio. Él se enorgu-

llecía de ser un verdadero mago, en el antiguo sentido de la palabra, y de enfrentar, en nombre del profeta, toda clase de serpientes nada más que con el uso correcto de los viejos poderes mágicos. Nunca dejó de justificar su orgullo.

¿Qué occidental iría al desierto a buscar una serpiente entre las piedras y la arena, y a recogerla con la mano como quien alza un bastón? ¿Qué occidental se permitiría hacerse picar por una cobra recién cazada y quedarse mirando, con la sonrisa en los labios, correrle la sangre por el brazo herido? ¿Qué occidental podrá entrar en una casa y descubrir infaliblemente cualquier reptil hasta entonces inhallable, que estuviese oculto en un agujero, un mueble u otro escondrijo?

Yo he visto al jeque hacer todas esas cosas y muchas más, ejerciendo un dominio sutil sobre la más sutil de las criaturas. Con todo el tremendo adelanto de nuestros conocimientos científicos nosotros no podemos, o no nos animamos, a hacer lo que hacía ese oriental con impune indiferencia.

He visto en la India un encantador que llegó a una aldea llevando dos pequeños sacos al hombro. Exhibió ambos sacos a los aldeanos diciéndoles que en uno había ratas y en el otro serpientes venenosas. Metió la mano en este último, sacó un par de serpientes y se dejó picar varias veces en el brazo y en el cuello. Luego extrajo del otro saco una rata y la depositó en el suelo. El animal, aturdido, miró en torno y en ese momento las serpientes lo atacaron y lo mordieron en la cabeza. Un minuto más tarde la infortunada rata era cadáver, muerta por el veneno de las serpientes.

El nombre del jeque era la forma árabe de Moisés, y era una curiosa coincidencia que llevara el apelativo del gran patriarca que dejó atónitos al faraón y a su corte al tomar una serpiente por la cola y transformarla en una vara; al menos, si hemos de interpretar literalmente el relato del libro del Éxodo.

Musa vivía en la pequeña aldea de Luxor, donde me costó tan poco trabajo localizarlo como a él le costaba localizar las cobras y las víboras. Porque Musa no era solamente el encantador de serpientes más conocido de la región, sino que por ser Luxor uno de los sitios preferidos por los turistas, puede decirse que era el más conocido del mundo, ya que los turistas difundían su fama por todos los rincones de la tierra.

Musa no era de los encantadores de serpientes que se rodean

de un pequeño público en cualquier calle polvorienta y hacen marchar una cobra sin colmillos al son de una flauta. Por eso centenares de turistas visitaron a Luxor sin enterarse de su existencia, pero los pasajeros que vuelven siempre, año tras año, y llegan a conocer la localidad y sus habitantes, tarde o temprano se encuentran con él.

La profesión de Musa era en realidad, para la población indígena, la de caza-serpientes, no oficial, lo mismo que en algunas municipalidades europeas existen personas que ocupan el cargo no oficial de caza-ratas. Cuando se sospechaba la presencia de una serpiente en alguna casa de Luxor, o cuando aparecía fugazmente alguna en un cuarto o un jardín, el sobresaltado dueño de casa iba corriendo a buscar a Musa; el jeque descubría infaliblemente el escondrijo del reptil, ya sea que estuviese en una grieta de la pared, entre las vigas del techo o en un agujero del jardín, y ordenaba al animal que saliera. Por lo general obedecían; pero, si alguno se negaba, el encantador introducía la mano en el refugio sospechado y sacaba al reptil con la mano tomándolo del cuello. Luego lo ponía dentro de un canasto y se lo llevaba. Si un granjero veía demasiado a menudo serpientes en el campo donde pasaba su ganado, llamaba a Musa y se libraba del peligro. Del mismo modo, cuando los pocos hoteles de la localidad se disponían a reabrir las puertas para recibir a los turistas, en los meses de noviembre o diciembre, los gerentes mandaban a buscar a Musa para que hiciera una inspección completa del edificio, inspección que a veces se transformaba en una emocionante cacería, porque a las serpientes les gusta alojarse en las casas deshabitadas. Cuando Musa abandonaba el hotel, podía jurarse que no había quedado un solo reptil, tan eficaz era su labor.

La primera vez que estuvimos frente a frente, el jeque Musa el Huai y yo, y mientras él tomaba el té y las frutas que le había ofrecido, se congregó frente a la casa una multitud de unas cuarenta y tantas personas. Lo habían visto pasar caminando lentamente por la calle, llevando los útiles de su oficio, un bastón y un canasto redondo, y habían supuesto con razón que estaba a punto de entrar en servicio activo. La muchedumbre de ociosos y haraganes, que, al caer sobre el pueblo el terrible calor estival, ya no pueden o no quieren hacer nada, había olfateado algo interesante, algo que podía quebrar la monotonía de su estado semi-letárgico, y había procedido a seguir a Musa por las polvorientas

callejuelas que conducían a mi domicilio. Y se quedaron aguardando pacientemente a que volviera a salir su antiguo proveedor de diversiones.

Observé a Musa mientras descansaba en un crujiante sillón de mimbre. Era de corta estatura. Llevaba un sencillo turbante hecho con género blanco enrollado. Usaba una larga y pesada túnica de pelo de cabra, áspera, de color castaño oscuro, similar a la que se ponen los beduínos árabes, sobre otra túnica blanca flotante. En el pecho se veía un trozo triangular de la camisa blanca que llevaba debajo.

No debía de tener más de unos cuarenta y ocho años, aunque se le veían algunas arrugas en la cara y la frente. Lo primero que me llamó la atención fué una barba de una semana en el mentón, un bigote descuidado, sin recortar, y una nariz bulbosa; pero los ojos, de párpados gruesos y ligeramente húmedos, no me impresionaron especialmente. La expresión de la boca era agradable y revelaba buen carácter. Era evidentemente un hombre simple, inculto, de gustos elementales, por experto que pudiera ser en su peculiar profesión.

Dos grandes anillos de plata le adornaban la mano derecha y otros dos la izquierda. Por las inscripciones que tenían grabadas, comprendí que tres de ellos los llevaba porque los creía portadores de algún misterioso poder protector. El cuarto era un anillo de sello, con el nombre de Musa y una manifestación de confianza en Alá. Yo sabía que, como Mahoma era contrario al oro, sus devotos partidarios solían usar anillos de plata aunque pudieran comprarlos de oro.

Concluído el té, pusimos manos a la obra. Musa me propuso cazar una serpiente en cualquier sitio que yo eligiese, para que no pudiera decirse que la había ocultado previamente en un lugar preparado. Añadió que podía llevarlo a cualquier parte, que a él le era indiferente.

Elegí un espacioso jardín de una vieja casa de recreo, que estaba desocupada desde hacía unos doce años o más a causa de una disputa entre parientes acerca de quién era el verdadero heredero de la en un tiempo codiciada propiedad. Había estado deshabitada desde el fallecimiento de su dueño, lapso durante el cual numerosos pretendientes se ocuparon en tomar abogados y presentarse ante los tribunales para reclamar algo a que probablemente no tenían derecho. Entre tanto entraron ladrones que se llevaron

todos los muebles; techos y pisos fueron desguarnecidos y las paredes se resquebrajaron amenazando ruina; cuando la disputa llegue a su fin, ya no habrá casa que ocupar. De todas maneras, aquel sitio debía de estar convertido desde hacía rato, sin duda alguna, en un alojamiento gratuito, aunque sin amueblar, de serpientes, escorpiones, ratas y otros seres menos discutidores que los humanos. El jardín se extendía hasta el Nilo y estaba tan abandonado como un desierto; era suficientemente ruinoso como para atraer a todas las serpientes de Luxor. Musa quedó muy complacido con mi elección y nos pusimos en marcha, por consiguiente, hacia el teatro de sus próximas proezas. Los cuarenta y tantos gorriones andrajosos que aguardaban frente a la puerta se entusiasmaron tanto con la perspectiva del espectáculo que iban a gustar, que a pesar del nervante calor lanzaron dos o tres veces una exclamación en árabe cuyo equivalente más aproximado sería el de: "¡Viva el jeque Musa!"

Cuando llegamos al jardín, Musa insistió en disipar cualquier duda que pudiera quedarme —aunque yo no tenía ninguna y, por el contrario, lo consideraba palmariamente honesto— y se despojó de ambas túnicas, la exterior y la interior, quedándose en camisa y medias. El objeto de aquella inesperada exhibición era el de probar que no llevaba serpientes escondidas en los pliegues de las túnicas ni enrolladas en las piernas. En seguida le aseguré que la prueba me satisfacía ampliamente, y se volvió a vestir.

Musa se dirigió lentamente hacia una parte del jardín que estaba llena de escombros; llevaba en la mano un fuerte paló de palmera, de un metro de largo. De pronto se detuvo, y golpeó suavemente las piedras; al mismo tiempo hizo restallar la lengua y se puso a recitar con voz aguda y sin parar ciertas frases del *Corán*, mezcladas con encantamientos mágicos y conjuros dirigidos a un escorpión, a quien ordenaba que saliera.

—Debajo de esta piedra hay un escorpión —explicó, señalando un trozo de roca—. ¡Lo olfateé!

No salió ningún escorpión, por lo que Musa reanudó sus conjuros y encantamientos con un tono de voz más fuerte y perentorio. Esta vez logró su objeto, porque un escorpión de gran tamaño apareció. Musa se inclinó, lo tomó con los dedos y lo levantó, manteniéndolo en el aire para que yo pudiera examinarlo. Era un

bicho de color verde amarillento, de unos siete centímetros de largo. El aguijón, esa arma minúscula pero peligrosa que tienen en la punta de la cola, estaba entero y en perfecto estado. En la diminuta vejiga amarilla que iba unida al aguijón había probablemente suficiente veneno para causarle a cualquiera una muerte dolorosa. Y aunque el escorpión había levantado la terrible arma en actitud amenazadora, ni una sola vez la hundió en la carne de Musa.

—¿Está convencido? —preguntó el encantador—. Es bastante grande, pero a mí no me muerde. ¡Ningún escorpión me muerde, porque les he prohibido que me muerdan!

Se puso el animal en el dorso de la mano izquierda.

El venenoso insecto movió varias veces el aguijón, instintivamente, para atacar a su apresador, pero cada vez lo detenía bruscamente cuando estaba a medio centímetro de la piel.

Después, y para dar una nueva muestra de su poder sobre el escorpión, Musa lo depositó en el suelo. El insecto echó a andar por los escombros como si fuera a escapar, cuando de pronto el jeque le ordenó que se detuviera. ¡Y se detuvo!

Musa volvió a levantarlo y lo llevó hasta su canasto de mimbre, que era un gran recipiente redondo, de gran tamaño, de forma de un gigantesco tintero. Levantó la bien ajustada tapa, introdujo al escorpión en el canasto y volvió a cerrarla.

Proseguimos nuestra excursión en busca de caza más grande. Musa me aseguró que podría descubrir el escondite de una serpiente sólo con el olfato, explicación que no me pareció muy convincente. Sin embargo, el encantador volvió a detenerse en una parte del jardín más próxima al Nilo, lanzó una breve orden y golpeó con el bastón las raíces de un árbol. En seguida comenzó a pronunciar, con el mismo tono agudo y monótono de antes, una sonora serie de frases repetidas, ordenando a la serpiente que saliera de su agujero y conjurándola, por Alá, su profeta y el rey Salomón, a no resistir sus órdenes. Su actitud era de intensa concentración. De tanto en tanto volvía a golpear las raíces con el palo.

Pasaron dos minutos, pero no apareció ninguna serpiente. Musa estaba algo molesto y exasperado por la desobediencia a sus órdenes. Le temblaban los labios y la transpiración le corría en grandes gotas por la cara.

—¡Por vida del profeta! —me dijo, zurrando el árbol con el palo—. ¡Le juro que está ahí!

Murmurando para sus barbas, se inclinó hasta el suelo, y al cabo de un instante gritó:

—¡Atrás todo el mundo! ¡Viene una gran cobra!

En un abrir y cerrar de ojos todos los espectadores se despararon, alejándose a distancia prudente; yo, por mi parte, retrocedí un par de metros, sin quitarle la vista de encima al encantador, y observando atentamente todos los movimientos. Musa se subió la manga derecha de la túnica parda, examinó de cerca el suelo sobre el cual se había agachado, pronunció los encantamientos mágicos con redoblado vigor e introdujo valientemente la mano en un estrecho agujero que había localizado entre las raíces del árbol. Yo no podía ver a la serpiente desde mi puesto de observación, pero sin duda se había hundido más profundamente en su refugio. Porque, con una expresión de fastidio en el rostro, Musa retiró el brazo, enrolló la manga más alto y volvió a meter el brazo en la negra boca del agujero, esta vez casi hasta el hombro. En seguida lo sacó, trayendo aferrada con la mano una serpiente que luchaba y se retorció. Musa la había sacado violentamente, como si se tratara de un trozo de cuerda inofensiva y no del vehículo vivo de una horrible muerte.

La tiró al suelo, donde dejó que se enroscara un instante, e inmediatamente la tomó de nuevo por la cola. La serpiente se retorció hacia uno y otro lado, revelando una agilidad asombrosa, pero no pudo librarse. Musa la cogió a continuación del cuello, junto a la cabeza, y la levantó en el aire invitándome a que me aproximara a examinar la víctima de su arte. El reptil se balanceaba, siseando fuertemente y sin cesar, en un espasmo de furia por su captura, y sacaba y retraía su bifida lengua con la celeridad del rayo; pero Musa la mantenía con la firmeza de un torniquete. Cuando comprendió que no tenía escape, la enfurecida cobra se calmó un poco, aparentemente para ganar tiempo. En ese momento el encantador profirió un enérgico conjuro y aflojando la mano dejó que la serpiente se deslizara hasta el suelo. El animal se arrastró de aquí para allá sobre el polvo mientras Musa le volvía a poner la mano en la cola como medida de precaución.

La cobra tenía el aspecto ordinario de su clase, con su pintoresco uniforme verde y gris amarillento.

Me acerqué unos pasos y la estudié con interés. El capirote,

con el curioso dibujo semejante a un par de anteojos que caracteriza a la especie, seguía dilatado; y el cuerpo escamado desprendía un olor ligeramente nauseabundo. El animal tendría un metro y medio de largo y unos seis centímetros de ancho. Sus ojitos siniestros miraban al jeque con expresión maligna y sin pestañear. Este último canturreó un nuevo encantamiento, en el que puso toda su fuerza de mando y resolución. Señalando al reptil con el índice, le ordenó que le pusiera la cabeza en la mano, prohibiéndole al mismo tiempo que lo mordiera. La serpiente siseó, como si se resistiera, y sacó velozmente la lengua; pero lentamente, muy lentamente, sin dejar de mirar a su apresador, avanzó y cedió, por fin, a lo que parecía inevitable.

¡La cobra dejó de sisear y depositó suavemente la cabeza en la palma de la mano del encantador! Y así quedó, como un niño que apoya la cabeza fatigada, blanda y quedamente, en el regazo de la madre.

Era un espectáculo fantástico que no había visto jamás. Lo contemplé pasmado.

Quise verificar la autenticidad de la hazaña, comprobando si la serpiente era realmente venenosa. Conseguí una cuchara de sopa y le pedí a Musa que la introdujera en la roja boca del reptil; así lo hizo. Al oprimirla la cobra con la mandíbulas, los curvos colmillos expelieron repetidamente veneno. La cuchara de plata no tardó en llenarse de un líquido ambarino, espeso como la glicerina y parecido a la miel. Pensé con estupor que una o dos gotas de aquel veneno serían suficientes para matar a un hombre.

Como broche final, el jeque Musa recogió a la serpiente tomándola del cuerpo y con un solo golpe se la enrolló en el cuello, como si fuera una piel de mujer. La cobra ya parecía estar completamente sumisa y aceptaba su poco digna posición sin protestas visibles.

El encantador levantó la tapa del canasto y puso la cabeza del animal junto a la abierta boca del recipiente. Con una sola palabra le ordenó que entrara. Sin demora la cobra se deslizó hacia las profundidades del cesto, hasta que desapareció en su interior todo su extenso cuerpo anillado. Entonces debió de ocurrir algo, sin duda el encuentro con el escorpión que se hallaba en el fondo del canasto, porque de pronto la cobra comenzó a salir de nuevo, retrocediendo con violentas contorsiones y tratando de escapar. Una enérgica orden de Musa, un instante de vacilación, y volvió a

entrar en su redonda prisión. El jeque cerró y aseguró fuertemente la tapa.

¿Qué sucedería dentro del cesto? Me imaginé al virulento escorpión y a la mortal serpiente enredados en una lucha a muerte y me pregunté quién sería el vencedor. ¿O estarían pacíficamente tendidos en el fondo, uno junto al otro?

Musa me miró con expresión cansada pero triunfante. Su demostración había concluído.

En aquel momento nos rodeaba un enorme grupo de espectadores que se habían acercado lenta y gradualmente, a medida que el peligro disminuía y aumentaba su valor. La concurrencia original de cuarenta curiosos se había duplicado, porque las noticias corren en oriente con una velocidad incomprensible. Todos los presentes, entre los cuales había mendigos y señores, niños y niñas, y que estaban de pie o apoyados, o en diversas posiciones, dedicaron de común acuerdo una estruendosa ovación al victorioso encantador de serpientes.

—¡Alabado sea el jeque Musa! —vociferó tres veces el pintoresco coro.

* * *

Dos días más tarde, cuando volví de un breve viaje que había hecho por el Nilo, río arriba, para visitar a una anciana faquiresa ermitaña que vivía sola en una isla, encontré al jeque Musa sentado con las piernas cruzadas en la galería, aguardando pacientemente mi regreso. Me saludó con una sonrisa cuando me quité el casco protector y lo invité a pasar a tomar té. Me dió las gracias pero no aceptó el té, diciéndome que entraría solamente a conversar.

Una hora más tarde y como consecuencia de esa conversación, el encantador de serpientes me había aceptado como discípulo.

—Usted no es solamente mi primer alumno europeo —me dijo—, sino mi segundo discípulo.

Yo entendí perfectamente la alusión. Su primer alumno había sido su hijo menor, a quien había instruído durante varios meses para que lo sucediera y adoptara la profesión después de su muerte. Un día, cuando el muchacho hubo aprendido la secreta ciencia, Musa lo envió solo al desierto, por primera vez sin su compañía, diciéndole:

—Tu aprendizaje ha concluído. Ve ahora y caza tú solo tu primera serpiente.

El muchacho no volvió más; cuando el padre fué a buscarlo lo encontró muerto.

Estaba en el suelo doblado en dos, mostrando en el rostro y en el cuerpo las señas de la violenta agonía que precede a la muerte por mordedura de serpiente.

El padre lo explicaba diciendo que un encantador de serpientes nace, no se hace; vale decir, que debe tener una vocación innata a la profesión. El muchacho no la tenía, pero el padre lo había elegido por razones de conveniencia. Me dijo, sin embargo, que tenía otros tres hijos, y que cuando por su avanzada edad no pudiera seguir actuando, o cuando presintiera la proximidad de la muerte, iniciaría a uno de ellos para que ocupara su lugar.

Musa dió a entender que yo no era un discípulo profesional sino honorario, y tuve que prometerle que no ejercería la profesión de encantador de serpientes con fines lucrativos. No me aclaró muy bien la razón, pero yo deduje que él había recibido su propia iniciación con la promesa de no revelar los secretos a nadie, salvo a un miembro de su familia a quien debía elegir para instruirlo como sucesor. Al parecer, el objeto de esa medida era el de conservar el arte dentro de la familia, que así quedaba en una posición excepcional, lucrativa e influyente. Musa me explicó que su maestro había sido su propio padre, el jeque Mahmed, quien, a su vez, había sido instruído por su padre, el abuelo de Musa.

Acerca del mencionado abuelo me relató Musa otra anécdota, para ilustrar la importancia de que el encantador sepa dominarse cuando está frente a las serpientes. El abuelo había sido encargado, al finalizar una temporada veraniega, de limpiar de serpientes un gran edificio; hizo una buena "cosecha" y recogió todos los reptiles de la casa, menos uno, una víbora pequeña pero perversa, que había acampado en un agujero de la cocina y se negaba obstinadamente a salir. El encantador le exigió repetidas veces que saliera, pero sin resultado. Al fin perdió la paciencia, y en lugar de pronunciar una nueva invocación para hacer frente a la emergencia, gritó:

—¡Aunque no pueda encantarte para que salgas, lo mismo te atraparé!

Dicho esto, el abuelo de Musa metió la mano en el agujero y

trató de asir la víbora. Lo consiguió y la sacó, pero al hacerlo el reptil le mordió un dedo, inyectándole el veneno. La ponzoña se corrió; el brazo se hinchó enormemente y se puso negro. Pócas horas después el desdichado moría. La inmunidad, que lo había acompañado toda la vida en el ejercicio de su profesión, le faltó de pronto. Ese era el riesgo del oficio, dijo el jeque; pero todo era voluntad de Alá.

Era evidente que, debido a la frecuencia de los accidentes fatales, la carrera de encantador de serpientes no atraía en Egipto muchos reclutas. Sin embargo, en la India supe de muy pocos encantadores que hayan sido muertos por las serpientes. No obstante, el año pasado han caído no menos de veintiséis mil personas, del pueblo no iniciado de la India, víctimas de las mordeduras de serpientes venenosas, sobre todo cobras.

Musa propuso enseñarme la forma de alejar las mordeduras de las serpientes más venenosas. Se desnudó el brazo derecho hasta el codo y me mostró un brazalete de pana con siete portatalismanes, estuchecitos de cuero cerrados y cosidos, de unos seis centímetros cuadrados cada uno. Sus diversos colores formaban un conjunto llamativo, aumentado por los hilos de lana de colores con que estaban sujetos. Me explicó que cada uno de aquellos saquitos chatos contenía un papel con versículos del *Corán* y ciertos encantamientos mágicos.

—Siempre los llevo, como protección especial contra las serpientes peligrosas —me informó—. Estos talismanes han sido hechos según las doctrinas de la magia. A usted le hace falta uno; se lo voy a preparar. Primero le traeré el papel escrito, y luego le enseñaré su poder.

Le hice varias preguntas acerca de sus hazañas.

—¿Qué hace usted con las serpientes que caza, jeque?

—Las guardo hasta que se mueren. A mí me está prohibido matarlas, porque entonces perdería mi poder sobre ellas.

—¡Pero entonces usted debe tener en su casa todo un jardín zoológico! —eclamé.

El jeque rió.

—¡No, no! Yo cazo tres clases de serpientes. Las más chicas pelean en mis canastos con los escorpiones y generalmente pierden. ¡Y como son los escorpiones los que las matan, yo no tengo la culpa!

Aquella lógica me pareció demasiado artificiosa, y me pregunté

si no intervendría el ángel vengador del reino de las serpientes.

Musa me explicó que él no podía tomarse la molestia y asumir la responsabilidad de soltar de nuevo a las serpientes; por otra parte, si las soltaba, no volverían jamás. Sin embargo, en algunos casos las soltaba en el desierto.

—Al cabo de tres o cuatro días las serpientes perversas y de mal carácter suelen enfurecerse; giran en redondo y se muerden a sí mismas, suicidándose por lo tanto. Las serpientes buenas, de gran tamaño, las dejo morir de muerte natural, de hambre. Luego, en ninguno de los casos soy yo quien las mata.

—¿Con qué poder las encanta para que salgan de sus guaridas? ¿Es una especie de hipnotismo?

—No precisamente. Por el honor del islam, sólo puedo decirle que se trata de un poder que se transmite de maestro a discípulo en la iniciación. Para dominar a las serpientes no basta pronunciar las invocaciones. Los talismanes, las oraciones y las órdenes son todos necesarios y muy útiles, como también la invocación secreta que es comunicada al discípulo para ser usada sólo mentalmente, pero el poder principal para encantar a las serpientes proviene de esa fuerza que le transfiere el maestro al alumno. Lo mismo que un nuevo sacerdote de la iglesia cristiana se considera que recibe cierta gracia cuando el obispo le pone las manos sobre la cabeza en la ceremonia de la ordenación, del mismo modo el discípulo recibe el poder sobre la serpiente de manera invisible. Esa fuerza es la que realmente le permite someter a las serpientes.

Después me dijo el jeque que él era en realidad miembro de cierta orden de derviches especializados en serpientes venenosas, y que esa orden era la única tribu real de magos que usaban poderes místicos para dominar serpientes. Esos derviches habían sido numerosos en Egipto hasta hacia un siglo más o menos, pero casi habían desaparecido en el Egipto moderno. Los encantadores de serpientes comunes no eran iniciados de esa orden de derviches y debían limitarse, por lo tanto, a trabajar con serpientes inofensivas, o recurrir al uso de ciertas substancias protectoras de la piel u otros métodos inferiores.

Musa me explicó que se proponía transmitirme cierto grado de ese poder místico, el suficiente para inmunizarme a la mordedura de las serpientes más mortíferas y de los escorpiones más peligrosos. Esto, unido con el texto de ciertas invocaciones, públicas y secretas, que me comunicaría, y con el prometido talismán escrito,

constituiría mi iniciación en la referida orden derviche. Pero yo debería cumplir sus detalladas instrucciones, que me daría en el transcurso del adiestramiento; también debía seguir respetando el nombre de Alá y el de su profeta Mahoma. Convine en hacerlo.

Otro requisito extraordinario, aunque corriente en todas las iniciaciones de los yoguis y los faquires del oriente, era el de que durante los siete días anteriores al día que le sería transmitido el poder, el discípulo debía recluirse y vivir solamente de un poco de pan y agua. Debía además dedicar esa semana a la oración y la meditación, desinteresándose de toda preocupación e interés mundanos.

El jeque afirmaba que ese poder secreto, junto con la invocación secreta, habían sido transmitidos por tradición desde los días del rey Salomón, por quien Musa parecía tener una veneración exagerada. Respecto a esto, no era él el único; porque, según he podido advertir, muchos faquires egipcios parecen considerar a Salomón como el primero y más grande de los faquires, maestro supremo de sabiduría oculta y verdadero mago de poderes ilimitados.

* * *

A su debido tiempo quedaron completados los preliminares; el jeque me comunicó una "palabra de poder" árabe, secreta, que, afirmaba, influía en las serpientes cuando la pronunciaba mentalmente una persona adiestrada; también me trajo el prometido talismán. Era una hoja de papel cubierta de escritura árabe, en su mayor parte encantamientos mágicos y versículos del *Corán*. Luego me trajo el estuchecito de cuero en el que quería que guardara el talismán después de haberlo usado un par de días; él mismo lo cosería. Era un hermoso saquito de badana roja, con unas líneas diagonales cruzadas, grabadas a fuego en uno de los costados. Una larga madejita de hilos de lana retorcidos, rojos, verdes y amarillos, atravesaba uno de los bordes del estuche formando un lazo que servía para sujetar el estuche a la ropa.

—Puse su nombre en el talismán —observó Musa—; por lo tanto, sólo podrá serle útil a usted, y sería inútil para cualquier otro. Cuando lo haya cerrado y cosido, llévalo siempre bajo la camisa, junto a la piel, y tenga cuidado de no perderlo; porque si lo pierde no lo encontrará jamás. Entretanto, lleve el papel doblado en pequeños pliegues.

Sin alharacas ni ceremonias, fuera de una imposición de manos y una extensa invocación cantada, se cumplió la transmisión final del poder místico. En adelante yo estaría inmunizado contra escorpiones y serpientes, afirmó Musa. La iniciación quedaba sujeta todavía a la prueba experimental, aunque Musa reconocía que la inmunidad sólo duraría dos años, al cabo de cuyo lapso tendría que volver a buscarlo para obtener una renovación del poder transmitido.

CAPÍTULO XVII

MI INICIACIÓN COMO DERVICHE ENCANTADOR DE SERPIENTES

Ejecuté previamente una especie de introducción de mi verdadero entrenamiento de encantador, aprendiendo de memoria las invocaciones de los Rifa-i y practicando luego con varias clases de serpientes inofensivas. Estas últimas, con todo, sabían morder y me mordían con bastante entusiasmo.

La impresión de ser mordido era sumamente desagradable, algo así como sentir la piel atravesada por un anzuelo. Sin embargo, las heridas eran en realidad superficiales y libres de todo rastro de ponzoña. El paso siguiente fué el de manejar serpientes venenosas a las que les fueron extraídos los colmillos. También a estos miserables reptiles les gustaba morder a un simple novicio como yo, hasta que llegó el momento en que mis encantamientos parecieron realmente surtir efecto y en que adquirí tanta confianza que pude experimentar la sensación de que mi voluntad se imponía victoriosamente sobre la voluntad de las serpientes. No tardé en descubrir que la fe valerosa, la concentración del pensamiento y la incesante fuerza de voluntad desempeñaban un papel muy importante en la tarea de hacer más sumisos a esos animales.

Continué mi adiestramiento yendo al desierto con el jeque, allende el Nilo, a cazar serpientes venenosas con todos sus colmillos. Musa capturó dos, una gran cobra de hermosa piel verde con rayas amarillas y un reptil más chico y delgado con una cabeza de forma de rombo y una serie de rombos a lo largo del lomo. Las llevamos triunfalmente a Luxor, convenientemente encerradas en el cesto.

Tomamos posición en una parte descubierta del jardín. Musa levantó de pronto la tapa y metió la mano en la canasta, exclamando:

—Empieza la primera lección. ¡Tome esta serpiente!

Y me tendió la cobra, que movía la cabeza de un lado para otro. Lo repentino de la orden me sobresaltó. Nunca me había acercado deliberadamente a una serpiente sin protección, y mucho menos había tratado de tomar una en la mano. Vacilé.

—¡No tenga miedo! —dijo el jeque, dándome ánimos.

Instantáneamente comprendí que aquella experiencia era una prueba. Las ruedas de mi cerebro giraron con velocidad de expreso. Vacilé de nuevo. ¿Y quién no vacilaría en tomar una mortífera cobra recién cazada, que podía provocar una muerte precedida de la más terrible agonía? Y entonces comprendí, como si hubiese mediado una intercomunicación telepática del pensamiento entre mi maestro y yo, que admitir el miedo a la serpiente en aquel momento crucial podía significar mi fracaso en la prueba y, quizá, la renuncia a mi sueño de ser encantador de serpientes. La situación exigía una decisión inmediata, por la aceptación o el rechazo; la primera, evidentemente, era indispensable para continuar el misterioso tráfico con la tribu de las serpientes.

Muy bien, me dije mentalmente. Morir ahora o después... ¡*malisch!* (¡No tiene importancia!) Estiré el brazo y así el redondo cuerpo anillado de la cobra. En lugar de experimentar una impresión fría y viscosa, descubrí con sorpresa que el contacto me producía una sensación nada desagradable.

La serpiente alzó de golpe la cabeza para mirar a su nuevo apresador. Nuestras miradas se cruzaron. El reptil suspendió sus movimientos y quedó en una actitud vigilante, inmóvil y fijo como un palo.

Nuevamente me atravesó esa sensación de miedo, natural e inevitable; pero fué fugaz como un relámpago. Inmediatamente retomé mi resolución de seguir adelante hasta el final, costara lo que costare, resolución a que me aferré en lo sucesivo con implacable determinación.

Musa me miró y sonrió entusiasmado.

—¿Ve? Usted ahora la domina —anunció con orgullo.

Era prematuro decir si la serpiente aceptaba completamente la situación. La especie de las serpientes no ganó gratuitamente la reputación de astuta y traidora; yo no creí que una primera victo-

ria significase haber ganado la guerra. Como novicio que era, me faltaba esa completa certidumbre interior tan admirable en un hombre como mi maestro.

La cobra comenzó a balancearse con movimientos flexibles. Se retorció a uno y otro lado, manteniendo siempre vueltos hacia mí la siniestra cabeza y su funesta mirada, y apuntándome continuamente con la lengua. De tanto en tanto emitía un siseo que resonaba como una sibilante respiración humana.

Aquél era un animal proscrito que no sabía, no podía saber, lo que significaba la misericordia; que estaba en guerra despiadada con el mundo; que, como ismaelita, entendía perfectamente que vivía en una clase aparte, que era el enemigo odiado de todo el resto del reino animal, y también de casi toda la raza humana.

La serpiente acercó la cabeza cada vez más a la mía, y yo pensé que mi segunda prueba era inminente. No soy un enamorado de la vida, y no dudo que la muerte abre otra puerta; pero prefiero consumir mi fuerza vital en una buena causa. Musa me quitó la cobra de la mano y la puso en el suelo. Yo ya no quería tenerla más, no quería seguir aferrando ese cuerpo liso que se contorsionaba entre mis dedos; pero me sentía extrañamente fascinado por ella, y satisfecho de haber podido examinarla tan de cerca. Ahora serpenteaba delante de mí, a unos cuarenta centímetros de distancia, la cabeza y la parte anterior del cuerpo erguidos en el aire más o menos a igual distancia del suelo; continuaba vigilándome atentamente.

Le devolví la mirada, meditando sobre la mortífera potencia de su minúscula boca. En aquella amenazante abertura se concentraba todo el peligro de la serpiente, lo mismo que todo su misterio parecía concentrarse en aquellos ojos sin párpados, de mirada fija.

La picadura de una cobra egipcia inyecta en el cuerpo un veneno que paraliza rápidamente los nervios, atrofiando o destruyendo el sistema nervioso. Viene luego, inevitablemente, un síncope cardíaco o la imposibilidad de respirar.

Me pregunté silenciosamente qué disposiciones había tomado la naturaleza para dotar a las serpientes de ese poder de vida o muerte. Finalmente le pedí a Musa que me dejara examinar el interior de la boca de la cobra. Accedió inmediatamente, y tomando al reptil por el cuello le introdujo un palo en la boca, descubriéndome su desconocida anatomía.

El interior de la boca era de un color rojo vivo, que contrastaba

notablemente con el verde y amarillo opacos de la piel. No pude menos que sentirme impresionado por la alta eficiencia del mecanismo mordedor que tenía a la vista. Los ganchos dentarios que hacían de colmillos estaban implantados en el mismo frente de la mandíbula, uno en cada esquina, ajustados sobre la mandíbula superior. Por los movimientos de la boca con los que el reptil trataba de librarse del palo, que lo irritaba aguijoneándole el paladar, descubrí que esos dos dientes ponzoñosos no estaban insertados de forma inmóvil en la mandíbula; por la acción de cierto músculo podían articularse hacia adelante hasta quedar semierectos, y luego volver a su lugar. No recuerdo ninguna otra especie animal que tenga dientes móviles.

Los colmillos activos estaban embutidos dentro de una membrana mucosa y tenían detrás otros colmillos de reserva. A ambos lados de cada colmillo había una bolsita dentro de la cual se secretaba el veneno. La glándula que alimentaba las bolsitas funcionaba probablemente con el mismo principio que nuestras glándulas salivales.

Otro detalle relativo a los colmillos es que eran huecos. Se podría establecer una similitud entre esos colmillos y las agujas de inyecciones. La cobra clavaba los dientes en la carne de la víctima y comprimía simultáneamente los músculos de los saquitos venenosos haciendo correr el líquido por el canal de los colmillos e inyectándolo en la herida; del mismo modo que se clava la aguja y se impulsa la droga de la jeringa.

El jeque me sugirió a continuación mi segundo experimento: que ordenara a la serpiente echarse a dormir; experiencia que serviría al mismo tiempo para comprobar la eficacia del talismán, que era esencial en esa prueba.

Soltó a la cobra, y se hizo a un lado. El reptil me hizo frente inmediatamente, clavándome la mirada de sus ojos negros, brillantes y fijos. Comencé por poner a prueba su atención caminando lentamente en rededor de ella hasta completar un círculo entero. La cobra movió la cabeza y el cuerpo en una perfecta sincronización con mis pasos. Ni por un solo instante quitó la vista de mis ojos.

Mis movimientos probablemente la fastidiaron, porque se irguió un poco más, levantando la cabeza achatada, siseando con fuerza y furor, sacando la negra lengua filiforme y expandiendo la regia toca. Tuve la impresión de que las cobras expandían el cuello,

formando una curva elíptica tan perfecta como la de un paraguas, para aterrorizar a sus víctimas. Los pavorosos anteojos dibujados en el dorso del cuello dilatado acentuaban el efecto.

Yo sabía que aun sin arrojarse sobre mí para mordirme y poner en peligro mi vida, la cobra podía simplemente lanzarme un pequeño rocío de veneno en los ojos, lo que suele ser el objetivo habitual de ciertas serpientes de esa clase, para producirme una ceguera perpetua.

Puse en tensión mi voluntad y traté de imponerla a la serpiente. “¡Duérmete!”, le ordené mentalmente. Luego me acerqué unos centímetros más, teniendo el talismán en la mano derecha, y siempre dándole mi orden silenciosa. Cesó el siseo, la toca se contrajo, el balanceo se hizo más lánguido, y la cobra perdió la majestuosa postura que había mantenido hasta entonces. Doblé la hoja de papel formando un techo a dos aguas, y se lo puse a la cobra en la cabeza. La serpiente se desplomó casi en seguida, y tuve que volver a colocarle en la cabeza el talismán que había desplazado. Finalmente quedó tendida en el suelo en forma de ese.

Después ya no se movió más y permaneció rígida. Si estaba realmente dormida, o sumida en un trance hipnótico, o despierta y atenta pero sometida irremediamente a la “magia” del talismán, es una cuestión que no me tomé la molestia de determinar.

Así terminó mi primer esfuerzo como encantador de serpientes.

* * *

En varias otras oportunidades Musa y yo realizamos breves expediciones de caza para capturar miembros de la tribu de las serpientes. Yo no podía descubrir su paradero, pero Musa los recogía en distintos puntos del desierto, o en los sitios menos frecuentados de la ribera del Nilo, con asombrosa celeridad. El jeque pretendía que los olfateaba, don que yo nunca adquirí porque, según él, hacía falta un adiestramiento de uno o dos años para llegar a ser un encantador de serpientes completo, provisto de todos los requisitos profesionales.

A veces las serpientes siseaban y hasta escupían a Musa cuando les mandaba salir; pero al final siempre cedían y se deslizaban mansamente en sus manos. Pero en una ocasión se produjo un accidente.

Habíamos cazado una víbora cornuda que nos dió trabajo desde un comienzo. Cuando por fin tratamos de inducirla a que entrara

en el canasto, al parecer interpretó mal un movimiento del jeque tomándolo por un ademán de ataque (porque hay serpientes que son sorprendentemente nerviosas), y contraatacó en defensa propia. Con la velocidad del rayo cerróse la boca sobre el brazo derecho de Musa. Al instante brotó la sangre. El flujo de rojo líquido aumentaba con velocidad creciente; me apresuré a atar la herida con un pañuelo para restañarla, mientras me preparaba a tomar aquellas medidas que el jeque me indicara. Yo esperaba que Musa hubiese hecho testamento y que algún pariente se encargara de la mujer y los hijos.

Pero él se limitó a sonreír.

—*Malisch!* —murmuró—. ¡No tiene importancia! La víbora no puede herirme. Esta no es más que una mordedura de los dientes, no de los colmillos.

Yo estaba atónito.

—A ninguna serpiente le está permitido mordirme con los colmillos envenenados —añadió el jeque—, pero a veces recibo una dentellada de los dientes comunes. Ya me ha sucedido otras veces y no me preocupa.

Era cierto; el jeque era impenetrable a las mordeduras de los reptiles, por venenosas que pudieran ser para otros. Y para probarlo Musa obligó a la serpiente a que abriera la boca y le puso un dedo debajo del colmillo ponzoñoso. En cualquier momento, si lo quisiera, podía el reptil hundirle el diente en la carne y martarlo. Pero los colmillos no se movieron y al cabo de un instante Musa retiró el dedo ileso.

Al día siguiente no había inflamación y la herida del brazo estaba casi curada.

A menudo me citaron casos de colmillos extraídos que habían presenciado mis informantes. Aunque la preocupación por la verdad de estos últimos sea digna de encomio, relacionar esos ejemplos con nuestras cobras habría sido llevar la credulidad a límites intolerables.

En cuanto a los dos años de inmunidad que Musa pretendía haberme conferido, sólo puedo decir que he manejado varias veces cobras mortíferas y víboras venenosas, y hasta me las enrollé en el cuello, sin que nunca me hayan atacado; ni una sola vez. Casi las adopté como animales favoritos, tanto me habían interesado. Pero Musa me previno, con respecto a los escorpiones, de que la variedad negra era maligna y desobediente, pudiendo, por lo tanto,

EL EGIPTO SECRETO

fallar mi poder; y que siempre existía un cierto riesgo de que me encontrase con alguna serpiente del mismo carácter. Me dijo que podía reconocer las serpientes peligrosas pronunciando primeramente la "palabra de poder" secreta antes de abordarlas. Si la serpiente la desconocía y no cesaba en sus movimientos, debería dejarla, porque sería una serpiente completamente maligna que podía rebelarse y matar.

Cierto tiempo después tuve la oportunidad inesperada de enfrentar un escorpión, cuando separándome del jeque proseguí mi viaje hacia el sur de Egipto. Dedicué algún tiempo a realizar unas investigaciones en el magnífico templo antiguo de Edfu, y como habían desaparecido los escalones, me tomé el trabajo de saltar por un agujero del piso en un pequeño cuarto contiguo al santuario. Había que andar con cuidado por esos subsuelos ruidosos porque eran lugares que gozaban de la preferencia especial de las serpientes. Cuando llegaba la época en que debían mudar de piel, se insinuaban en las estrechas grietas de la mampostería que les comprimía y raspaba el cuerpo quitándoles la piel vieja. Les gustaba, además, la soledad, la oscuridad y la frescura de aquellos viejos refugios y, por lo tanto, también se reproducían allí frecuentemente.

Trepando por un túnel sumamente angosto que estaba cubierto de una espesa capa de polvo multiseccular, pasé a otro corredor tenebroso y llegué por fin a una baja cripta subterránea. Advertí en seguida que había sido usada para las prácticas de la iniciación en los ritos claustrales de los antiguos misterios. Estaba oscura como boca de lobo y tuve que recurrir a la luz de una linterna eléctrica de bolsillo.

Examiné minuciosamente la cripta, y cuando concluí me volví para entrar de nuevo en el corredor. De pronto surgió un monstruoso escorpión amarillo que saliendo de una grieta de la obra de sillería corrió hacia mis pies. Los escorpiones tienen una marcada predilección por las criptas subterráneas de las ruinas antiguas. Debido al embaldosado roto, a las tinieblas que me rodeaban y a que el pasaje era muy bajo de techo, no podía moverme libremente ni con rapidez. Me quedé, entonces, donde estaba, y apuntando con el índice al ponzoñoso insecto, pronuncié en voz alta la "palabra de poder" y le ordené perentoriamente que se detuviera. Musa me había advertido que debía proferir la invocación:

(como por otra parte todas las invocaciones mágicas) con la mayor fuerza y concentración mental que pudiera.

¡El escorpión se detuvo inmediatamente, como si de pronto se hubiese topado con una barrera!

Y se quedó inmóvil en el mismo sitio, intimidado, sin osar moverse ni hacia adelante ni hacia atrás, mientras yo reanudaba mi marcha hacia la libertad.

¡El infortunado escorpión debe de estar todavía allí, en el mismo sitio, esperando la orden que suspenda su inhibición!

Algunas veces solía divertirse Musa acercándose a un árbol donde sabía que había un escorpión escondido, y le ordenaba que descendiera. Después de una pausa más o menos larga aparecía invariablemente un escorpión en el árbol y saltaba sobre el turbante del jeque.

En cierta ocasión, discutiendo los poderes místicos de los derviches Rifa-i, encantadores de serpientes, traté de que Musa definiera su exacta naturaleza, que él debía conocer por su larga experiencia. Lo único que pudo, o quiso, decirme fué lo siguiente:

—Las serpientes se rinden a nosotros únicamente por el poder de Alá. Ellas confían en nosotros porque a nosotros nos está prohibido matarlas por nuestra propia mano. Y nosotros no traicionamos su confianza. Nuestras invocaciones contienen siempre algunas frases del santo *Corán*.

No creo traicionar ningún secreto al publicar el encantamiento usado por los derviches Rifa-i, en cuya orden fuí iniciado, porque es el que se canta en público y ha sido escuchado, sin duda, en su sonora y poética forma arábica original, por centenares de personas no iniciadas.

Puesto que la mera expresión del pensamiento es lo que influye, no veo por qué no ha de ser igualmente efectiva la traducción inglesa de las palabras; aunque el encantamiento por sí solo es difícil que pueda inducir a una serpiente a que salga de su escondrijo, o a que apoye la cabeza en el regazo de nadie. Las frases dicen así:

“¡Oh, tú, serpiente! ¡Sal! ¡Te conjuro por Alá, si estás arriba o si estás abajo, sal afuera!

”Nadie puede vencer a Alá, y sobre él nadie prevalece. ¡Oh, amparo de mis horas de apuro! ¡En nombre del santo lugar y del santo libro, te conjuro a que salgas!

”En nombre de aquel cuyo resplandor abrió de par en par todas

las puertas, sal y sométete a la alianza. Yo soy el dueño de la palabra.

"En el supremo nombre del maestro de toda ayuda. Te exhorto, con la autorización de mi jeque y del maestro de mi fraternidad, Ahmed el Rifa-i. ¡Sal!

"En nombre de Salomón el sabio, que tiene el dominio de todos los reptiles. ¡Escucha! Alá te lo ordena. ¡Sal, oh serpiente! ¡Sal! La paz sea contigo. No te haré daño."

* * *

Después de separarme del jeque Musa, no pude menos que pensar más de una vez que detrás de las doctrinas y las prácticas de los derviches Rifa-i subsistía un residuo de algún antiguo culto a las serpientes, que se remontaba probablemente a una antigüedad incalculable. Yo sabía que Musa, como buen mahometano que era, lo negaría enérgicamente; en realidad, una vez encaré el tema, pero él eludió la cuestión respondiendo que no había más Dios que Alá. Cuanto más insistía yo en el asunto, tanto más subrayaba él la supremacía de Alá, hasta que comprendí que el hombre no podía o no quería aprehender claramente mi planteo, y tuve que abandonar por fuerza la cuestión.

Reuniendo lo que había averiguado sobre los encantadores de serpientes de toda laya; comparando las pruebas del culto a las serpientes que había visto practicar abiertamente en la India con el que sabía que se había practicado abiertamente en el antiguo Egipto, y estudiando mis propias reacciones modificadas a la tribu de las serpientes que experimenté desde el memorable día de mi iniciación, me vi finalmente obligado a inferir que mi suposición era exacta. Cuanto más reflexionaba sobre él asunto tanto mayor era el número de pruebas que podía clasificar en mi mente para demostrar que aquella extraña ciencia no era más que una supervivencia de una de las primitivas religiones del continente negro.

Porque yo había notado un cambio gradual pero drástico en mi actitud personal hacia el mundo de los reptiles. Ya no miraba a todas las serpientes con esa aversión tremenda, irreprimible, que me producían anteriormente, ese horror que aflora espontáneamente en el corazón de todos los seres humanos normales. Ya no veía en todas ellas enemigos temibles e implacables de todos los demás seres vivos. Ya no las temía a todas ellas como a rastreras encarnaciones de la perfidia y la falacia. Por el contrario, lenta

pero cada vez más había llegado a sentir una peculiar admiración a la reluciente y sinuosa belleza de sus cuerpos y al porte gracioso de sus cuellos enhiestos, una extraña fascinación por su innegable y fantástico misterio, y un sutil sentimiento de piedad hacia ellas. Ese cambio no era algo que yo hubiese buscado, sino algo que había surgido imperceptiblemente y por su propia decisión.

Es un contraste impresionante el hecho de que en todos los países cristianos la serpiente simbolice únicamente al mal, o al mismo diablo, en tanto que en casi todas las civilizaciones antiguas y en la mayoría de las escasas culturas primitivas que subsisten actualmente, como las del África central, se distinguían y distinguen dos especies de serpientes, las divinas y las perversas.

En toda el África, en toda la India, entre los druidas y en muchas partes de Centroamérica donde resonaron los ecos de la Atlántida, existió realmente el culto a las serpientes como una verdadera realidad. Las kilométricas paredes del gran templo azteca de Méjico estaban decoradas con serpientes esculpidas.

Los dravidas, que eran los pueblos aborígenes de la India de piel negra, y que actualmente han sido echados en su mayor parte hacia el sur, consideran a la cobra y especialmente a la variedad de los anteojos como seres divinos, y vacilan en matarlos, aunque matan sin pena a todas las demás serpientes. Hay hasta sacerdotes que mantienen en los templos cobras, privadas de los colmillos, las alimentan con leche y azúcar y les profesan ceremoniosa adoración. Esas serpientes se vuelven muy dóciles y salen presuntamente de sus guaridas del templo cuando oyen los sonos de la flauta. Cuando se muere alguna, la envuelven en un sudario y la creman, como si fuera un cuerpo humano.

Hay muchos campesinos, tanto en el norte, el sur, el oeste o el centro de la India, que encuentran una gran satisfacción en adorar la imagen de una cobra de toca, o en poner alimentos junto a los agujeros donde se aloja una cobra viva, porque la consideran como el vehículo corpóreo de un poder superior, un espíritu que debe ser honrado y venerado. Esta noción les llega por la vía de las más antiguas tradiciones de su patria, y ellos la aceptan sin discusión, como aceptan tantas otras nociones raras. No adoran a ninguna otra especie de serpientes.

En el sanctasanctórum de muchos templos, sumido en la obscuridad o iluminado por la más débil de las lámparas, y cuyo umbral no puede pisar ningún hombre de otra religión, aparece la figura

esculpida de una serpiente, enroscada en la base del altar e irguiendo la toca. Volviendo al África del sur: los zulúes que viven lejos de las ciudades y no han recogido las ideas de las civilizaciones, cuando entra una serpiente en una casa o choza, creen que es el espíritu reencarnado de un pariente muerto. Por consiguiente, no la matan, y tratan sólo de expulsarla, recurriendo generalmente al médico brujo, que a menudo combina la práctica del encantamiento de serpientes con sus muchas otras actividades.

Varias veces, al mirarle los ojos a una cobra, he pensado en esa fantástica creencia zulú. Pese a su fijeza misteriosa y desconcertante, recibí más de una vez la extraña e indescriptible impresión de que detrás de aquella mirada había una inteligencia casi humana.

Una vez, cuando me enrollé en el cuello por no más de un minuto un ejemplar de serpiente particularmente grueso y excepcionalmente grande, experimenté de pronto la sensación de que mi mente se alejaba de su terrenal ambiente, sobreviniendo un estado psíquico desconcertante. Sentí que perdía las ataduras físicas y que se abría el mundo espiritual interior. Me pareció que partía de esta bola giratoria de tierra y agua en dirección a una esfera tenebrosa, espectral, sobrenatural, cuya atmósfera era decididamente maligna. No me gustó la idea de caer en ese estado y perder el dominio de las cosas, teniendo la muerte pavorosa tan cerca de mi cara; dejé caer la serpiente al suelo con suavidad. Inmediatamente volvió mi conciencia a la normalidad y se concentró de nuevo en el mundo físico familiar que me rodeaba. Eso sucedió una sola vez, pero fué una experiencia inolvidable.

¿Había percibido yo el estado de conciencia de la serpiente, que funcionaría en dos mundos a la vez, siendo uno de ellos un infierno de horrores? ¿Quién lo sabe?

En una selva del sur de la India me encontré inesperadamente con un espectáculo fantasmagórico: nada menos que una asamblea de cobras. Estaban reunidas en círculos, con el cuerpo majestuosamente erguido. ¿Qué estarían discutiendo esas cabezas de toca? ¿Qué misteriosos secretos se estarían comunicando? Pero debo confesar que abandoné aquel espectáculo y huí. En aquel entonces una cobra, una sola, era algo bastante desagradable; una multitud de ellas era más de lo que puede aguantar la sensibilidad humana.

En los monumentos esculpidos y pintados del antiguo Egipto

las serpientes aparecen a cada paso. En el arquitrabe del gigantesco pilón de entrada del templo de Amón-Ra, en Karnak, se yerguen dos magníficas cobras de piedra, dos esbeltas imágenes de la elegancia. No lejos de allí el pequeño templo de Osiris está lleno de apretadas filas de serpientes esculpidas. Al otro lado del río las paredes de casi todas las tumbas reales del valle de los muertos, donde las momias marchitas yacen profundamente sepultadas en las colinas de Tebas, atestiguan con sus pinturas el importante papel que desempeñaron las serpientes en la primitiva religión y el primitivo pensamiento de Egipto. Muchas representaciones de las ceremonias públicas de los templos en todo Egipto demuestran exactamente lo mismo. Finalmente, las capillas donde se realizaban los ritos secretos de los misterios no dejan de agregar su mudo testimonio. En el ápice de todos los obeliscos y en los pórticos de muchos templos aparece esculpida la serpiente. Del perfecto disco con que simbolizaban al muy amado y siempre adorado sol, casi siempre sobresalían las enhiestas cabezas de un par de serpientes de toca.

Estas cosas tenían una significativa relación con el mundo psíquico, y de esa relación, con la posibilidad de degenerar en hechicería cayendo en malas manos, procedía la mala reputación del símbolo de la serpiente; eso, aparte de las temidas características físicas de los animales.

Los egipcios reconocieron esa posibilidad y pintaron serpientes malas tanto como buenas. Las primeras las representaban generalmente arrastrándose; las segundas, erguidas. Tenían su diablo, Apepi, la tenebrosa serpiente de muchas vueltas que era cabecilla de las fuerzas de las tinieblas.

Pero le reconocían también un simbolismo superior, que era éste: la serpiente es el símbolo perfecto de la fuerza creadora vigorizante del espíritu supremo que creó el universo, y de la creación misma. Los faraones llevaban sobre la cabeza la figura de una serpiente de capelo, como símbolo de su pretendida descendencia divina. La serpiente representaba, por lo tanto, a la divinidad, lo mismo que ciertas especies representaban al diablo.

La primera fuerza que atravesó la oscura superficie del abismo al comienzo de la creación fué esa divina fuerza que tipificaba la serpiente buena. Una serpiente adopta mil aspectos diferentes en sus movimientos y sigue siendo siempre una sola; así es el universo: adopta una cantidad innumerable de aspectos (las formas de los

Ralza

seres y las cosas), y sin embargo en su naturaleza esencial sigue siendo el espíritu único. La ciencia ha comenzado a suscribir este último aserto, sólo se llama de otro modo al espíritu. La serpiente se desprende periódicamente de su vieja piel muerta y se reviste con otra nueva; del mismo modo las formas que componen el universo mueren y son entonces, lenta o aceleradamente, arrojadas de nuevo al estado primigenio de la materia. "Polvo eres y al polvo serás tornado..." No obstante el simbolismo no termina ahí. La nueva piel de la serpiente representa la forma nueva que asumirá finalmente la materia. La serpiente sigue viviendo pese a la muerte de su piel externa; también es imperecedero el espíritu y sigue siendo inmortal a pesar de la muerte de sus formas exteriores.

La serpiente es automotriz; no se vale de la ayuda de manos, pies ni otros miembros externos. También la fuerza creadora es enteramente automotriz al pasar de una forma a la otra, ya sea para construir todo un mundo o una sola criatura.

Cuando los egipcios representaban una serpiente de escamas mordiéndose la cola, y formando por lo tanto un círculo completo, querían simbolizar con eso el universo creado. Las escamas son las estrellas. El acto de morderse a sí misma es el emblema de la autodisolución del universo que deberá producirse algún día, cuando el espíritu se retire de la materia.

En el simbolismo de la serpiente hay muchos otros significados, que van de lo divino a lo diabólico. Y se encuentra, por último, el significado especial que tiene asignado en los misterios.

En esos ritos secretos representan a la actividad de la fuerza que liberta el alma del hombre durante la iniciación, fuerza que se va deslizando lentamente en el cuerpo del iniciado puesto en trance, lo mismo que se desliza una serpiente.

El símbolo de la serpiente se alza, pues, sobre el mundo antiguo con dos significados distintos; como el diablo que debe ser temido y combatido, y como la divinidad que debe ser venerada y adorada; como el creador de todas las cosas y como el origen de todo lo malo.

CAPÍTULO XVIII

MI ENCUENTRO CON UN ADEPTO

En Luxor, a unos kilómetros al oeste del Nilo, se destaca contra el cielo una larga cadena de colinas rosadas y pardas, que forma una barrera entre el desierto de Libia y el cultivado valle del río. Entre las lomas se esconde un desfiladero seco, quemado por el sol, donde no crece ni puede crecer ninguna vegetación, cuyo suelo es de piedra rocosa o de arena árida, y donde viven únicamente serpientes y escorpiones. Allí estuvieron enterrados durante mucho tiempo los muertos reales de la desaparecida ciudad de Tebas, porque aquél era el famoso valle de las tumbas de los reyes. Dije "estuvieron enterrados" porque muchos de los cadáveres momificados fueron actualmente extraídos de sus sombrías cavernas para ser puestos a la vista de todo el mundo en las sofocantes galerías de los grandes museos. Y si todavía quedan algunos que no han sido descubiertos, no es por falta de tiempo, empeño y dinero.

Había muchas cosas que yo quería estudiar en las mismas tumbas, en los templos que fueron descubiertos en el interior del valle, a varios kilómetros de distancia, en minúsculos fragmentos de Tebas que ahora asoman a flor del suelo, y en los límites del mismo desierto occidental. Como medio de transporte para realizar desde Luxor esas expediciones breves y repetidas no hay nada mejor que un burro, porque sabe andar con paso seguro por entre rocas y sobre piedras agudas y junto al borde de los precipicios.

Yo había tomado a mi servicio un "muchacho" como criado general, y uno de los primeros encargos que le di fué el de buscar un alquilador que me pudiera suministrar un buen animal para esas excursiones. A Yusef le decían muchacho por deferencia a

la terminología convencional de los viajeros, aunque ya había pasado de los cuarenta y tenía mujer y tres hijos. A menudo me recordaba la existencia de su familia; concretamente, cada vez que yo sacaba la cartera para arreglar las cuentas. Y cuando un día traté en broma de ponerle una serpiente en el cuello, se quejó indignado, manifestando que si el reptil lo mordía no quedaría nadie "para darle de comer a mi familia". Al parecer, la prolongada costumbre de alimentar burros le había hecho considerar a su familia en un plano de igualdad con aquéllos en su demanda del necesario sustento. Como quiera que sea, era un hombre de buenos modales y poseía un excelente sentido del humor; en pocas palabras, me agradaba.

Yusef concluyó las negociaciones con el alquilador y, arregladas las condiciones, me llevó un hermoso asno blanco, grande, bien ensillado. Monté, y el animal echó a andar. Todo fué bien hasta que llegamos a la ribera del Nilo, donde nos embarcaron a los tres para transportarnos a la costa occidental del ancho río gris. Dejando el bote, volví a montar e iniciamos el viaje de once kilómetros hacia el valle.

Bastó un cuarto de hora de marcha para descubrir, y confirmar, que el animal desmentía su atrayente aspecto. Cuando por fin llegamos a cubrir más o menos la mitad del trayecto me quejé diciéndole a Yusef que sus poderes de selección no habían estado esta vez a la altura que sin duda tenían habitualmente; o si no tendría que pensar que la caballería del alquilador era muy pobre, si aquel animal era el mejor ejemplar que tenía. Añadí que era un burro muy perezoso y que lamentaba tener que acusarlo de que más le gustaba dormir que marchar. Yusef alzó los brazos al cielo y puso los ojos en blanco.

—¡In sha Alá! —exclamó atónito—. ¿Quiénes somos nosotros para atrevernos a criticar la obra del Todopoderoso?

Su pregunta era incontestable y desde ese momento guardé un silencio eterno sobre esa cuestión. Dejamos atrás los maizales y echamos unos vistazos a los colosos gemelos de Memnón, dos gigantescas estatuas sentadas en tronos de piedra, cuyos cuerpos han quedado desfigurados y cuyos rostros ya no tienen ningún rasgo facial. En un tiempo montaban guardia frente al pilón de un templo y palacio construido por Amenotep III; hoy elevan sus quince metros de altura por encima de los trigales que reemplazaron al desaparecido templo. Sin nariz, ojos, orejas ni boca,

los colosos siguen sentados como lo hicieron durante siglos, lamentando quizás, según la inscripción que grabara en la base el visitante romano Petronio, las injurias que les infligiera el invasor persa Cambises. En un tiempo partía de allí un camino de piedra de más de trescientos metros, bordeado a ambos lados de estatuas y de esfinges. También había desaparecido todo eso. Abandonamos la fértil planicie del Nilo y tomando por una senda tangente al río seguimos viaje hacia un punto donde se reúnen las colinas de Tebas. Nos encontramos en el camino con los grupos habituales de hombres y mujeres vestidos respectivamente con túnicas blancas y negras.

Atravesamos una típica aldea de chozas de barro, unas cuantas casas bajas, enjabelgadas; un minúsculo minarete situado sobre una pequeña mezquita de cúpula blanca y el inevitable bosquecillo de palmeras plantadas para gozar de su agradable sombra.

Hice alto junto al pozo de la aldea para que bebiera el sediento burro y su humano pasajero. El animal hundió el morro en una extraña tina: ¡nada menos que un sarcófago de piedra, roto, que quizá en un tiempo haya alojado a un faraón!

Proseguimos nuestra marcha y no nos detuvimos ni en los semidestruidos templos de Kurna, ni en Abd-el-Kurna, donde están las tumbas mortuorias excavadas de los nobles de Tebas, ni siquiera en la notable necrópolis de Dira Abun Naga.

Quería llegar al pequeño y desolado valle que conduce a las lomas antes de que cayera sobre nosotros el fuego del sol. Habíamos partido al amanecer, lo que no era demasiado temprano en aquel mes estival. Porque yo sabía que aquellas alturas salpicadas de rocas duplicaban la temperatura y rechazaban y reflejaban los rayos del sol que volverían a caer sobre mí.

Poco a poco fuimos avanzando hacia el oeste por el viejo camino y luego describimos un círculo para llegar al pie de las colinas, sembradas de rocas de diversas formas. Allí penetramos en el primer desfiladero.

Por fin el pachorriente burro me había llevado, por el camino seco, arenoso, bordeado de rocas, hasta la entrada del famoso valle al que eran transportados los otrora poderosos faraones cuando, arribada su pompa terrena a su fin ineludible, yacían acurrucados en los brazos de la muerte.

Alcé la vista para contemplar el hermoso espectáculo de los escarpados riscos rosados que, destacándose sobre el cobalto del

cielo, se erguían como centinelas, a derecha e izquierda, para custodiar la entrada. A todo lo largo de la estrecha garganta se extendía la alta silueta de las colinas. Las lomas reflejaban la refulgente luz blanca que caía verticalmente y los cantos del suelo refractaban a su vez el intenso calor. Completamente aislado y carente de toda vegetación, aquel sitio, cerrado a ambos lados por abruptas paredes calizas, era extraordinariamente apropiado para el fúnebre destino que le habían señalado, el de cementerio de los reyes de Egipto. Al otro lado dormían los nobles y los altos sacerdotes.

Me dirigí hacia el otro extremo del valle, donde se encontraban las tumbas abiertas, y donde ambos lados de la hondonada habían sido abiertos y horadados para construir galerías sepulcrales; tarea que no debió de ser nada fácil porque las galerías tuvieron que ser excavadas en roca maciza. Fuimos avanzando en zigzag; mi burro plantaba los cascos en el suelo con tiesa circunspección, porque la estrecha huella de la hondonada reseca estaba cubierta de piedras, cantos rodados y trozos de cuarzo y pedernal que hacían muy dificultosa la marcha. De tanto en tanto se veía sobre las altas paredes laterales una cúspide ennegrecida, tostada por el sol. Pilas de piedras centelleantes y de fragmentos de yeso reverberaban con brillo engeguecedor a la luz intensamente blanca del sol. El calor gravitaba pesadamente sobre todas las cosas como una niebla ineludible, y palpitaba visiblemente en el aire. No había ni un centímetro de sombra aprovechable; el desfiladero parecía un enorme horno. Yo tenía los labios ardiendo y la lengua seca. El panorama era indeciblemente lúgubre y sin embargo había cierta grandeza en su desolación.

Ni un solo sonido quebraba el silencio, ni un solo pájaro hacía resonar sus trinos en el aire cargado de calor; ni un solo vegetal se elevaba por encima de las soledades de piedra y arena.

Las colinas culminaban en un pico cuadrado cuya falda estaba cubierta de escombros, pero aun antes de llegar allí revelaron las tumbas su presencia. Los hombres habían cavado las viejas lomas, llenas de momias y tesoros, para sacar a luz aquellas cosas que habían sido depositadas con tanto cuidado.

* * *

Los costados del valle eran verdaderos panales con corredores que bajaban en declive hasta las cámaras sepulcrales, formando

el conjunto una ciudad subterránea de muertos. Descender el tramo de escalones abiertos en la roca y entrar luego en el sombrío pasadizo inclinado de una de esas tumbas equivalía a bajar al infierno. Proyecté la luz de la linterna sobre las paredes. Estaban cubiertas de una delgada capa de estuco pintada de arriba abajo con vívidas figuras de serpientes retorcidas, retratos reales, sacerdotes que elevaban a sus dioses manos suplicantes, barcas sagradas y espíritus guardianes, cocodrilos de cabeza humana y ofrendas funerarias, murciélagos simbólicos y escarabajos; todo dispuesto en una serie de escenas sucesivas que representaban las ocupaciones del muerto y su viaje al infierno. También había grabadas en las paredes apretadas columnas de jeroglíficos, cuyo objeto era el de ayudar al alma recién llegada en su peligrosa travesía, porque eran textos sagrados tomados del *Libro de las puertas* y del *Libro de aquel que está en el inframundo*. Esos textos hablaban del averno de los espíritus, de los poderes serpentinos que lo custodiaban y de un infierno sin fondo cuyas tinieblas eran completas. Hablaban, también, de la forma en que debía ser cuidado el tránsito del alma para que escapara a las terribles ordalías, la apelación que debía dirigirse a los dioses jueces y de qué manera había que contestarles.

Seguí bajando cada vez más profundamente en el interior de la tumba; el pasadizo inclinado cedió su lugar a una cámara, y ésta a otro pasaje en pendiente, y así sucesivamente hasta que llegué a internarme casi cien metros en el seno de la loma. Encima de mi cabeza había millares de toneladas de roca maciza. Todas las paredes estaban completamente cubiertas de figuras e inscripciones, que formaban una sucesión de episodios de la antigua vida egipcia y un reflejo de la muerte. En el piso de la cámara principal había un hueco que contenía un pesado sarcófago de granito. Ese féretro de piedra había sido en un tiempo la última morada de un faraón ricamente enjoyado, pero su rígida momia, con su envoltura de brea y lienzo, fué retirada con todas las restantes momias descubiertas y depositadas en la bien iluminada sala de un museo para satisfacer la curiosidad del siglo XX.

Después de haber arrojado una multitud de ojos pintados, salí de las densas aunque frescas tinieblas a los ardientes rayos y el intolerable reflejo del sol matinal, pero sólo para atravesar unos pocos metros de un pedregoso sendero y hundirme de nuevo en otra profunda tumba decorada. Visité de ese modo media docena

de sepulcros, en una rápida excursión durante la cual examiné e inspeccioné largas extensiones de instructivas figuras murales que me propuse volver a visitar posteriormente para estudiarlas con más detenimiento y más en detalle. La impresionante tumba de Setí, aunque estaba abierta en la roca y descendía en las entrañas de la tierra más de ciento veinte metros de profundidad, no me atrajo tanto como la más pequeña de Ramsés IX, en la que hallé esculturas y pinturas que se distinguían entre todas las del valle. Eran más espirituales que muchas de las otras, vivaces y optimistas; en lugar de deprimir el ánimo, lo elevaban hacia el glorioso destino del hombre y su inextinguible inmortalidad.

En el portal de entrada estaban pintados el gran disco rojo del sol y Ramsés rindiéndole adoración. El símbolo elemental de esta escena es el siguiente: en la naturaleza el rojo sol poniente se hunde en la negra noche; del mismo modo el alma del rey se hundió con él en la sombría tumba; luego, así como el mismo sol reaparece en una nueva aurora, también el alma volverá a surgir triunfante en una nueva vida; así como el sol sale infaliblemente cada mañana por el este después de haber desaparecido, y es por lo tanto imperecedero, del mismo modo saldrá el alma del faraón al mundo espiritual después de atravesar las oscuras regiones del infierno; porque también el alma es imperecedera.

Mas para aquellos que habían pasado por las iniciaciones de los antiguos misterios tenía otro significado más profundo. Para ellos la muerte había perdido sus terrores, porque ya habían "muerto" durante la vida; y ellos sabían que el alma no sólo seguiría viviendo después de la muerte, sino que además volvería a vivir *en la carne*. Seguí avanzando, iluminando con la linterna eléctrica la pared de la izquierda del primer pasaje; vi allí a Ramsés en presencia de los grandes dioses. Osiris, Harakt y Amón-Ra. Continué andando y apareció el rey quemando incienso en un acto ritual. Atravesé dos cámaras, en cuyas puertas había alabanzas jeroglíficas al dios sol, y llegué hasta otra pared en la que un sacerdote derramaba encima del faraón, como si lo bautizara, un chorro de figuras simbólicas, entre ellas la cruz ansata, llave de los misterios y emblema de la vida eterna. Y ya había cambiado la ropa de Ramsés, porque ahora había asumido la forma de Osiris. Su alma había sido libertada y absuelta, él había resucitado de verdad, y tenía derecho a anteponer a su propio nombre el del divino Osiris.

Decía así, en efecto, su hermosa plegaria: "Mira, estoy en tu presencia, ¡oh, señor Amenteit! No hay pecados en mi cuerpo. Nunca he dicho nada que no sea conscientemente cierto, ni he hecho nada con perfidia. Concede que pueda ser igual a los favorecidos que están en tu séquito, y que pueda ser un Osiris grandemente favorecido por el bello Dios, y amado por el señor del mundo."

Y Thoth, que registra en su paleta el resultado obtenido al pesar el corazón del difunto, y pronuncia el fallo de la gran asociación de los dioses, dijo: "Escuchen este fallo. El corazón de Osiris fué pesado con toda exactitud, y su alma prestó testimonio por él; fué hallado puro en el juicio de la gran balanza. No se encontró en él ninguna iniquidad; no hizo daño con sus actos; y no pronunció palabras perversas mientras estuvo en la tierra."

Y la gran asociación de los dioses respondió: "Lo que sale de tu boca será declarado verídico. El victorioso Osiris es santo y justo. No ha pecado, ni ha hecho nada malo contra nosotros. No debe permitirse al devorador que lo domine. Se le acordará la entrada en la corte del dios Osiris, junto con un hogar eterno en los campos de la paz."

En el tercer corredor el rey ofrecía a Ptah una estatuilla inmolatoria de la diosa de la verdad. A continuación aparecía, tendida, la momia *osirizada* del rey, y por encima el sol naciente, de cuyo disco radiante emergía el escarabajo, símbolo de la vida recién creada y señal de la resurrección segura del alma.

Atravesé dos cámaras y descendí hasta la bóveda funeraria principal, cuyos tesoros habían sido saqueados y de la que habían sacado al faraón junto con su féretro. No quedaba más que una marca pintada para indicar el sitio donde se encontraba el sarcófago. En las paredes se veían pintados otros emblemas de la inmortalidad, tales como la figura del infante Horus sentado frente al sol alado. En el cielo raso de la bóveda se veían pintados el cielo cuajado de estrellas y las constelaciones del zodíaco que forman la gloriosa panoplia celeste.

Salí de aquellos densos inframundos y paradisíacos ultramundos, en los que a la luz de mi linterna había visto desfilar escena tras escena como en una película cinematográfica, y regresé a la entrada. El brillante resplandor volvió a caer repentinamente sobre mí.

Esas tumbas abiertas constituyen una buena prueba de lo in-

sensato que es desechar por infundadas todas las antiguas tradiciones. Allá por el año 55 a. C. dijo Diodoro que los archivos de los sacerdotes egipcios informaban que en Tebas había cuarenta y siete faraones sepultados. Los egiptólogos modernos no desecharon la manifestación de Diodoro; la aceptaron al pie de la letra y eso les permitió realizar los descubrimientos del valle de los reyes, los que culminaron años más tarde en el resonante hallazgo de la tumba y los tesoros de Tutankamón.

Pero yo ya quería abandonar a los faraones que habían buscado una inmortalidad espuria en la muerte recurriendo al embalsamamiento y las tiras de lienzo. Caía la tarde, el aire estaba cargado de calor estival y yo tenía el paladar reseco. Crucé el sendero de piedra en busca de Yusef y de su preciado termo de té reconfortante. Pero Yusef no estaba; se había ido a buscar un poco de sombra. Miré en todas direcciones sin lograr descubrirlo. El calor lo había fundido. Finalmente, lo que no pudieron revelarme mis ojos me lo comunicaron mis oídos. Porque desde la entrada de una tumba apartada, que había pertenecido a uno de los famosos reyes guerreros de Egipto, me llegó la sonora cantilena de unos vigorosos ronquidos. Corrí a la tumba y vi un hombre, de túnica blanca, acostado, que por la expresión de su rostro parecía estar sumido en un sueño delicioso.

¡Era Yusef!

* * *

Los días fueron pasando agradablemente mientras yo saciaba mi sed inextinguible de escrutar los pensamientos secretos y las sagradas aspiraciones del desaparecido mundo tebaico. Llegué a conocer y apreciar aquellas serenas y majestuosas figuras de los dioses y a los graves y preocupados rostros de sus mortales adoradores tanto como las formas vivientes de los actuales habitantes de Luxor, la sucesora de Tebas. Y noté los signos psíquicos que habían quedado en la atmósfera de alguna tumba y que señalaban la deplorable decadencia de la que fuera en un tiempo una gran raza y su caída en las prácticas de la hechicería.

Fué en una de esas expediciones de estudio cuando encontré a un hombre con quien mantuve unas conversaciones que vacilé en incluir en estas páginas; algunas de sus declaraciones contenían inferencias cuya verificación estaba fuera de las posibilidades de mi investigación personal, y podían pasmar a nuestro prosaico

siglo o, más probablemente, acarrear un merecido ridículo a su incógnito nombre y, por consiguiente, a mí mismo, por haber considerado esas fábulas dignas de ser publicadas. Sin embargo, puse en la balanza el pro y el contra, y el platillo del pro resultó ligeramente más pesado que el otro. Además, fué y es el deseo de ese hombre que se publiquen esas cosas, cuya importancia para nuestra época parecía valorar mucho más que lo que pudiera hacerlo mi hastiado juicio personal.

Yo había cumplido una buena jornada de investigaciones en las tumbas de los reyes, desde poco después del amanecer hasta ya entrada la noche, y para regresar a mi casa más rápidamente había tomado el camino de herradura que subía por los montes de Libia y bajaba en las proximidades del singular templo montañés de Deir el Bari; evitaba de ese modo, al precio de un pesado ascenso por la montaña, la vuelta considerable que el viejo camino daba alrededor de los montes.

Allí fué donde el burro, que me había desilusionado al principio pero con el que luego, gradualmente, me había reconciliado y al que hasta había llegado a cobrar afecto, demostró lo que realmente valía, al subir con paso seguro y cauteloso por el empinado precipicio. El ultrajado animal plantaba los cascos con eficiencia entre los resbaladizos escombros de piedras sueltas y rocas desmoronadas que formaban el sendero. Yo no traté de guiarlo; era innecesario porque con su infalible instinto el burro sabía mejor que yo dónde debía pisar. Era en realidad un animal robusto y bastante más alto que los que se ven en Inglaterra, teniendo casi la talla de un pequeño mulo. Siempre subiendo, seguimos luchando por llegar hasta la cima del alto pico que dominaba toda la cadena. mientras el terrible sol nos lanzaba sin cesar sus rayos inexorables. En largos trayectos del sendero y en algunas curvas peligrosas desmontaba y dejaba que el burro me precediera durante un trecho para no exigirle demasiado. Cuando el burro llegaba al final de su ascenso por la resbaladiza garganta, afirmé los pies en los estratos para no caerme. Ganada la cima, bajé del lomo del jadeante animal y lo dejé descansar. Recorrí con la mirada el magnífico panorama que se extendía abajo, hasta una distancia de seiscientos metros. El pico donde yo estaba dominaba completamente las colinas circundantes y la planicie. El amarillo del desierto ofrecía un impresionante contraste con el reluciente verde de las zonas irrigadas. La paz acariciadora de aquel espectáculo me produjo

una sensación definida de solaz espiritual. ¡Qué lugar para entrar en comunión con la naturaleza! Todo el paisaje estaba sumido en silencio y no pude menos que sentir la impresión de que había roto todos los lazos que me unían con el mundo.

Me volví, di unos pasos... y vi al desconocido.

Estaba sentado, o más bien acucillado, con las piernas cruzadas, en una piedra que había cubierto cuidadosamente con un trozo de lienzo. Llevaba un turbante blanco, de cuyos pliegues sobresalían largos mechones de cabellos negrísimos, salpicados de gris. No se movió; también él parecía estar contemplando el magno espectáculo que la naturaleza había desplegado a nuestros pies. Era un hombre pequeño, de pies chicos, prolijamente vestido con una túnica gris oscuro que tenía una pequeña abertura en el cuello. Aunque llevaba el rostro reforzado con una perita, daba la impresión de tener unos cuarenta años más o menos. No pude verle los ojos hasta que volvió por fin la cabeza en mi dirección. Cuando cayó sobre mí la fuerza de su mirada, experimenté la indescribible sensación de estar en presencia de un hombre completamente fuera de lo común. Tuve la sensación de que aquel encuentro viviría eternamente en mi memoria.

Aquellos ojos se destacaban en forma impresionante en el marco de un rostro impresionante. Eran círculos perfectos grandes y hermosos, de luminoso color, y tenían el blanco tan pronunciado que daban una profundidad casi sobrenatural a las pupilas, negras como el azabache.

Nos miramos en silencio durante un par de minutos. Había en su rostro tanta autoridad y distinción que me pareció casi una impertinencia dirigirle la palabra antes de que él hablara. Desgraciadamente, jamás podré recordar cuáles fueron sus primeras palabras, porque mi mente pareció ofuscarse aun antes de que hablara. De pronto debió de entrar en actividad en mi cerebro alguna secreta glándula de latente clarividencia, porque vi una radiante rueda de luz girando a toda velocidad delante de mí, un poco más arriba de mi cabeza. Con su movimiento se produjo un relajamiento de mis ataduras físicas y el paso a un estado de conciencia prenatal y etéreo.

Bastará decir que, en efecto, me habló, cuando desapareció la visión de la rueda giratoria; mi mente volvió a percibir que yo estaba en la cumbre del piso más alto de las colinas tebaicas, y que me rodeaba un extenso paisaje de desolada grandeza.

Rompí el silencio saludándole con un “buenas tardes” en árabe. Me respondió inmediatamente, hablando en un inglés de acento perfecto. Si hubiese cerrado los ojos, podría haberme imaginado que no era un oriental de larga túnica el que me contestaba, sino un inglés nativo de educación universitaria.

Y antes de que pudiera pensar sobre la mejor forma de presentarme, me encontré inesperadamente balbuciendo estas palabras, como si obedeciera a una imperiosa exigencia interna:

—Señor, tengo la seguridad de que usted sabrá interpretar un hecho peculiar que acaba de ocurrirme mientras estaba aquí delante de usted.

Y le describí mi inesperada visión.

El hombre me miró pensativo; luego asintió con la cabeza.

—Sí —respondió en voz baja—, lo interpreto.

—Yo soy sensible a las atmósferas —proseguí diciendo—, y el que este hecho haya sucedido cuando su personalidad entraba en contacto con la mía me hace creer que usted posee algún poder extraordinario:

Sus ojos volvieron a estudiarme. Después de una pausa dijo:

—Yo he querido deliberadamente que usted experimentara esa sensación. Fué mi voluntad que le transmitiera silenciosamente un mensaje. ¡Y así fué!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted ya ha reconocido la orden a que pertenezco.

Era cierto. Yo había advertido en su persona todos los signos que lo indentificaban como faquir o yogui de alto grado. Aun sin el recuerdo del extraordinario episodio que había experimentado, me bastaba mirarle los ojos para obtener una confirmación intuitiva.

Lo que llamaba más la atención y despertaba mayor admiración eran el tamaño y las cualidades de sus ojos. Eran grandes y relucientes, firmes y autoritarios, y tenían una extraña y prolongada fijeza al mirarme. Cuando le hablé, se apoderó de mí la irresistible sensación de que aquellos ojos tenían un poder doble, penetrante e hipnótico al mismo tiempo. Leían en mi alma y luego la gobernaban. Extraían secretos de mi mente y me obligaban a permanecer pasivamente ante su dueño.

—Es para mí un placer realmente inesperado —exclamé—. Es asombroso que la única persona que haya encontrado en estas regiones incultas y desiertas sea un hombre de su orden.

—¿Usted cree? —respondió—. A mí no me asombra. Este encuentro se produjo porque le llegó la hora. No es por simple azar que usted habla conmigo ahora. Le digo a usted que una fuerza superior al azar ordenó primero este encuentro y luego dispuso su realización.

Lo escuché con un ligero estremecimiento de emoción anticipada. Mis pensamientos volaban de un lado a otro tratando de apreciar y ordenar la situación, mientras mis sentimientos se escurrían dentro del estado de veneración en que siempre me sume un hombre de dotes espirituales.

Y el hombre prosiguió diciéndome que los caminos de algunos hombres se entrecruzan al conjuro de fuerzas invisibles, y que muchas veces las aparentes coincidencias pueden ser eslabones forjados de antemano para una cadena de causas destinadas a producir determinados efectos. Me dijo también otras cosas, nombrándose serenamente a sí mismo sin la mayor vanidad, como una simple afirmación de un hecho existente, con la calificación de adepto.

—Esa es una palabra que prefiero a cualquier otra —manifestó—; satisfacción a los antiguos, incluso a los egipcios, y me satisface a mí también. En aquellos tiempos los adeptos eran conocidos y se aceptaba su *status*; hoy son prácticamente desconocidos y se discute desdeñosamente el mero hecho de su existencia. Pero las cosas cambiarán y este siglo se verá obligado a reconocer que la ley de la evolución espiritual rigió siempre, y crea a los que pueden funcionar libremente como seres espirituales tanto como materiales.

Tuve la sensación de que estaba en lo cierto. El desconocido era realmente uno de esos hombres misteriosos de los que habla con bastante frecuencia la tradición oriental; esos adeptos que habían entrado en los concilios de los dioses y sabían los más profundos secretos espirituales que el hombre no puede conocer jamás.

Prefieren trabajar en silencio y secretamente antes que verse entorpecidos por el mundo equivocado, y, cuando hace falta establecer un contacto público, no pocas veces envían a sus discípulos, los que de ese modo se convierten en objeto de la crítica de los ignorantes y en blanco de las mordaces flechas de los maliciosos.

Mi interlocutor me dijo que a voluntad y a cualquier distancia podía intercambiar pensamientos con sus colegas adeptos; que un adepto podía usar temporariamente el cuerpo de otra persona,

generalmente un discípulo, mediante el proceso llamado técnicamente "eclipse", durante el cual proyecta el alma hacia el cuerpo del otro, debiendo este otro estar completamente dispuesto y preparado, y encontrarse receptivo y pasivo.

—Yo lo estaba esperando aquí —observó con una leve sonrisa—. Usted escribe. Tenemos que transmitir un mensaje al mundo. Es muy importante, y usted lo tomará cuando se lo comunique. Entretanto, nuestro encuentro de hoy no es más que de presentación, señor Paul Brunton.

Retrocedí sobresaltado. ¿Cómo sabía mi nombre? Pero, es claro, los adeptos son famosos por la extraordinaria facultad que poseen de leer el pensamiento, aun a larga distancia.

—¿Podría saber el suyo? —me aventuré a preguntar.

El hombre frunció los labios y fijó la vista sobre el panorámico paisaje que se extendía al pie de la loma. Yo contemplé su noble rostro mientras aguardaba la respuesta.

—Sí —respondió finalmente—. Pero para su información particular solamente; no para publicar. No quiero que sea revelada mi identidad. Llámeme Ra-Mak-Hotep. Sí, es un antiguo nombre egipcio, y los egiptólogos podrán sin duda ofrecer una excelente interpretación literal en las palabras; pero para mí significa solamente una sola cosa: *en paz*. Egipto no es mi hogar. Ahora mi hogar es todo el mundo. Asia, África, Europa y América. Conozco todas esas tierras y circulo por ellas. Soy oriental solamente de cuerpo, porque mi mente no es de ningún país en particular y mi corazón es únicamente de la paz.

Habló con cierta rapidez, violencia y calor, y sin embargo era evidente que dominaba perfectamente todos sus sentimientos.

Durante más de una hora conversamos sobre temas espirituales, sentados en la cumbre de la colina, bajo un sol cuya luz todavía encandilaba la vista y cuyo calor todavía acariciaba muy de cerca. Pero yo me había olvidado de esas circunstancias, absorbo mi interés en aquel hombre y en sus palabras. Me habló sobre varios asuntos concernientes al mundo y sobre muchos otros que sólo a mí me concernían. Me dió instrucciones precisas y me indicó ejercicios especiales relativos a mis esfuerzos para llegar a un grado de equilibrio e iluminación espiritual, superior al que ya había alcanzado. Habló con franqueza, criticando, hasta severamente, ciertos obstáculos que mis defectos personales habían puesto en mi camino. Por último, me citó para el día siguiente, junto al altar

romano, en la columnata que se encuentra en el templo de Luxor, sobre la ribera del Nilo.

Sin levantarse de su asiento de piedra, me despidió, disculpándose por no seguir conversando y explicándome que estaba sumamente ocupado y tenía mucho que hacer en aquel momento.

Lo dejé con pesar, lamentando tener que separarme de un hombre cuya conversación era tan original y fascinante, y cuya personalidad inspiraba y dignificaba.

La loma descendía con un declive empinado; bajé a pie, por entre piedras y fragmentos, llevando al burro de las riendas. Cuando llegamos a la base monté y eché un último vistazo a la altura, cuyo pico destacaba su imponente silueta.

Ra-Mak-Hotep todavía no había iniciado su regreso. Debía de seguir, evidentemente, sentado en cuclillas en la desierta cumbre de la colina.

¿Qué podía estar haciendo allí arriba, sentado e inmóvil como una estatua, y tan "sumamente ocupado"? ¿Continuaría en el mismo sitio cuando las sombras de la noche se espesaran sobre las rosadas terrazas de las colinas de Libia?

CAPÍTULO XIX

LAS TUMBAS: EL SOLEMNE MENSAJE DE UN ADEPTO

El segundo encuentro tuvo lugar, de acuerdo con lo convenido, en el ruinoso templo de Luxor.

Yo me eché en una larga laja de piedra cubierta de jeroglíficos cincelados; el adepto se puso en cuclillas, con las piernas cruzadas, en la misma laja, y de frente a mí.

Yo me preparé, pluma y anotador en mano, a registrar su mensaje; a marcar en las blancas hojas de papel los signos, menos pintorescos que aquéllos, de nuestros jeroglíficos del siglo xx: la taquigrafía.

Ra-Mak-Hotep no perdió tiempo en preliminares; acometió directamente el tema de su mensaje.

—Los que violentaron las tumbas de los antiguos egipcios —dijo—, libertaron fuerzas que han puesto en peligro al mundo. Tanto los antiguos ladrones de tumbas como los arqueólogos de nuestros días han abierto sin saber las tumbas de aquellos que se ocupaban en la magia negra. Porque en el ciclo final de la historia egipcia hubo una gran degeneración de los hombres instruidos —los sacerdotes—, practicándose en forma generalizada la hechicería y las artes negras. Cuando se oscureció la blanca luz de la verdad que refulgía anteriormente en la pura religión egipcia, y avanzaron para tomar su lugar las fétidas sombras de falsas doctrinas materialistas, surgió la práctica de la momificación, junto con su complicado ritual complementario. Sin embargo, por debajo de las enseñanzas engañosas y astutamente tergiversadas que inspiraban esa práctica, había un elemento de interés personal se-

creto que trataba de conservar un prolongado lazo físico con el mundo físico mediante el embalsamamiento del cuerpo.

"Esa práctica se aplicaba originalmente sólo a los reyes adeptos de la edad de oro del Egipto prehistórico, y a los altos sacerdotes de avanzada espiritualidad que eran verdaderos conductos de Dios, para que sus cuerpos materiales, impregnados de su santo poder, pudieran seguir existiendo y sirviendo como focos que irradiasen al mundo ese poder.

"También se desarrolló una especie de culto a los antepasados, en el que eran embalsamados los cuerpos de los muertos simplemente como un rito formal para que las generaciones sucesoras pudieran ver cómo eran sus antepasados difuntos. Fué en realidad una huera imitación de la momificación que se practicaba en las primitivas épocas de Egipto para conservar las santas reliquias de los buenos reyes y sacerdotes. Porque en el sombrío período que luego envolvió a Egipto, cuando se vió privado de luz espiritual y cuando aquellos que tenían muchos conocimientos pero poca piedad evocaban a las fuerzas infernales del inframundo, los hombres instruidos de las clases sacerdotales y los gobernantes dispusieron que fueran embalsamados sus propios cuerpos. Lo cual se hacía a veces para la práctica de la magia negra, otras veces por miedo a la destrucción en el purgatorio que aguardaba después de la muerte al espíritu, y otras veces por ignorante adaptación a la costumbre. En casi todos los casos, esos hombres preparaban sus tumbas antes de morir. Preparada la tumba física, invocaban, o hacían invocar por algún sacerdote bien capacitado, a un ente espiritual, creación elemental artificial, imperceptible para los sentidos corporales, a veces bueno pero más a menudo malo, para que protegiera y vigilara la momia y actuara en la tumba como espíritu guardián.

"Para mayor protección de los cuerpos embalsamados, primero ocultaban las tumbas con *hábil* cuidado, y luego se hacía saber al pueblo en general que cualquiera que profanase esas tumbas sería castigado con las penas más terribles por los poderes espirituales. Esta afirmación fué creída y las tumbas no fueron tocadas por mucho tiempo. Pero con la creciente decadencia del clero y los gobernantes, hasta el pueblo comenzó a perder su fe supersticiosa y se reanudaron los robos de tumbas para saquear las joyas que se enterraban junto con las momias de casi todos los personajes importantes.

"Era cierto que cuando se trataba del cuerpo embalsamado de una persona que tenía conocimiento de magia, o que estaba bajo la dirección y protección de otra persona poseedora de esos conocimientos, se invocaban poderes espirituales para protegerles las tumbas y castigar a los intrusos. Esos poderes eran a menudo sumamente malos, conminantes y destructores. Existían dentro de las tumbas cerradas y podían seguir existiendo durante miles de años. De ahí que cuando los arqueólogos, con toda ignorancia, irrumpen en esos sepulcros custodiados por espíritus, lo hacen a su propio riesgo.

"Pero si sólo se tratara de algo que afecta la seguridad de los arqueólogos y sus familias, lo que tengo que decirle sería de poca importancia. Pero no es así. Se trata de algo que afecta a la seguridad de todo el mundo.

"Porque entre las tumbas de los personajes, de alto y bajo rango, que fueron excavadas, se encuentran las de los que estaban protegidos de aquella manera. De cada una de esas tumbas que fueron abiertas salió un torrente de perniciosos entes espirituales que estaban enjaulados y que se lanzaron como una inundación sobre el mundo físico. Cada momia que es sacada de esas tumbas y transportada a los museos europeos y americanos lleva consigo el eslabón etéreo que la une con esos entes, y por consiguiente su nociva influencia. Esa influencia sólo puede acarrear perjuicios al mundo, perjuicios de diversa especie, incluso el de afectar y destruir el destino de las naciones. Ustedes los occidentales no tienen protección contra esos espíritus, y como son invisibles para ustedes, conservan toda su potencia.

"Cuando el mundo moderno llegue a darse cuenta que en cierta cantidad de esas tumbas hay encerrados espíritus malignos quizá ya sea demasiado tarde; porque para ese entonces ya se habrán abierto todas las tumbas y escapado los diabólicos seres que aprisionan. Entre otras cosas, son y serán los autores de perfidias internacionales. La ignorancia de las leyes de la naturaleza no exime al hombre de sufrir cuando las viola; ignorar que existen fuerzas mágicas malignas no exime a este siglo de sufrir el castigo que su necesaria intrusión en los reinos de esas fuerzas le ha de acarrear.

"Esos espíritus elementales artificialmente creados han sido libertados en el transcurso del siglo actual en número suficiente como para aterrorizar al mundo desde su reino psíquico. que es

bastante inmaterial como para ser invisible pero bastante próximo como para influir en la existencia física de los seres vivientes. Nosotros, que nos preocupamos por el bienestar espiritual de la humanidad, combatimos a esas fuerzas tenebrosas en su propio campo, pero por las leyes de la naturaleza no nos está permitido destruirlas, como tampoco nos está permitido destruir a los hombres vivos que son peligrosos para sus semejantes. Nuestros poderes son limitados y nos constriñen a amparar personas e instituciones con nuestra protección especial.

"Los objetos que son sacados de las tumbas junto con las momias, tales como escarabajos, joyas, amuletos y muebles, llevan consigo la influencia de las tumbas. Si éstas no estaban mágicamente enlazadas con los entes malignos, no traerá ningún perjuicio su pillaje y despojo, pero si lo estaban, su apertura puede traer desgracia y desastre. Pero los arqueólogos y egiptólogos corrientes, ignorando esos hechos e incapaces de determinar la diferencia entre una y otra clase de tumbas, se introducen en todas por igual. Que le preste oído o no, reciba el mundo este mensaje: *Que no se inmiscuya en las tumbas cuya naturaleza psíquica los hombres no entienden. Que deje el mundo de abrir esos sepulcros hasta que haya adquirido los conocimientos suficientes para comprender las serias consecuencias de su acción.*

"La mayor parte de los reyes tenían cierto grado de poderes ocultos, ya sea para el bien o para el mal, porque habían sido iniciados en ellos por los sumos sacerdotes.

"Originariamente el poder mágico de dañar a otras personas era usado únicamente en defensa propia o para impedir las actividades de los criminales, pero cuando declinaron los elevados ideales de Egipto esa capacidad se prostituyó, empleándose con fines perversos, como ser los de dañar a los enemigos a distancia o eliminar a los que estorbaban las ambiciones de los magos (o de sus patrones). También se usó ese conocimiento para la protección de las tumbas.

"Cada apertura de una antigua tumba egipcia puede significar un contacto inconsciente con fuerzas invisibles de carácter peligroso. Aun cuando se trate de un rey que poseía un alma buena y poderes adelantados, la apertura de su tumba puede hacer recaer un perjuicio sobre el mundo como castigo por haber perturbado el sepulcro de un alma adelantada. Sin embargo los objetos —es-

carabajos, por ejemplo— que hayan sido sacados de la tumba no tendrán influencia nefasta, sino por el contrario beneficiosa. Pero si esos objetos los poseen personas que tengan malos pensamientos, no les servirán de ninguna ayuda; favorecen únicamente a los de buenos pensamientos. Esta regla se aplica siempre, por noble que haya sido el alma del difunto y por duradera que sea su influencia espiritual. El rey Tutankamón, por ejemplo, fué un hombre de éstos. Poseía muchos conocimientos ocultos y un alma espiritual. La apertura de su tumba trajo sufrimientos a sus violadores; y también, por medios imposibles de descubrir, a todo el mundo en general. Durante los años siguientes al hecho el mundo sufrirá y pagará por la profanación de los muertos de Egipto, aunque esos trastornos materiales producirán beneficios espirituales.

* * *

”Repito, por lo tanto, que corren graves riesgos esos extranjeros que por buscar tesoros ocultos, o por satisfacer esa exagerada curiosidad que a menudo se disfraza de investigación científica, proyectan explotar países antiguos en los que se entendía y se practicaba mucho la magia. En Lhasa, en el Tibet, hay tumbas secretas de los grandes lamas, cuya existencia explica en parte por qué se resisten los tibetanos a permitir la entrada de extranjeros en su país. Pero llegará un día en que se permita ver esas tumbas y tomar ingerencia en ellas, acarreándose los que así lo hagan los desastres consiguientes.

”En los tiempos antiguos Egipto fué el centro principal del conocimiento y la práctica de la magia. En magia, ya sea blanca o negra, es decir, usada con buenos o malos propósitos, Egipto superaba aún a la India. Actualmente, esas poderosas fuerzas psíquicas, libertadas en el pasado, siguen afectando al país y a su pueblo, también con resultados beneficiosos o infortunados. Entre estos últimos figuran, por ejemplo, las enfermedades, como el eczema, que son simplemente la consecuencia de influencias mágicas malignas que persisten en el país y afligen a los egipcios vivientes.

”Que les llegue esta advertencia por intermedio de su pluma. Ahora comprenderá usted el motivo de nuestro encuentro. Aunque sea desdeñada e ignorada, nosotros habremos cumplido con nuestro deber, yo y usted, si usted lo acepta. Las leyes de la naturaleza no perdonan la ignorancia; pero aun esa excusa habrá desaparecido.”

Así terminó el mensaje de Ra-Mak-Hotep. Yo lo transcribí fielmente y lo reproduzco aquí por lo que vale.

* * *

Volvímos a encontrarnos varias veces más, el adepto y yo, y luego tuve que proseguir mis viajes hacia el sur. En cada reunión el adepto me colmaba la cabeza de informaciones sobre los principios de la misteriosa fraternidad a que pertenecía. Cuando yo me referí a mis excursiones por la India, donde conocí a un joven yogui que pretendía ser discípulo de un maestro que tenía más de cuatrocientos años de edad, Ra-Mak-Hotep me comunicó gravemente la estupefaciente e increíble información de que todavía existían algunos adeptos que habían vivido y actuado en el antiguo Egipto.

No me será fácil olvidar las exclamaciones de estupor con que recibí su declaración.

La más sustanciosa de sus afirmaciones fué la de que existen adeptos cuyos cuerpos yacen en estado comatoso en ciertas tumbas de Egipto que aun no han sido descubiertas, y que, según él, jamás serán descubiertas por los arqueólogos corrientes.

—Las tumbas de esos grandes adeptos están demasiado bien guardadas y nunca serán encontradas por esos “excavadores” de ahora —explicó—. Esas tumbas no son tumbas de muertos sino de vivos. No contienen momias sino cuerpos de adeptos sumidos en un estado singular que se puede describir muy aproximadamente con la palabra “trance”. Usted descubrió en la India que ciertos faquires se hacían enterrar durante períodos más o menos breves o prolongados estando sus cuerpos en estado de trance.¹ Las fun-

¹ En mi relato sobre los indios yoguis, *La India Secreta*, figura una referencia a los mencionados faquires. Podría ser interesante complementar esa referencia con los siguientes detalles, que he tomado del informe oficial de sir Claude Wade.

El faquir enterrado vivo fué colocado dentro de un cajón que instalaron luego en un nicho, a un metro bajo el suelo, y que custodió una guardia integrada por dos compañías de soldados. Cuatro centinelas equipados y relevados cada dos horas, vigilaban el edificio día y noche, para impedir la entrada de intrusos.

“Al abrir el cajón —dice sir Claude—, vimos a su ocupante introducido en una bolsa de género blanco atada con una cuerda por encima de la cabeza. Los sirvientes comenzaron a verter agua tibia sobre el cuerpo; las piernas y brazos estaban encogidos y duros, el rostro lleno, la cabeza reclinada so-

ciones de los órganos respiratorios quedaban completamente suspendidas durante el lapso en que permanecían sepultados. Los adeptos egipcios se hallan, hasta cierto punto, en un estado similar, pero sus conocimientos eran mucho más profundos, y han conservado los cuerpos en trance, pero vivos, durante miles de años.

"Además, hay una diferencia vital entre ellos y esos faquires hindúes. Estos últimos caen en un estado de completa inconsciencia mientras dura el entierro, y no recuerdan nada hasta que vuelven a despertar; a menos que sean adeptos, en cuyo caso nunca se podría persuadirlos a que hicieran una demostración pública de sus poderes. Los adeptos egipcios, en cambio, permanecen completamente conscientes mientras están sepultados, y aunque el cuerpo está en coma, el espíritu se encuentra libre y en acción. Usted visitó en la India al sabio que nunca habla, cerca de Madrás; cuando fué a verlo la primera vez lo encontró sumido en un profundo trance, como si estuviera muerto. Pero usted debe saber que su mente estaba bien viva, porque en su segunda visita no sólo le demostró estar enterado de la primera, sino que se refirió a su objeción de que usted tratara de fotografiarlo en aquella oportunidad. Esos hombres funcionan en los reinos internos del ser, o hasta en el reino físico, usando un cuerpo etéreo. Los adeptos egipcios enterrados se encuentran mentalmente en un estado similar; físicamente los cuerpos están, desde luego, sumidos en un trance mucho más profundo. El espíritu se mueve y viaja, la mente piensa

bre el hombro como la de un cadáver. Invité entonces al médico que me asistía a que bajara a examinar el cuerpo; así lo hizo, pero no sintió latidos ni en el pecho, ni en las sienes, ni en los brazos. Había, sin embargo, un calor en la región del cerebro que no existía en ninguna otra parte del cuerpo. El proceso de la resurrección comprendía baños con agua caliente, fricciones, el retiro de los tapones de cera y algodón de los oídos y las fosas nasales, masajes de los párpados con manteca clarificada y, lo que será para muchos la parte más curiosa, la aplicación en la cabeza de una torta de trigo, caliente, de unos dos centímetros de espesor. Después de haberle aplicado la torta por tercera vez, el cuerpo sufrió una violenta convulsión, las aletas nasales se dilataron, sobrevino la respiración y los miembros recobraron su tensión natural; pero el pulso seguía siendo muy débil. Le untaron entonces la lengua con manteca clarificada, los ojos se ensancharon y recobraron su color natural, y el faquir reconoció a los presentes y habló.

Un hindú muy viejo, que había presenciado el caso de un yogui enterrado vivo durante veintiséis días, me dijo que cuando el hombre fué desenterrado y resucitó el aire le entró en los pulmones con un silbido parecido al que hace el silbato a vapor de los barcos.

con toda conciencia, y el adepto tiene la ventaja de estar en contacto consciente con dos mundos, el material y el espiritual.

"Sus cuerpos están ocultos en tumbas imposibles de descubrir, aguardando el retorno de los espíritus. Algún día los espíritus reanimarán esos cuerpos comatosos, que volverán al mundo exterior. El proceso de reanimación tendrá que ser realizado por personas adecuadas, que posean los conocimientos necesarios. El ritual del despertar consistirá, en parte, en el canto de ciertas "palabras de poder" secretas. A usted le parecerá raro, pero los cuerpos parecen estar embalsamados, porque yacen envueltos en tiras de lienzo y encerrados en féretros de momias. Pero existe la diferencia fundamental de que no se les extrajo el corazón, como a las verdaderas momias. Todos los órganos vitales siguen intactos, con la única salvedad de que el estómago se hunde debido a que no toman ningún alimento desde el comienzo del trance. Otra diferencia es que los adeptos vivos tienen la cara y el cuerpo enteramente cubiertos con una capa de cera. Esta capa se aplica después de haber sido inducido el estado de trance.

"Las tumbas están bien escondidas y son muy pocas; es natural, porque sólo pueden entrar en ese estado los adeptos altamente adelantados, y no todos los adeptos están dispuestos a hacerlo. No me gusta usar la palabra "trance" en el caso de estos adeptos porque da una impresión equivocada, pero sé que no puede emplearse adecuadamente ninguna otra. Las condiciones en que ellos se encuentran es muy distinta, por ejemplo, del trance en que entran los médium espiritistas y los sujetos hipnotizados. Hay grados profundos de trance que los investigadores modernos no han descubierto. Todo lo que han conocido en esa materia son estados superficiales en comparación con el estado único y profundo en que se encuentran los adeptos egipcios sepultados. En el reposo de estos últimos hay en realidad mucha actividad; no están realmente en estado de trance, en el sentido que por lo común se le da a la palabra.

"Hay un adepto que se encuentra en su tumba desde el año 260 a. J.; otro desde antes del año 3000 a. J.; ¡y otro que yace desde hace 10.000 años! Todos ellos trabajan muy activamente, en secreto, por el bienestar espiritual de la humanidad. Saben todo lo que sucede en el mundo, pese al hecho de que sus cuerpos están enterrados. Son hombres perfectos. Con eso quiero decir que

sus cuerpos no pueden ser tocados, ni siquiera por un insecto o un parásito; tan potente es la tremenda irradiación de sus fuerzas espirituales. Además, están en continua comunicación telepática con ciertos adeptos vivos de esta época que poseen un cuerpo en funciones. Los tesoros espirituales que conservan los antiguos adeptos egipcios son transmitidos a los adeptos vivos. Cuando llegue el momento de despertarlos, el ritual correspondiente tendrá que ser cumplido por uno de estos últimos.”

EPÍLOGO

Y después de haber recorrido toda la extensión de esta vieja tierra de Egipto y presenciado diversas cosas curiosas, volví a reunirme con mis buenas amigas que permanecen en eterna meditación, en el borde del desierto de Libia.

—Dime, ¡oh, sabia esfinge! —exclamé—, ¿puedo dar descanso a mis fatigados pies, que parecen haber caminado bastante por los polvorientos senderos de la vida?

Y la esfinge me respondió:

—Pregúntale a aquella de quien soy hija única, aquella cuyo vientre me dió a luz para sufrir los tristes golpes del mundo. Porque yo también soy un ser humano, y aquella es mi madre, la tierra. ¡Pregúntale a ella!

Caminé entonces un poco más y llegué hasta la gran pirámide. Penetré en el oscuro pasaje y bajé arrastrándome hasta las profundas entrañas de la tierra, hasta la misma tétrica bóveda subterránea.

Y pronuncié el santo y seña de saludo de acuerdo con las instrucciones que extrajera del capítulo sesenta y cuatro, versículo séptimo, del libro más antiguo de todo Egipto:

—¡Salve, señor de la capilla erigida en medio de la tierra!

Luego me senté en el piso y hundí mi mente en su quietud natural, aguardando pacientemente la respuesta.

Cuando por fin apareció el gran uno, el maestro de la casa divina, le rogué que me guiara hasta donde estaba aquella a la que llaman “el alma del templo escondido”, que no es sino el alma viviente de nuestra tierra.

Y el maestro cedió a mi intensa súplica y me condujo por una

puerta secreta hasta el templo que permanecía escondido por allí. La divina madre me recibió muy amablemente, pero siguió sentada a lo lejos, y me ordenó que expusiera mi pedido.

Le repetí mi pregunta:

—Dime, ¡oh, ama del templo escondido! ¿Puedo dar descanso a mis pies fatigados, que parecen haber caminado bastante por los polvorientos caminos de la vida?

Me miró larga y seriamente a los ojos antes de responder:

—Hay siete sendas que se abren ante ti, ¡oh, buscador! Siete escalones aguardan a que los suba el hombre que quiere entrar en mi cámara secreta. Siete lecciones deben aprender aquellos seres de tu especie humana que quieran ver en mi rostro descubierto. Hasta que no hayas recorrido todas esas sendas, subido todos esos escalones y aprendido a fondo todas las lecciones no podrás hallar descanso para tus pies ni paz para tu alma.

Su blanda voz, detrás de cuyo acento tranquilo parecía haber una miríada de eones de edad, reverberó por la gran sala del templo.

—¿Cuáles son esas sendas, oh madre divina?

Y ella dijo:

—El camino que conduce a muchas casas y la huella que lleva al desierto, la calle en donde crecen flores rojas; el ascenso a elevadas montañas y el descenso a cuevas oscuras, la senda del eterno errar y el modo de estar quieto.

—¿Cuáles son esos siete escalones? —pregunté.

—El primero —respondió ella—, es el de las lágrimas; el segundo, el de la oración; el tercero, el del trabajo; el cuarto, el del descanso; el quinto, el de la muerte; el sexto, el de la vida; y el último, el de la piedad.

—¿Y las siete lecciones que debe aprender el hombre, oh, madre?

—El placer —contestó— es la primera y la más fácil; el dolor es la siguiente; el odio es la tercera; la ilusión, la cuarta; la verdad, la quinta; el amor, la sexta, y la paz es la que debe ser aprendida al final.

Y yo medité sobre esas cosas.

Luego el alma del templo secreto se retiró de la gran sala y yo vi que detrás de ella había una gran estrella de oro, y dentro de la estrella una corona resplandeciente y dos medias lunas de plata.

Debajo de la corona había una cruz blanca, y alrededor de los brazos de la cruz siete rosas rojas.

Y la pared que estaba detrás era de un color azul intenso, y en ella aparecieron de pronto muchas palabras que brillaban como joyas. Y de esas palabras se me ordenó que leyera únicamente las que estaban al final.

Y esas palabras eran éstas:

“Porque Egipto es la imagen de las cosas del cielo, y en verdad un templo de todo el mundo.

”Y cuando Egipto haya presenciado estas cosas, ese señor y padre que es el supremo Dios, primero en poder y gobernador del mundo, examinará el corazón y los actos de los hombres y, por su voluntad, los volverá a su antigua bondad, para que el mundo pueda aparecer realmente como una obra adorable de sus manos”.

Este libro se terminó de imprimir el 17 de noviembre de 1987
en Gráfica Yanina, República Argentina 2686, V. Alsina, Bs. As.
Tirada: 3.000 ejemplares

